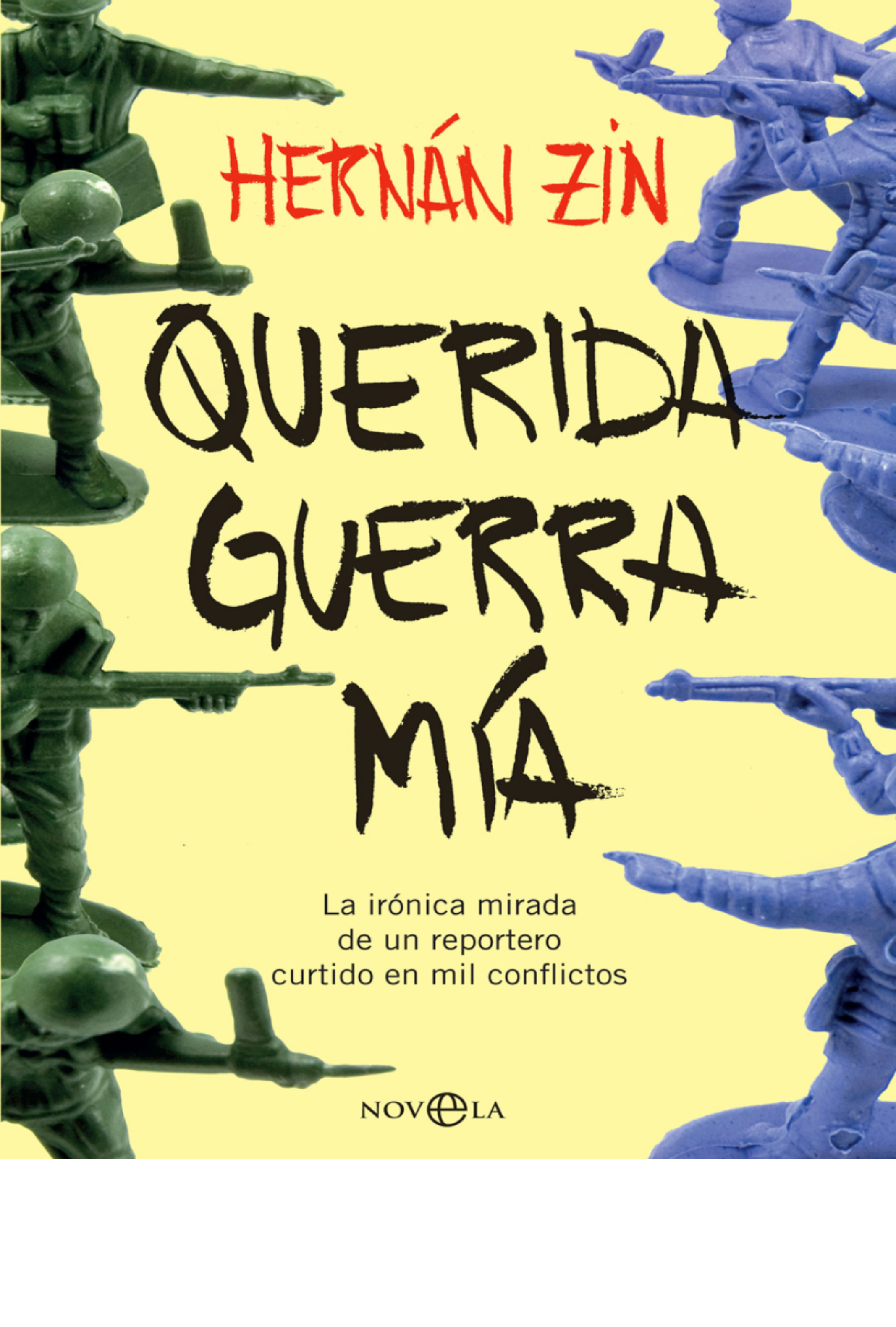

HERNÁN ZIN
QUERIDA
GUERRA
MÍA
La irónica mirada
de un reportero
curtido en mil conflictos
NOVELA

Hernán Zin

Querida guerra mía

la esfera de los libros

Primera edición: marzo de 2018

Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel. 91 296 02 00
www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-9164-254-1
Depósito legal: M. 1.902-2018
Fotocomposición: Creative XML, S.L.
Impresión: Huertas
Encuadernación: De Diego
Impreso en España-*Printed in Spain*

Índice

A mi hermano Federico,
por haber insistido durante años
para que escribiera algo con humor.
Creo que no lo he conseguido.

A Nerea Barros,
por haberme salvado del abismo tanto como
lo hizo la escritura de este libro.

«El texano resultó ser generoso, bondadoso y amable. Al cabo de tres días nadie lo aguantaba».

Joseph Heller, *Trampa-22*

«Sabes, a veces pienso que debería haber una regla en la guerra por la que deberías ver a alguien de cerca y conocerlo antes de poder dispararle».

Coronel Potter, *M.A.S.H.*

«*Well, I guess that's a bear we all gotta cross*».

Cabo Radar O'Reilly, *M.A.S.H.*

Basado en hechos irreales

Este es un libro de ficción. No describe con precisión hechos históricos ni se basa en personajes reales, salvo los famosos. Tampoco refleja mis ideas políticas.

1. EL PREMIO

—Primero de todo, quiero dar las gracias a mi familia. Este tipo de trabajo no es fácil para la gente que uno quiere. Sin el apoyo de mi mujer y la paciencia de mis hijos, no habría conseguido este premio.

»Después, a mi equipo. A mi cámara, Simón Escudero, con el que llevo tantos años de guerra en guerra, y a mi productor, Juan Pedro Vila, un periodista de raza.

»La verdad es que tengo el mejor equipo del mundo.

»¡Va por ustedes compañeros!

Levanto el premio en el aire. Aplausos. Sube la música. Una bellísima azafata de piernas kilométricas me coge del brazo y me lleva a un lado del escenario. No tendría problema en seguirla hasta el fin del mundo.

«Lo dejo en esta sala —afirma, soltándome el brazo—. Ahora vienen los demás premiados».

En la sala hay varios televisores en los que se ve la retrasmisión de los premios. Un sofá de cuero negro. Varias sillas. Una mesa con bebidas y bocadillos.

Para qué me voy a engañar. El galardón al mejor reportaje es el menos importante de la gala anual de los Premios de la Televisión.

A medida que pase la noche irán entrando a la sala famosos actores de series, presentadores de telediarios, concursantes de *Gran Hermano*. La gente que realmente mueve las audiencias y hace ganar dinero a los accionistas de las cadenas, no como mi trabajo que tiene una función más bien decorativa, honoraria, una suerte de ficus de la plantilla televisiva.

Antes de salir, la azafata se gira y me mira: «Muy emocionante lo que dijo sobre su familia. Debe ser duro el trabajo que usted hace. Lo felicito».

Le sonrío. Esperaba que me dijera sí, lo dejo todo, agarra ese premio y vayamos al fin del mundo.

Cojo una cerveza. Observo la estatuilla que me han obsequiado. No sé si es un caballo famélico o un perro con las patas muy largas. La balanceo en el aire. Pesa. Me la llevo a la boca y la muerdo. Siento una punzada de dolor.

Creo que me he roto un diente.

No quise defraudar a la bellísima azafata pero con los discursos de agradecimiento de premios sucede lo mismo que con los difuntos: hacen que, de repente, nos volvamos todos indulgentes y generosos.

Empecemos por mis cuatro hijos, que son la verdadera razón por la que voy a la guerra. No para darles un ejemplo de vida, de compromiso y valores, sino porque prefiero las balas en Somalia o los intentos de secuestro en Siria, a tirarme los meses de verano encerrado con ellos en casa.

Supongo que, de ser un tipo realmente valiente, en el discurso de agradecimiento por el premio debería haber dicho: «Me gustaría dar las gracias a políticos como Putin o Netanyahu, por la sana costumbre de empezar sus guerras en los meses estivales. Sé que lo hacen porque la gente está distraída, en la playa, y ve menos la televisión y lee menos la prensa, pero no saben el enorme favor que me hacen al librarme de la guerra que cada día se libra en mi casa. Va por ustedes Vladimir y Benjamín».

Desde que nacieron, mis cuatro hijos se han comportado como salvajes. Juguetes por doquier, peleas, gritos, paredes pintadas, muebles rotos. Por aquel entonces los llamaba «los pequeños *peshmergas*».

Sin embargo, los problemas serios comenzaron cuando el mayor, Alberto, y los que lo siguen, Mario y Lucas, que son mellizos, entraron a la adolescencia. Las peleas se convirtieron en batallas campales; las ropas tiradas por el suelo en montañas de zapatillas pestilentes y camisetas rebosantes de hormonas; y yo, de ser ese papi adorable con el que jugaban de niños, pasé a convertirme en el implacable Kim Jong-Un que intenta coartar su derecho inalienable a emborracharse y no dar un palo al agua, como bien me lo recuerdan cada jueves, viernes y sábado por la noche.

En esta última etapa los rebauticé los «pequeños Bin Laden», con serias perspectivas, si siguen haciendo méritos, de subir de categoría y pasar a llamarse los «pequeños ISIS».

Mi mujer y yo somos los daños colaterales de esta guerra doméstica. Las víctimas civiles. Nuestra casa es Dresde o Grozni bajo las bombas. No hay Convención de Ginebra que nos ampare.

Ambos estudiamos periodismo. Trabajábamos en la misma redacción. Cuando nos casamos éramos jóvenes e idealistas. Aún creíamos que a través de nuestros reportajes podríamos colaborar en la construcción de un mundo más justo.

El momento en que se jodió todo —respondiendo así a la eterna pregunta lanzada por Vargas Llosa— fue al nacer el primer *peshmerga*. Como si fuéramos el Sáhara Occidental, el Consejo de Seguridad de la ONU se olvidó de nosotros para siempre.

Mi mujer abandonó los informativos de televisión y se pasó a un trabajo de media jornada en el gabinete de prensa de una bodega de vinos. El mundo exterior, a veces más tranquilo que nuestro hogar, dejó de interesarle. Lo mismo le daba que yo estuviera en el Congo,

Afganistán o Sudán, ella cogía el ordenador y me llamaba agobiada por las cuestiones más triviales.

—Hola, amor, estoy viendo que… la alfombra… para la habitación…. el otro día, Lucas estaba… y la quemó.

La señal de internet es bastante pobre en Bagdad. Las bombas que caen sobre los suburbios de la ciudad de Saddam tampoco colaboran demasiado en la comunicación. ¿Pueden parar un minuto la guerra que estoy hablando con mi mujer?

—¿Qué ha hecho Lucas?

—Nada, que estaba… y se quemó la…

—¿Qué?

—Que estaba… y se… mó… un accidente.

Intento descifrar esta especie de clave morse, de rompecabezas, que mi mujer me lanza desde el sofá de casa, a cinco mil kilómetros de distancia.

Finalmente, cuando logro unir las piezas, me digo con resignación que hemos perdido a Lucas, que ya forma parte indivisible de la cúpula del ISIS. En el organigrama viene Abu Bakr al-Baghdadi y después él. Se lo ha ganado. Ya me aseguraré de que, cuando se saque el carné de conducir, solo lo haga para ciclomotores. No creo que con una Vespa pueda atropellar a grandes multitudes.

—¡Que estaba fumando en la habitación! ¿Desde cuándo fuma? Tiene catorce años.

—No tengo…

—Algún día habrá empezado... No lo recuerdo en la maternidad con un cigarrillo entre los labios.

—Venga, dime cuál… te gusta.

Conecto unos instantes la cámara. Vislumbro a mi mujer borrosa, con cuatro trozos de alfombra en la mano. Imposible distinguir un trozo de alfombra de otro.

—El de la derecha. Es mi favorito.

—Pero ese es horrible… no pega con nada.

—El primero, entonces. Me encanta.

—¿Color marrón? ¿Te parece?

Golpean la puerta.

—Dame un segundo, mi amor.

Me levanto.

Abro.

Aparece Julián Campos, mi productor. «Confirmado, mañana comienza la ofensiva terrestre. El gran día», me dice eufórico. «Genial», le respondo. «A las seis en la recepción».

Vuelvo al ordenador. Ella sigue allí, congelada en la pantalla.

—Sí, sin duda, mi favorito es el marrón.

—Pero las paredes del cuarto son marrón. ¿No va a quedar un poco

monocorde?

Sé que lo que voy a decir es un gran error. Sé que es tan estúpido como cuando Saddam Hussein aparece en televisión asegurando que va a aplastar a las tropas de George W. Bush. Una derrota autoinfligida en toda regla. Pero estoy cansado, me siento entre la espada y la pared, y no se me ocurre nada mejor.

—Si lo tienes tan claro amor, ¿por qué me preguntas? Elígelo tú, por favor. Tú eres la experta. Estoy en Bagdad.

Milagrosamente, en el instante en el que me empieza a caer la bronca de mi mujer, las bombas desaparecen del cielo de Bagdad y la conexión de internet funciona de maravilla. Vamos, que podría haberme metido en la web de HBO para ver del tirón las seis temporadas de *The Wire*.

—Nunca colaboras en nada de la casa. ¿Te das cuenta? Me dejas todo a mí. ¿Y si después no te gusta? ¿Y si el color no es el correcto? Es una decisión muy importante la alfombra de la habitación de Lucas. No es cualquier cosa.

De tales dimensiones es la bronca que estoy a punto de ponerme el chaleco antibalas, el casco y tirarme bajo la cama.

Veinte minutos más tarde, me despido, apago el ordenador y me meto en la cama. Los misiles caen otra vez hambrientos sobre Bagdad. Me pongo los tapones, me cubro con una manta y sonrío.

Estoy en paz.

Del equipo que me acompañó a rodar el reportaje por el que me acaban de dar el premio solo puedo decir que no era precisamente el *dream team* del periodismo contemporáneo. No sé qué me cuesta más creer, que nos haya quedado un trabajo tan extraordinario o que saliéramos con vida.

«Tener que rodar este reportaje con un cámara diabético, que pesa ciento veinte kilos, que cada día está peor de la vista y que se cree integrante de *El club de la comedia*; y con un productor inexperto, torpe y timorato al que le da miedo su propia sombra, ha sido una pesadilla. No imaginan lo mal que lo he pasado. Me merezco este premio. No saben cuánto», debería haber dicho al recibir la estatuilla poniéndome de rodillas y levantando los brazos cual Willem Dafoe en el cartel de *Platoon*.

«Va por mí».

Los famosos entran con sus galardones a la sala de espera, que se ha llenado de azafatas, camareros y ejecutivos. Eufóricos, se dan abrazos, se hacen fotos a sí mismos, solos y en grupo. «Sabía que te lo iban a dar, cabrón», le dice un actor a otro mientras lo abraza y lo levanta por el aire. «¿Y por qué no me lo dijiste? Llevo días acojonado».

Todos ríen.

Tras años de trabajar en televisión he aprendido que las celebridades son una especie aparte. Estamos los humanos por un lado y, por otro, están los famosos.

Aunque no se conozcan de nada, apenas se ven, se saludan con tal efusividad que parece que hubieran hecho juntos el bautizo y la comunión. No importa que sean deportistas, artistas, modelos o meras celebridades mediáticas, la conexión es inmediata. Se saben y se reconocen como una élite bendecida por los dioses.

Los famosos que trabajan en mi cadena me saludan y me dan la enhorabuena. El resto, si tiene una vaga idea de quién soy, es por lo accidentado que fue el rodaje, secuestro y evacuación médica incluidos. Salió en todos los medios de comunicación. Fueron mis cinco segundos de fama.

Por si acaso, sostengo la estatuilla en alto. No vaya a ser que alguno me confunda con un camarero y me pida una copa de vino.

En una esquina, la azafata de las piernas kilométricas conversa con Jesús Nieto, actor protagonista de la serie que todo el mundo ve y comenta estos días en España. Se sacan un *selfie*. Ella le dicta los números de su móvil. Él le hace una llamada perdida. Se miran con complicidad.

Me digo que ya es hora de volver a casa. Me duele la pierna derecha de tanto estar de pie. Me escabullo hacia la puerta. Me para una mujer que lleva un pinganillo en la oreja.

—No se vaya aún, Rodrigo. Los premiados tienen que salir al escenario al final de la gala para la foto de familia.

—¿Te parece que entre tanta gente importante alguien notará mi ausencia?

Ella se ríe y me toma del brazo.

—Los túneles de Gaza. Qué gran trabajo. Me encantó.

—No está mal.

—Cuando estudiaba periodismo soñaba con ser corresponsal de guerra. Es maravilloso lo que hace. No me pierdo ni uno de sus reportajes.

Es una mujer bajita, entrada en carnes, de unos cuarenta y cinco años pero con unos labios carnosos y con inusuales conocimientos de geopolítica.

—¿Me das tu teléfono y tomamos un café algún día? —le pregunto.

Vacila durante unos instantes. La he cogido desprevenida.

—Ay, qué ilusión. Me llamo Laura. Apunta…

Me dirijo al lavabo. Por el camino me cruzo con nuevas celebridades que acaban de ganar sus merecidos premios. Actor revelación. Actriz secundaria. Son todo algarabía, *selfies* sin palo y abrazos.

Llamo al móvil de mi mujer pero no contesta. Llamo a la línea fija

de casa que suena sin cesar como si se tratase del teléfono de un ministerio.

Me digo que no pasa nada, que lo más probable es que mis hijos hayan quemado la casa y que a los bomberos les cueste encontrar ese aparato que reverbera entre los humeantes escombros.

Cuando estoy por guardar el móvil, miro la fecha: 8 de junio.

Caigo en la cuenta de que fue hace exactamente un año que llegamos a Jerusalén para comenzar a rodar el hoy premiado reportaje sobre los túneles de Gaza.

2. JERUSALÉN

El camarero del café Sión está tan ensimismado colocando vasos de cristal sobre el mostrador que parece estar construyendo una catedral gótica. Va poniendo los vasos unos sobre otros. A medida que ascienden forman una pirámide. Por las fotos de Maradona, los mates y alfajores, deduzco con mi habitual perspicacia que debe de ser argentino.

—Disculpe —lo llamo desde la mesa en la que estamos sentados.

No me hace caso.

—¿Sabes cuál es el nombre más común entre los camareros? —me pregunta Simón, que está sentado a mi lado con su enorme panza y sus gafas de lectura colgando del cuello.

—¿En España o en Israel?

—En cualquier lugar, da lo mismo.

—Los nombres de los camareros varían por idiomas.

—Disculpe —me suelta Simón.

—¿Cómo?

—Disculpe.

Tardo unos segundo en comprenderlo.

—Es muy malo.

—No jodas, es buenísimo, lo leí el otro día en Twitter.

Somos los únicos comensales del café, que se encuentra en Ben Yehuda, la arteria peatonal más transitada de Jerusalén. Aún es temprano y las tiendas no han abierto.

Me pongo de pie. Avanzo hacia la barra. «Disculpe —le digo al camarero levantando la voz—. Cuando termine con la Capilla Sixtina, tráiganos por favor dos cafés y dos cruasanes».

Simón se ha comido su cruasán y también el mío. Sin atisbo alguno de preocupación, como si mañana mismo no nos fuésemos a Gaza, lee el periódico *Marca* que ha cogido del avión de Iberia.

De algún modo, siento una sana envidia por los camarógrafos. En general, no se enteran de nada. Su función es seguirte, apretar el botón de grabar cuando pasa algo interesante y quejarse de que les duele la espalda porque las cámaras «pesan mogollón».

A mí, en cambio, me corroe la ansiedad. Hace una hora que Juan Pedro, nuestro productor, debería haber dado señales de vida. Salió temprano a alquilar los chalecos antibalas. Y se supone que tenemos que ir a la oficina de prensa para retirar los permisos de trabajo antes

de que cierre a las doce del mediodía.

—Este tío no llama —le digo a Simón, dejando, con resignación, el móvil en la mesa.

—Se habrá perdido —me responde, sin apartar la vista de una crónica sobre la lesión con la que Cristiano Ronaldo llega al Mundial de Fútbol de Brasil—. Con esas letras raras que tienen aquí, me pregunto cómo la gente se ubica.

—Vamos a ver, Simón. En la tele me dijeron que el chaval no tiene experiencia de campo pero que estuvo viviendo en Jerusalén. Habla hebreo y conoce bien la ciudad.

—Ya te digo yo que no debe ser fácil, esas letras todas retorcidas con su puntitas para arriba.

Suena el teléfono.

Es Juan Pedro.

Lo escucho lejos, como si llamase desde Paraguay.

—¿Dónde coño estás? ¿Te has vuelto a Madrid?

—Me he perdido.

—¿Cómo que te has perdido?

—Los nombres de las calles son muy raros.

Simón me hace un gesto como diciendo «Has visto, te lo dije».

—¿Pero no se supone que hablas perfectamente hebreo y que has vivido en Jerusalén no sé cuántos años?

—Estoy en el lado árabe. No me di cuenta al salir esta mañana. La tienda de los chalecos es árabe.

—Pues pregunta a alguien que pase por ahí. ¿Tienes la dirección apuntada?

—No, la tenía en un papel pero se lo di al taxista y no me lo devolvió. Cuando me di cuenta ya se había ido.

—Vamos a ver. Tú eres el productor. Debes tener una agenda con todas las direcciones.

—Están en el hotel, lo siento.

Respiro profundamente. Miro a Simón, que ha vuelto a centrarse en el periódico. Ahora lee un reportaje sobre los veinticuatro mil millones de euros que Brasil se ha gastado en preparar el Mundial de Fútbol.

¿Veinticuatro mil millones?

—Vale, aguarda un segundo —le digo a Juan Pedro.

Abro en el teléfono móvil un correo electrónico con todos los contactos importantes que me envié a mí mismo antes de salir de Madrid. Le dicto la dirección: «Calle Al Hardub, número 25».

—¿La tienes?

—Sí.

—Pues entonces pregunta a la gente en la calle.

—No sé si es muy seguro.

—¿Qué dices?

—Cuando vivía en Jerusalén mis amigos israelíes me decían que esta zona es peligrosa. Nunca antes había venido.

—Venga, no digas tonterías.

Silencio del otro lado de la línea. Pienso en las opciones que tengo.

—Espera —le digo—. ¿Conoces la puerta de Damasco?

—Sí.

—Voy a llamar a un buen amigo. Ahmed, que fue mi chófer durante la Segunda Intifada. Le digo que en quince minutos esté allí. Él te va a acompañar.

Como no podemos perder más tiempo esperando a Juan Pedro, pedimos la cuenta. Mientras me cobra en la barra, el camarero me dice con acento porteño:

—No es la Capilla Sixtina, es el Templo del Rey Salomón.

—Me encanta, gran trabajo —le respondo.

Para entrar a la oficina de prensa del Gobierno de Israel pasamos exhaustivos controles de seguridad. Miro el reloj con preocupación. Necesitamos que nos den los pases de prensa y un permiso especial si queremos entrar mañana a la Franja de Gaza. La guerra lleva una semana en marcha. No podemos demorarnos más.

Subimos a la segunda planta, donde funciona la sección dedicada a la prensa extranjera. En el mostrador, una joven recepcionista escucha música en sus auriculares mientras se lima las uñas.

—Disculpe —le digo en inglés.

—¿Sí? —me responde la muchacha, dejando en pausa la música del móvil.

—Venimos a buscar tres permisos de prensa a nombre de Rey, Escudero y Vila.

—Espere un segundo.

Nos sentamos.

Simón me guiña un ojo y sonríe.

—¿Cómo se llaman las recepcionistas israelíes?

—No empieces, Simón.

—Disculpe.

La muchacha vuelve. En su inglés de consonantes afiladas, me explica que antes de poder recibir los permisos tenemos que tener una entrevista con Claudia Levi, la encargada de prensa extranjera del Gobierno de Israel.

Me pongo de pie.

—¿Voy contigo? —quiere saber Simón.

—Mejor quédate, conozco a Claudia hace años.

—A por ella, Míster Seducción —me dice abriendo el *Marca*.

Es cierto, conozco a Claudia Levi desde hace tiempo. Se crio en Colombia, por lo que habla perfectamente español.

—Señor Rodrigo. —Me da la mano y me dirige a una silla frente a su escritorio.

—Señora Levi, cuánto tiempo —le digo, mostrando mi mejor sonrisa. Sigue igual, con su cabello largo y ondulado a lo Barbra Streisand, su frente amplia, combada, y sus ojos inquisitivos agazapados al final de unas gafas gruesas como dedos.

—Antes de darle sus documentos —que están a su lado de la mesa, junto a su mano derecha—, tengo que hacerle un comentario sobre las crónicas que hizo para su televisión la última vez que estuvo por aquí.

Soy consciente de que Claudia, si le viene en gana, nos puede denegar los permisos de prensa. Ya se lo ha hecho a otros compañeros. A diferencia de la estadounidense, la británica o la francesa, la prensa española es considerada, según las autoridades israelíes, imparcial y favorable a los palestinos.

Así que trato de mostrarme lo más comprensible que puedo con sus palabras. No se me suele dar muy bien, lo admito. Una cosa es ser seductor, como me dice Simón, y otra es aceptar que cuestionen abiertamente mi ética profesional.

—Como usted ya sabe, la embajada israelí en Madrid se quejó a su cadena porque considera que sus crónicas son poco objetivas.

—Sí, lo recuerdo. Un incidente sin trascendencia.

—No he visto las crónicas. No tengo tiempo, pero creo que esta vez debería darnos la oportunidad de ofrecer también a los espectadores de su cadena nuestra versión de la historia.

Respiro hondo. Vuelvo a mirar los tres pases de prensa con nuestras fotos que están junto a su mano derecha.

Sonrío.

—Me parece importante, Claudia, que comprenda que no tengo animosidad alguna hacia Israel. Al contrario. El problema es que mi labor en zona de guerra es muy complicada. Llegar al lugar donde ha caído la bomba, grabar, volver al hotel, enviar la crónica, entrar en directo para el telediario. No tengo tiempo ni medios para contar la otra parte de la historia. Lo mío es dar la voz a las víctimas.

—Pero en Israel también hay víctimas.

—Por supuesto.

—Y también merecen que su voz se escuche.

Estoy por decirle que para eso ya tienen a la CNN, Fox, ABC, NBC y a todas las grandes cadenas que cuentan la guerra desde Jerusalén, dando la versión oficial israelí, además de, por supuesto, las agencias de prensa como Reuters o Associated Press.

No entiendo qué mal le puede hacer que alguien se salga un poco del guion, más aún tratándose de un país periférico como España, pero cierro la boca y vuelvo a sonreír. Imagino que estoy con mi mujer, a la que siempre digo a todo que sí para luego tratar de hacer lo que me

viene en gana.

—¿Sabe que tenemos un oficial de prensa al que puede llamar a cualquier hora del día? Un chico muy amable. Criado en Argentina. Se llama Matías Margelit. Apunte su teléfono. Es lo único que le pido.

Tomo nota del número.

—Esta vez, señor Rodrigo, haga un esfuerzo, se lo ruego. ¿Puedo confiar en usted?

—Hace años que nos conocemos.

—¿Puedo confiar en usted?

—¿Cómo no va a poder confiar en mí?

—Me alegra.

Nos ponemos de pie.

—Tenga cuidado en Gaza con esas bestias de Hamás. Desde que empezó la guerra han lanzado más de trescientos cuarenta y siete cohetes sobre Israel.

—¿Algún muerto?

—Ninguno, de momento, pero los habitantes de Sderot y Ashkelón lo están pasando muy mal. No sabe lo que sufren.

Le doy las gracias.

Le estrecho la mano.

Evito mencionar que en Gaza los muertos suman trescientos sesenta y cinco. La mitad, niños.

La versión oficial es siempre más reconfortante.

Nos alojamos en el hotel Flower Garden, que se encuentra en la calle Ben Yehuda. Tiene tres estrellas, casi dos, en mi humilde opinión, pero la situación en España no está como para que nos manden al hotel Rey David. Bastante suerte tengo de que me dejen seguir viajando.

—Si quieres, sube a la habitación —le digo a Simón—. Yo me quedo a esperar a Juan Pedro. Debe estar al caer.

—Aprovecho y salgo a comprar unas cosillas.

A los pocos minutos de haberse ido Simón, Juan Pedro entra a la recepción del hotel. Bajo de estatura, menudo, con el cabello ensortijado y unos brazos delgados como alambres, avanza ladeado por el peso del bolso con los chalecos antibalas.

Detrás viene Ahmed, mi viejo amigo y chófer.

—Ahmed, *habibi*, ¿cómo estás?

Nos damos un abrazo.

Dos besos.

—Jodido, muy jodido, Rodrigo —me dice en un español con acento árabe en el que las «jotas» patinan más de lo debido. En los años noventa, Ahmed estudió medicina en Málaga—. Cada día peor. No nos dejan movernos. No nos dejan trabajar. Construyen nuevos

asentamientos.

—Tú no sabes las cosas que vivimos este hombre y yo en la Segunda Intifada —le cuento a Juan Pedro—. Las veces que salimos vivos por los pelos. ¿No, Ahmed?

—Muchas veces, Rodrigo, por los pelos.

—¿Recuerdas cuando el sitio de Yenín? ¿Cómo nos colamos por las colinas y fuimos los primeros en grabar lo que había pasado?

—Todavía estoy cansado de aquello —me dice, y se ríe.

Le doy otro abrazo.

—¿Has cuidado de mi productor?

—Sano y salvo te lo traje.

—Un muchacho valiente.

Me mira con perplejidad.

—Vamos a tomar una cerveza.

—Me tengo que volver antes del toque de queda, sino no puedo pasar el *checkpoint* de Qalandia.

—A la salida de Gaza te llamo y voy a ver a tu familia. Nos tenemos que poner al día.

Más besos, más abrazos. Ahmed vuelve por donde ha venido. Cojo el bolso con los chalecos, que pesa menos de lo que esperaba, y subimos con Juan Pedro al ascensor.

—¿Cuánto te cobró Ahmed? —le pregunto.

—Ciento veinticinco euros.

—¿Cómo?

—Lo que sale un coche con chófer en Madrid. Me pareció justo.

—Pero esto es Palestina —le digo, señalando el suelo del ascensor —. Mejor dicho, eso es Palestina —corrijo inmediatamente, señalando hacia donde creo que debe de estar la ciudad antigua de Jerusalén o al Quds, como se llama en árabe—. El salario medio mensual es de setenta dólares. Con treinta y cinco dólares era más que suficiente.

—Me dio recibo.

—Ya le vale. Estate atento con los árabes. Mucho beso, mucho abrazo, pero por esa pasta debería haberte dado también una mamada y media docena de camellos.

Llegamos a la cuarta planta. Le digo a Juan Pedro que se vaya a descansar un rato antes de la cena.

—¿Has cogido un chaleco para ti?

—Sí, le he puesto mi nombre y mi número de pasaporte con rotulador.

—¿Tu nombre y pasaporte?

—Por si me hieren.

Entro a la habitación, abro el bolso y me quedo sin palabras. Los chalecos son de color blanco inmaculado. Tan blancos que si te plantas en un extremo de la Franja de Gaza te verán desde el otro sin

necesidad de prismáticos.

Golpean la puerta de la habitación.

Es Simón.

Lleva una bolsa con las compras que acaba de hacer.

—Mira esto —le digo.

Se parte de risa.

—¿Somos enfermeros ahora?

—No, cascos blancos sirios. Creo que nos equivocamos de guerra.

Me siento en la cama, derrotado.

—Bueno, solo son para hacer el paripé, ¿no? Por el tema del seguro y eso —me dice, tratando de quitarle importancia al asunto. Ve que estoy cabreado.

—Ya sabes que odio los chalecos antibalas, pero Dios mío, este chaval es tonto del culo. No puedo aparecer en los directos con un chaleco blanco.

—Ten paciencia, es su primer día. Seguro que si le explicas las cosas, poco a poco aprende.

—No sé, creo que voy a llamar a Madrid. No nos vamos a Disneylandia, nos vamos a Gaza.

Simón coge uno de los chalecos. Le saca la placa que lleva en el interior. Esa placa que se supone que debe amortiguar el impacto de las balas o la metralla.

—¿No había de kevlar? ¿De cerámica?

—Fibra sintética. Por eso pesan tan poco —le digo. Se vuelve a descojonar—. Si nos atacan con tirachinas, estamos salvados.

Tumbado en la cama, me debato sobre qué hacer con Juan Pedro. Le doy vueltas al asunto hasta que me digo que sí, que voy a llamar a Madrid, qué cojones. En la guerra te matan cuando eres joven y estúpido o viejo y falto de reflejos. Con dos viejos como Simón y yo tenemos más que suficiente.

Marco el número de mi jefe.

—Disculpa, Juan Pedro, que te moleste a estas horas pero tenemos un problema. El chaval de producción, Juan Pedro, es un puto desastre. Esta mañana se perdió, olvidó la agenda, nos trajo chalecos antibalas que no sirven para nada. No sabe hacer la «o» con un canuto. Y mañana nos vamos a Gaza. No es broma.

—¿Y qué quieres que haga, Rodrigo?

—Que me mandes, no sé, a Pablo Ruíz, a Teresa Jiménez. A alguien con experiencia. No tiene que ser ya. Puede ser en dos o tres días. Cuando estén libres, pero este chico, Juan Pedro, nos va a poner en riesgo. Sé lo que te digo.

Una pausa.

Oigo que carraspea al otro lado de la línea.

—Mira. De repente llega el verano, te agarra la locura de que te quieres ir a Gaza y se supone que te tengo que dar a un productor tope de gama, pero los productores con experiencia están ocupados o de vacaciones.

—¿Todos? ¿No queda ni uno libre?

—Tengo a la mitad en Brasil.

—Cierto, el Mundial de los cojones. Lo había olvidado.

—Vamos a emitir todos los partidos, desde la primera fase hasta la final. Esperemos que España pase a cuartos, la cadena se gastó cuarenta y cinco millones en comprar los derechos.

—¿No tienes a nadie? ¿Seguro?

—Nadie. Solo Juan Pedro, que vivió en Israel y habla hebreo, por lo que debería servirte.

Intento ser ecuánime. Pensar que es su primer día como productor fuera de España, que quizás mañana reaccione como ha argumentado Simón.

No lo consigo.

—Se pierde, tiene miedo. Yo no he visto nada igual. Seguro que es pariente de algún jefazo de la cadena. No me explico cómo puede trabajar para nosotros. Siempre lo mismo en España, el amiguismo, los putos enchufados. La RAE debería sacar la palabra «mérito» del diccionario.

Apenas termino de decir la última frase, mi mente realiza las conexiones que no hizo durante los últimos días de prisas por los preparativos del viaje. Aquel productor joven y apocado que llevaba tan poco tiempo en la redacción y al que no le había dedicado ni siquiera unos *buenos días*, se llama Juan Pedro Vila.

Mi jefe se llama Juan Pedro Vila.

Cuelgo el teléfono.

Soy un cobarde, lo admito.

Con un poco de suerte podré decir que la comunicación era una mierda y que no me entendió bien.

Juan Pedro y Simón se van a cenar. Yo prefiero salir a correr. Necesito ahogar de alguna manera la ansiedad, las dudas, la angustia, que me genera la odisea que nos espera mañana.

Con las flamantes Nike verde fosforito que me regaló mi mujer y la selección de música que me preparó mi hijo Alberto en Spotify, vuelo por las calles de Jerusalén.

Suenan The Black Crowes.

Esa guitarra con *slide* que me hace despegar del pavimento.

No time left now for shame.
Horizon behind me, no more pain.
Windswept stars blink and smile.

Another song, another mile.

Esquivo a los turistas que en la calle Ben Yehuda se paran despreocupados frente a los escaparates de las tiendas, hacen cola para tomar helado, escuchan a un joven rabino que habla a viva voz de la Torá.

Bermudas, sandalias, camisetas de tirantes, mapas, bolsas en las manos.

Los mismos turistas que pueblan las terrazas de los restaurantes en la calle Yafo entre risas, copas de vino, platos de *falafel* y *hummus*. El café Tel Aviv, el restaurante Nueva Delhi, la cantina Cielo.

Solo los jóvenes soldados del Tsahal, con sus uniformes verde oliva y sus fusiles M15 colgando del cinturón, desentonan con un paisaje distendido, lúdico, que podría ser el de cualquier ciudad europea.

On a good day, it's not every day.
We can part the sea.
And on a bad day, it's not every day.
Glory beyond our reach.

Llego a la puerta de la ciudad antigua. Las vistas son sobrecogedoras. La torre de David. Los antiguos muros de piedra que se confunden con los muros nuevos de hormigón de Ariel Sharón. El monte de los Olivos al fondo. Y los coches de lujo que se suceden en la puerta del recién inaugurado hotel Waldorf Astoria con sus habitaciones de ochocientos euros la noche.

Resulta difícil imaginar que a menos de una hora de aquí, en la Franja de Gaza, la población sobrevive en una suerte de oscuro Medievo, sin electricidad, con las reservas de agua y alimentos bajo mínimos, mientras los misiles de la aviación israelí se llevan por delante cada día decenas de vidas inocentes.

Todo esto, claro, según mi versión distorsionada y parcial.

3. EREZ

El taxi avanza por la carretera que conduce a Ashkelón mientras el sol despunta en el horizonte. A nuestro lado pasa un coche con tablas de surf en el techo. Varios jóvenes van cantando en su interior.

Simón tiene el móvil en la mano. Sé que se aproxima el momento *Club de la comedia*. Intento hacerme el distraído.

—Ayer encontré unos chistes en internet que son la hostia.

Cierro los ojos.

—¿Capital de España?

Hago que ronco.

—En Suiza, la mayoría —remata, y lanza una carcajada.

Para mi sorpresa, Juan Pedro, que va en el asiento delantero junto al conductor del taxi, se ríe también.

—Tengo otro.

Me pongo las gafas de sol.

—Amor, después de tantos años, ¿todavía te gusto?

Me miro las uñas. Las tengo largas. Me las tengo que cortar.

—No, todavía no —se responde Simón.

Más celebraciones. El chófer se gira curioso.

—Me tomaría la molestia de traducirlos —le digo en inglés—, pero son muy malos, no se pierde nada.

—¿Hay algún médico en la sala? No, pero yo estudié ingeniería, que es más difícil.

Cuando el taxista toma el desvío rumbo a Erez, nos quedamos en silencio. Al fondo aparece la Franja de Gaza, coronada por columnas de humo que surgen de entre sus edificios.

—Siga por el camino de la derecha y no se detenga hasta que se lo diga —le indico al taxista.

Para entrar a la Franja de Gaza desde Israel hay que cruzar el paso de Erez. Un enorme edificio gris, controlado por el Ejército hebreo, al que se llega tras atravesar un control de seguridad.

Nos detenemos frente al control. Dos jóvenes de uniforme negro, con fusiles M15, nos piden los documentos. Trabajan para una empresa de seguridad privada.

—Pasaporte y permisos —nos dice uno ellos con voz impostada de autoridad.

Tras comprobar que los documentos están en orden, se comunica por radio con el paso de Erez y da nuestros nombres.

—Deben esperar aquí.

Sonidos de sirenas. Una nube de polvo. Cinco ambulancias de la Media Luna Roja avanzan por la carretera y pasan raudamente a nuestro lado.

Los heridos que salen de Gaza. Los casos más brutales, que los médicos palestinos no pueden tratar. Niños, en su mayoría, que serán operados en hospitales israelíes.

En el estacionamiento del paso de Erez se encuentran aparcados vehículos de televisiones internacionales, camionetas de la ONU, taxis y ambulancias.

No es una buena señal.

Me bajo del coche y le pregunto qué está sucediendo a una periodista rubia, que resulta ser de WDR, la televisión alemana.

—Hay combates en Beit Hanún, muy cerca de la frontera. Los tanques israelíes entraron esta mañana. El paso está cerrado hasta nuevo aviso.

Como en una mala película, justo cuando ella termina de hablar se escucha una explosión que hace que me agache instintivamente. Los tanques Merkava israelíes que están disparando contra objetivos palestinos. Más lejos, ahogados chasquidos de fusil AK 47 en respuesta.

—Gracias por la información. ¿Con quién tengo que hablar dentro?

—Pregunta por el capitán Mark Thompson. Pero te dirá que esperes, como a todo el mundo.

Entro al edificio. En un día normal —si es que el adjetivo «normal» pudiera aplicarse a este mundo orwelliano de cámaras que te siguen mientras caminas, pasillos con tornos de metal, escáneres corporales y cabinas protegidas por cristales blindados— te sellan el pasaporte, te someten a unos exhaustivos controles de seguridad y, tras recorrer un pasillo de un kilómetro de distancia, te encuentras en territorio palestino. Salvo en migraciones, durante el resto del trayecto no te encuentras cara a cara con ser humano alguno. Todo es dirigido a través de órdenes que salen de altavoces.

Me acerco a la única cabina que tiene encendida la luz verde. Está vacía. Aguardo hasta que, detrás del cristal, aparece una soldado con una lata de Coca-Cola *light* en la mano.

—Buenos días, soy Rodrigo Rey, periodista de España, quiero ver al capitán Mark Thompson. —Deja la lata a un lado. Se sienta. Acomoda unos papeles—. Buenos días, soy Rodrigo Rey, periodista de España, quiero ver al capitán Mark Thompson.

Levanta la cabeza y me mira como si fuera estúpido. Aprieta un botón. Su voz suena distante y metálica.

—No lo he escuchado. Repita.

—Buenos días, soy Rodrigo Rey, periodista de España, quiero ver al capitán Mark Thompson.

—Está ocupado.

—Dígale, por favor, que lo quiero ver. Lo espero.

Me siento en una de las sillas de la entrada. Es curioso, las bombas no se escuchan dentro de este edificio construido en el año 2000 por la Unión Europea para que fuera la gran puerta de entrada a Gaza cuando se creara finalmente un Estado Palestino.

Aparece el capitán Mark Thompson. Lleva gafas Ray-Ban, el cabello rapado y masca chicle como si este le hubiera hecho algo malo y tuviera que castigarlo.

«Buenos días», me saluda en inglés con acento estadounidense y luego agrega en español «amigo». «Buenos días», le respondo usando el mismo juego de idiomas, solo que vuelvo al español para decir la palabra «capitán». Sí, hoy nos hemos despertado ingeniosos y políglotas.

—Mire, somos un equipo de televisión pequeño. Hemos tenido problemas y nos ha sido imposible venir antes. No importa a qué hora sea ni cómo sea, pero tenemos que entrar a Gaza para poder transmitir en directo.

—Los combates están a dos kilómetros de aquí. Para ir a la ciudad de Gaza solo hay una carretera. De un lado están los terroristas palestinos; del otro, nuestros tanques.

—¿Cuándo cree que terminará la operación?

—Es información confidencial.

—Se lo suplico. Estaremos fuera, en el aparcamiento. Si algo cambia, avísenos.

—¿Usted sabe cómo está Gaza ahora? ¿La que está cayendo? ¿Tantas ganas tiene de meterse allí?

No me molesta la pregunta. No la formula con animosidad. Lo vislumbro realmente interesado.

—No somos la CNN. Somos de un medio pequeño, de un país pequeño. Lo más probable es que dentro de unos días nos manden de nuevo a casa. Así que tenemos que entrar hoy sí o sí.

Asiente con la cabeza. Se queda pensativo. Nos despedimos con un «amigo» y un «capitán» en español.

Seguimos así de ingeniosos.

De regreso en el estacionamiento, descubro a Juan Pedro y a Simón sentados en el suelo, contra una medianera de hormigón. A lo lejos, siguen sonando los cañonazos de los tanques y el ronroneo de los aviones no tripulados.

Juan Pedro se ha colocado el chaleco antibalas y el casco. En cada brazo y cada pierna se ha puesto una pegatina con su grupo sanguíneo: «A positivo». La cabeza vencida, los hombros echados hacia adelante, parece un Madelman caído en desgracia.

—Estás hecho todo un profesional —le digo a Juan Pedro.

—Leí en la web de Reporteros Sin Fronteras que hay que tener identificado el grupo sanguíneo en las cuatro extremidades por si pierdes alguna.

—¿Tú sabes tu grupo sanguíneo? —le pregunto a Simón, que está comiendo una bolsa de patatas fritas.

—Creo que es C o D —dice sin que se le entienda bien por toda la comida que tiene en la boca—. No me preguntes si es positivo, negativo o qué coño.

—Está bien ser serio, Juan Pedro, y llevar las identificaciones, pero en esta guerra si algo te va a matar es un misil. Lo más probable es que la palmes en el instante y quedes hecho papilla. —Juan Pedro me mira con horror—. Los soldados israelíes casi no entran a la Franja. No quieren tener bajas, así que bombardean a lo loco. Trajimos los chalecos por el tema de los seguros. Y esas placas no sirven para nada, si te digo la verdad. —Juan Pedro me mira con más horror aún—. Escucha, ¿tenemos agua en el coche?

—Creo que sí —me responde, poniéndose aparatosamente de pie.

—No quiero un acto de fe. Mira si hay y si no hay vete a uno de esos taxis y pídele que nos traiga agua y frutos secos. No pagues una fortuna, por Dios. Cincuenta shekels deberían bastar. —Juan Pedro camina hacia el taxi, acostumbrándose al peso del chaleco y el balanceo del casco, que le queda demasiado grande—. Quiero siempre agua y comida en el coche. Cada mañana —le grito mientras se aleja.

Cojo una patata frita de la bolsa que Simón tiene en las manos.

—No te creas que es tonto el chaval —me dice—. Tiene bastante cabeza. Ya le irá cogiendo el punto.

—Te lo dejo todo para ti.

Me sacudo la sal de las manos y me voy a hablar con la periodista rubia de la WDR. Tiene cierto atractivo.

A medida que avanza el día, los camiones de la ONU abandonan el aparcamiento. Lo mismo hacen las unidades de las cadenas internacionales. Vuelven a Jerusalén para hacer sus directos. Ya cogerán imágenes de agencia. Inclusive los taxis, al ver que nadie cruza el paso de Erez, se marchan.

A eso de las cinco de la tarde, somos los únicos que quedamos. Nosotros, nuestro taxista y la guerra en Gaza, tan lejos y tan cerca a la vez.

El capitán Mark Thompson se asoma por la puerta del edificio. Me hace una señal para que me acerque. Me pongo en pie de un salto y corro hacia él.

—Amigo, parece que la cosa está un poco más tranquila. Los terroristas se han cansado de disparar —me explica—. Le doy diez

minutos para que entre a Gaza. Nada más. Diez minutos. Pero es bajo su responsabilidad.

Salto de alegría. Sí, así de gilipollas somos los que hacemos este trabajo.

Le doy las gracias y le aseguro que dentro de diez minutos estaremos del otro lado.

Corro hacia Juan Pedro y Simón. Me siento tan pletórico como asustado.

—Esta es la situación: he logrado convencer al capitán para que nos deje pasar.

—Bien ahí, Míster Seducción —exclama Simón.

—No sé si es una noticia para alegrarse, pero es lo que hay. El pasillo tiene un kilómetro de largo. Tenemos diez minutos para cruzarlo, tomar un taxi y salir de Beit Hanún.

—¿Por qué diez minutos? —pregunta aterrado Juan Pedro.

—Por nada. Es el tiempo oficial de cruce —le miento para no atormentarlo más—. Id pasando las maletas por los rayos X, que yo voy a que nos pongan el sello de salida en el pasaporte.

Entramos al edificio.

Le hago un gesto con el pulgar al capitán y me dirijo a la cabina que tiene la luz verde encendida. Allí, una soldado pelirroja masca chicle y escribe en su teléfono móvil. Debe tener apenas un par de años más que mi hijo mayor.

—Disculpe. —Baja el teléfono móvil. Me mira—. Vamos para Gaza. Le ruego que no se demore mucho. El capitán nos ha dado diez minutos para cruzar. Tenemos poco tiempo.

No sé qué parte de «tenemos poco tiempo» es la que no ha entendido, pues hace una inspección de nuestros documentos de viaje como si nunca en su vida hubiese visto un pasaporte. Los mira boca arriba, boca abajo, página por página. Lo coloca debajo de una luz fluorescente. Los mete en un escáner.

—España, país amigo. Ibiza, Pachá, sangría, Pamplona, toros —le digo para tratar de generar confianza.

—Eso de matar toros es una barbaridad —me suelta, sin levantar la vista de los pasaportes—, soy vegana.

Barbaridad es bombardear a civiles, estoy tentado de decirle, pero por razones evidentes me contengo.

Miro el reloj: ya han pasado cinco minutos.

—¿Cuál es el motivo de su viaje a la Franja de Gaza? —me pregunta.

—Como está escrito en el visado, somos periodistas.

Sin decir más estampa los sellos de salida en los pasaportes. Cuando me los está por dar, parece acordarse de algo y los vuelve a colocar sobre su mesa. Se pone de pie, desaparece y al rato regresa con unas

tijeras. Las usa para sacar los visados que nos graparon en el aeropuerto Ben Gurión.

Ahora sí, ya con los pasaportes en la mano, corro hacia el capitán Mark.

—Escuche, han tardado un montón en ponernos los sellos. Los diez minutos que corran desde ahora, se lo ruego.

Mark me guiña un ojo. «No *problemo*», me dice en español.

—Pero tenga en cuenta una cosa. Yo le puedo decir a los soldados que no disparen, pero si los terroristas los atacan, van a responder aunque ustedes estén en el medio. Son chavales.

Pienso en mis hijos mayores. Le doy la razón al capitán Mark Thompson. Con órdenes o sin órdenes, harán lo que quieran. Paso por el escáner corporal antes de sumergirme en el pasillo que comunica Israel con la Franja de Gaza.

En mi mente reverbera una palabra: «Chavales».

«Venga, coged las maletas. Un kilómetro en diez minutos. Lo podemos conseguir sin problemas», les digo a mis compañeros. Sobre todo a Simón, cuyo estado físico me preocupa desde el momento mismo en que mi jefe me dijo que sería el camarógrafo que me acompañaría a Gaza.

—¿No hay nadie más en plantilla que pueda venir?

—Pero si ha sido tu compañero durante años.

—Desde que lo habéis sacado de la calle para asignarlo al almacén de equipos se ha puesto como una vaca —traté de razonar con él—. Nos vamos a la guerra. Necesito alguien en forma.

—Es lo que hay, Rodrigo. En el verano estamos siempre bajo mínimos. Sabes muy bien cómo funciona la casa.

Lo que no sabía es que la diabetes —que en teoría lo debería obligar a comer sano y dejar de beber—, le había afectado también la vista.

Cuando lo vi llegar a Barajas con gafas sentí que se me caía el alma a los pies. En sus años buenos, Simón tenía una vista de lince. Era capaz de descubrir a un francotirador serbio en un bloque de mil apartamentos en Sarajevo.

Caminamos lo más rápido que podemos con las maletas a cuestas. Estamos solos en ese pasillo cuyo final no llegamos a vislumbrar. A nuestros costados, dos vallas metálicas seguidas por montañas de basura y escombros. Sobre nuestras cabezas, un techo de zinc con agujeros de metralla por los que se cuelan los rayos de sol.

Suenan algunas detonaciones en la distancia.

Nos detenemos instintivamente.

—¿No había dicho el capitán que iban a dejar de disparar? —pregunta Simón.

Miro el reloj.

—Sigamos, no nos paremos. Ya han pasado siete minutos —intento darles ánimo.

Juan Pedro está pálido como una hoja de papel. Avanza liviano, ausente, sin decir palabra, bajo su casco blanco. Creo que sus pies no tocan el suelo.

Otra explosión.

Exhausto, Simón se apoya contra la valla metálica. Apenas hemos avanzado unos trescientos metros.

—No puedo más —nos dice jadeando—. Seguid vosotros.

—Venga, vamos. Este no es el momento de lamentarte de todos los bocatas que te has comido el último año —le digo, cogiéndolo de los hombros—. Dame la cámara y deja el bolso con los chalecos antibalas aquí. Ya vuelvo yo a buscarlos.

Avanzamos hasta llegar a un recodo del pasillo y, tras girar, descubrimos con alivio que estamos a escasos metros del final. Las explosiones suenan con más fuerza.

A la salida hay dos taxis pero ninguno es el de mi amigo Mushir.

—Juan Pedro, coge la cámara, el trípode y llama a Mushir a ver dónde cojones está —le digo—. Simón, quédate aquí de pie, toma un poco de agua. Voy a buscar los chalecos antibalas.

Vuelvo sobre mis pasos a la carrera. Ya han pasado dieciocho minutos de los diez que nos habían dado de gracia. Espoleado por el miedo, mi corazón late como si estuviera corriendo la final olímpica de los cuatrocientos metros por equipos.

Levanto el bolso con los chalecos, me lo engancho en el hombro, y corro de regreso a Gaza. Cuando llego al final del pasillo me encuentro una imagen que debería quedar para los anales de la historia del periodismo de guerra.

Simón, boca arriba, con su enorme panza de carne muerta asomando por debajo de la camiseta. Los brazos abiertos, rodeado de maletas, mientras los dos taxistas palestinos lo miran incrédulos cual voluntarios de Green Peace ante una ballena varada en la playa.

Más lejos, fuera del techo del pasillo, se encuentra Juan Pedro. El móvil pegado a la oreja y, sobre el hombro, aunque resulte difícil de creer, el trípode.

—Juan Pedro, joder, baja ese puto trípode —le grito, al tiempo que corro hacia él.

—¿Pero qué pasa? —me pregunta azorado.

—Que bajes el trípode —le repito y, cuando llego a su lado, se lo saco del hombro de un manotazo.

—Estaba hablando con Mushir. Me vine porque no tenía cobertura. No entiendo nada.

—En la distancia, con el trípode sobre el hombro parece que tuvieras un RPG.

—¿Un qué?
—Un lanzagranadas. ¿No te das cuentas?
Lo cojo por la espalda y lo hago girar hacia una colina que se alza junto al pueblo de Beit Hanún.
—¿Ves esos tanques israelíes que están allí? ¿Frente a los que vamos a tener que pasar ahora? ¿Ves cómo te apuntan?
Juan Pedro vuelve a ponerse lívido de miedo, si es que en algún momento ha dejado de estarlo, hasta el punto de que ya parece transparente. Si me esfuerzo creo que podré ver a través de él.
—Regla número uno: nunca sostengas material alguno de forma que pueda parecer un arma. ¿Entendido?
—Lo siento, es mi primera guerra.
Ahora los dos taxistas palestinos nos observan a nosotros con incredulidad.
Se lo están pasando en grande.
Recojo el trípode y lo llevo hacia donde está Simón tirado en el suelo rodeado de maletas. A pesar del subidón de adrenalina, intento caminar despacio por si nos están viendo.

Finalmente, aparece el coche de Mushir. Un Daewoo Lanos blanco con la palabra «TV» escrita con cinta adhesiva sobre el capó. Le doy un gran abrazo a mi viejo amigo y comenzamos a meter el equipaje en el maletero. Ya han pasado veinticinco minutos.
Uno de los dos taxistas se acerca furioso. Empieza a sacar nuestro equipaje del maletero y a ponerlo en el suelo.
Mushir discute acaloradamente con él. Vuelve a poner nuestras valijas en el coche.
—¿Pero qué pasa, Mushir?
—Dice que estaba primero, que tienes que ir con él, que son las reglas.
Me planto frente al taxista y le explico en inglés: «Mushir es mi amigo. Me da confianza. Vamos a ir con él».
No entiende nada de lo que le digo.
—Traduce, Mushir, por favor.
Mientras mi amigo traduce, miro el reloj. Han pasado ya treinta y dos minutos.
El taxista niega con la cabeza.
—Venga, seamos sensatos, que estamos en una puta guerra. Dile que le doy una propina. ¿Cien shekels está bien? ¿Es razonable?
Saco el dinero del bolsillo y se lo entrego al taxista que, con desprecio, lo tira al suelo, como si estuviera en una ópera de Puccini.
—Dice que es una cuestión de principios —me traduce Mushir.
—Son estúpidos estos palestinos —grito furioso y levanto los brazos. Actúo así para mostrar un poco de carácter y que no se crezca tanto el

taxista, aunque rápidamente me giro hacia Mushir y agrego en voz baja: «No todos los palestinos, tú no, amigo».

El taxista sigue hablando sin parar.

—Dice que es una cuestión de orden.

¿Orden? ¿En esta franja moribunda de tierra llena de escombros, de cráteres de bomba, de burros famélicos, que es Gaza?

Respiro hondo por enésima vez desde que puse pie en Tierra Santa. Trato de serenarme. En un atisbo de lucidez propulsado por la adrenalina encuentro la solución.

—Dile, Mushir, por favor, que está bien, que nos vamos en dos coches. Simón y Juan Pedro van contigo. Y yo me voy con él.

Apenas Mushir le explica mi oferta, la rabia del taxista se evapora. «Gracias, gracias», me dice en inglés. Sin embargo, ahora es el otro conductor el que empieza a desplegar su indignación.

—Dice que él estaba segundo, que también lo tienes que contratar.

—Dile, por favor, Mushir —hago una pequeña pausa dramática—, que se vaya a tomar por el puto culo.

—No puedo traducir eso. Es muy ofensivo.

—Pues nada, dile que venga él también, pero que necesito que me hagan un recibo cada uno. En la tele no se van a creer esto.

Mushir negocia con el segundo taxista, que parece más razonable que el primero. Mientras tanto, nosotros vamos metiendo las maletas en los vehículos.

—Simón, tú vas en el primer coche con Mushir. Juan Pedro, tú, en el del medio. Yo iré a la cola.

Me siento junto al conductor del tercer coche. La puerta trasera del segundo, que está frente al nuestro, permanece abierta.

—¿Qué cojones pasa? —me digo.

Desciendo. Doy unos pasos a la carrera. Encuentro a Juan Pedro revolviéndose en el asiento como si estuviera sobre un hormiguero. En la mano, una parte del cinturón de seguridad.

—No encuentro la otra.

—Déjate de joder, por favor. Esto es ridículo. En Gaza nadie usa el cinturón de seguridad.

—Dame un segundo. La otra parte tiene que estar por algún lado. La mayor causa de muerte entre periodistas no es la guerra sino los accidentes de tráfico. Lo leí en la web de Reporteros Sin Fronteras.

—Déjate de imbecilidades, agárrate con fuerza al asiento de adelante y no jodas.

Le cierro la puerta en la cara. Vuelvo corriendo a mi coche. Miro la hora. Han pasado cuarenta y dos minutos.

«Vamos, vamos», le ordeno en árabe a mi taxista.

Partimos lentamente para no levantar sospechas. Los tres vehículos en fila resultan muy discretos. Parecemos la plana mayor de Hamás. A

lo lejos se ve que la carretera circula justamente frente a los tanques, que apuntan hacia una serie de edificios que hay del otro lado.

Me agacho al acercarnos al primer blindado Merkava israelí. El taxista, que me mira por el espejo, hace lo mismo. Los soldados israelíes deben de pensar que somos un coche fantasma. Ni conductor ni pasajeros.

—No disparéis, hijos de puta, no disparéis —le ruego mentalmente a los palestinos que están atrincherados en alguna posición más allá de los edificios.

Pasamos frente al primer tanque. Luego frente al segundo. El tercero está tan cerca que podría sacar la mano por la ventanilla y ponerle una flor en el cañón.

Vuelvo a consultar la hora. Ya han transcurrido cuarenta y siete minutos desde la hora límite. Somos un puto desastre.

Merecemos que nos disparen.

4. GAZA

Llegamos al hotel Blue Beach, en la ciudad de Gaza, al anochecer. Estamos exhaustos, cubiertos de polvo, con ganas de tomar un baño y descansar. Abandonamos Jerusalén hace catorce horas.

—¿Cuáles son las habitaciones más seguras? —le pregunto al hombre que está en la recepción.

—Todas —me responde, señalando el cartel que está a sus espaldas.

—No veo un carajo sin las gafas, Juan Pedro, dime qué dice.

—Este hotel figura en la lista de edificios que han recibido el visto bueno de las autoridades israelíes. No será bombardeado —lee en inglés.

—¿Y eso quién lo asegura? —le pregunto al recepcionista.

—Las autoridades israelíes. Tiene el sello oficial.

—Pues entonces denos tres habitaciones. Una mirando al mar, otra a la ciudad y otra a la frontera. En una planta alta. No queremos perdernos nada de la acción.

El hotel Blue Beach es un establecimiento moderno, austero, alejado de la pasión árabe por los brillos y los dorados, las cortinas de raso y las enormes arañas colgando del techo. Me sorprende que algo así haya sido construido recientemente en esta Gaza bloqueada a cal y canto.

Subimos al ascensor. Marco la octava planta. En el espejo está el mismo cartel del Ejército israelí que afirma que no nos van a atacar.

Es una cruel paradoja. En una ciudad donde la gente duerme aterrada bajo las bombas, noche tras noche, orando para que la macabra rueda de la muerte no se fije en ella; nosotros, los extranjeros, que elegimos estar aquí y que no solo tenemos tarjeta de crédito sino vuelo de regreso a casa, somos los únicos cuya seguridad se encuentra garantizada.

A las diez quedamos en la recepción para cenar. El primero en bajar es Simón.

—¿Has descansado un poco? —le pregunto.

—Sí, he pegado una cabezadita. ¿Tú?

—La sinfonía de bombas y drones me mantuvo despierto. Espero que esta noche afloje un poco.

Juan Pedro baja del ascensor. Se ha puesto el chaleco antibalas, las pegatinas con el grupo sanguíneo. Al menos, el casco lo lleva colgando del brazo.

—No te pongas el chaleco antibalas en el hotel —le digo en voz baja.
—Es que el restaurante está en la terraza.
—Confía en mí, llevo veintidós años haciendo este trabajo. Vas a hacer el ridículo. Seguro que está lleno de extranjeros.
A regañadientes, Juan Pedro se dirige hacia el ascensor.
—Déjalo en la recepción. Después de cenar lo recoges.
La terraza del hotel da a la playa. Una luna anaranjada se proyecta sobre las olas del mar. Si no fuera por el eco de las bombas, este sería un lugar idílico.
De la veintena de mesas que hay dispuestas, solo cuatro están ocupadas. Todos los que en ellas se sientan son extranjeros: cooperantes, personal de la ONU, periodistas.
En una mesa descubro a Amancio Iglesias, que está sentado junto a cuatro jóvenes. Para muchos, una leyenda del reporterismo. Para mí, un hombre con una dilatada y meritoria carrera pero que padece el peor mal que puede sufrir un periodista: le gusta demasiado escuchar su propia voz.
A su lado, en cualquier comida, la única forma de poder decir palabra es esperar a que tome un bocado de algo. O, siendo menos delicado, coger un trozo de pan y metérselo en la boca.
Me acerco a saludarlo.
—Rodrigo, ¡qué alegría!
—Amancio, querido.
Nos fundimos en un abrazo.
—Estos son Simón, mi cámara, al que ya conoces…
—Sí que te has puesto fondón Simón, como yo —le dice, cogiéndose la barriga.
—Y este nuestro joven productor, Juan Pedro Vila.
Se dan la mano.
—Sentaos con nosotros —nos invita Amancio—. Os presentaría uno a uno a estos jóvenes y guapos cooperantes de Médicos Sin Fronteras, pero no recuerdo muy bien sus nombres. ¿María, Pedro…?
Riendo, ellos se presentan. Son Raúl, Arantxa, Soledad y Carlos.
—Encantado —les digo.
Traemos sillas.
—Les estaba contando de cuando tenía cita para ver a Mobutu en Kinshasa pero justo el día anterior me cae encima mi octava malaria, no pude haber tenido más mala suerte...
Las caras de fascinación de los cooperantes son enternecedoras. Seguramente habrán estado en otros proyectos antes, sobre todo en África, y habrán visto a gente sufrir decenas de malarias, o, quizás ellos mismos la han sufrido, pero escuchan a Amancio con tanta atención a cada palabra, a cada gesto, que parece que él hubiese sido

el primer y único ser humano en sufrir paludismo. Es lo que tiene la fama. Y ser un buen narrador, eso no se lo quito, porque maneja los silencios, los cambios de tono, con maestría.

Solo le fallan la incapacidad para poner freno a sus peroratas y su aspecto, que tiene un aire a Ernest Hemingway, eso lo reconozco, pero como si le hubiese caído una piedra encima, pues Amancio no supera el metro sesenta de altura.

—Claro, yo estaba en la cama, imaginad, cubierto de sudor, tiritando, cuando vienen los emisarios de Mobutu a buscarme. La entrevista del siglo, la que nadie había conseguido…

Mientras Amancio, rebautizado por mí como el Mini-Hemingway, sigue con esa historia que ya he escuchado en otras ocasiones, repaso el menú del restaurante. Hay pollo, filete, pescado. Hambriento, levanto la mano y llamo al camarero.

—Lo siento, señor —me explica el camarero—. Solo nos queda pan de pita, *hummus* y *falafel*.

Al escuchar esto, Simón se hincha de alegría. Y yo me digo a mí mismo que después de cenar saldré a correr aunque los israelíes suelten bombas atómicas sobre Gaza.

—Mobutu Sese Seko, el gran ladrón de África, el gran megalómano me recibe en una sala cubierta de pieles de leopardos, donde todo es de oro, desde los espejos, hasta las sillas, las puertas y los fusiles AK47 de los guardias de seguridad son de oro…

Por un instante, me siento tentado de contar el final de la historia de Amancio, que es muy efectista, por cierto, pero decido comportarme como un ser civilizado. Es nuestra primera noche en Gaza. Además, la tal Aranxta tiene algo. Intento imaginármela bien vestida, sin esa insípida camiseta blanca de Médicos Sin Fronteras. Sin duda, posee cierto atractivo, aunque lo más probable es que esté liada con Carlos, el muchacho de grandes hombros y sonrisa bobalicona que está a su lado.

—Mobutu me pregunta cómo puede ser que permanezca de pie padeciendo malaria. Y yo le digo que esa mañana he tomado un remedio infalible que me enseñaron los rebeldes en Laos. Esos aguerridos kalenji que en nombre de la CIA pelearon contra Pol Pot y los jemeres rojos en la selva durante la guerra de Vietnam…

El camarero nos trae la cena, a la que Simón y yo nos abalanzamos. Juan Pedro ha caído en la trampa: escucha a Amancio como si fuera una suerte de oráculo de sabiduría.

—Venga, come —le ordeno.

Estamos atacando el *hummus*, que sabe un poco rancio, cuando escuchamos un sonido ahogado en la oscuridad del cielo.

—Mobutu quiere saber qué contiene esa pócima que cura al instante la malaria. Me implora que se lo diga. Por favor, le daré lo que quiera

a cambio del secreto…

El sonido se acerca. Por la cadencia, deduzco que se trata de un helicóptero Apache. Algo no va bien. Está muy cerca. Los cooperantes levantan la cabeza hacia el cielo, preocupados. Yo, también. Amancio no para de hablar. Simón no deja de comer.

—Me ofreció mujeres, coches, oro. Lo que quisiera a cambio de conocer el antídoto para la malaria que me habían confiado los guerrilleros laosianos. ¿Sabéis que le dije? ¿Cuál fue mi respuesta?

Una luz incandescente parte desde la oscura noche, cruza el cielo e impacta en la playa, a unos doscientos metros de donde estamos sentados, con una explosión ensordecedora. Salimos todos corriendo hacia la recepción del hotel. Simón intenta coger algo de pan para el camino con tanta torpeza que tumba la mesa y tira los cubiertos, vasos y platos al suelo.

Una vez en la recepción, coincidimos con el resto de comensales y camareros, que también han huido de la terraza. Respiramos agitados por el susto, sin decir palabra.

Un empleado se acerca y nos dice que no nos preocupemos, que las Brigadas Al-Qassam suelen ponerse cerca del hotel para lanzar sus misiles contra Israel. Lo usan como escudo porque saben que la aviación hebrea no disparará a un establecimiento lleno de extranjeros.

Si sus palabras buscaban tranquilizarnos, no lo han logrado. Esos misiles carentes de dirección del brazo armado de Hamás pueden impactar perfectamente contra el propio hotel.

Juan Pedro, que se ha puesto el chaleco antibalas y el casco, me mira con expresión de reprobación. Amancio Iglesias, que se ha quedado solo, de pie en una esquina, parece desconcertado. No ha podido terminar de contar su encuentro con Mobutu.

Juro que no fui yo quien llamó al helicóptero israelí.

Me pongo los pantalones cortos, las Nike y salgo a correr por el estacionamiento del hotel. No es muy grande pero me alcanza para sudar un poco.

Un par de vueltas de calentamiento y me lanzo como un caballo desbocado. Alcanzo las ciento cincuenta y cinco pulsaciones por minuto. Escucho algo de Metallica. Necesito un poco más de adrenalina para afrontar los días que se me vienen encima. El doble bombo del batería Lars Ulrich para en seco. Arranca la voz rota de James Hetfield.

Saint Anger around my neck.
He never gets respect.
Saint Anger around my neck.
You flush it out, You flush it out.

Aminoro la velocidad. Hace una noche estupenda, pletórica de estrellas. Me saco los auriculares para escuchar lo que sucede a mi alrededor. No vaya a venir otro comando de Hamás a lanzar sus misiles y me coja aquí haciendo el tonto. En uno de los balcones del hotel veo a Arantxa. Fuma y observa el mar.

La saludo.

Me saluda.

De regreso en mi habitación me ducho y luego me siento junto a la ventana a observar la Franja de Gaza. Gracias al generador que retumba en el sótano del hotel, somos uno de los pocos edificios con luz eléctrica. El resto de esta tierra miserable y apaleada permanece en la penumbra.

Descubro la silueta de un cazabombardero F16 que se recorta en el cielo. Segundos después, una lengua de fuego asciende desde un edificio que se encuentra a un par de kilómetros en dirección a Beit Lahia.

Sirenas.

Gritos.

Me tumbo en la cama y me pongo tapones en los oídos. Saco una novela de Jo Nesbø para tratar de distraerme. La empiezo a leer. Se corta la luz. Deben haber apagado el generador del hotel.

Cojo una linterna, la enciendo y sigo leyendo.

DÍA 1

Tras una noche de incesantes bombardeos, la Franja de Gaza ha amanecido en relativa calma. Sentado en la terraza del hotel Blue Beach, solo escucho el ronroneo de los drones y el acompasado bramido de las olas del mar.

—Buenos días, hermano —me saluda Mushir mientras coge una silla y se acomoda a mi lado.

—Te he traído lo que me pediste —le anuncio.

Acto seguido, coloco sobre la mesa dos paquetes de veinte cajetillas Marlboro. Mushir se los lleva a la nariz y los huele como si fueran un tesoro.

—Gracias, hermano. El maldito embargo. Solo tenemos cigarrillos egipcios. Son como fumar mierda.

Somos los únicos comensales en el restaurante de la terraza del hotel. La mesa que Simón tiró anoche sigue tumbada en el suelo. Desde el mar nos llega una luz acuosa, mortecina, que parece en perfecta concordancia con la pesadumbre que se respira en esta tierra devastada por las bombas y el bloqueo.

Aunque aún no hace calor, Mushir se seca la frente con una pequeña toalla que suele llevar en la mano. Es una suerte de tic que tiene, pasarse ese trozo de tela marrón por los brazos, por el rostro y por la cabeza. Después, saca uno de sus cigarrillos egipcios y lo enciende.

—¿Vas a poner los Marlboro en una vitrina o qué?

—Los guardo para cuando termine la guerra y los pueda disfrutar.

Da una calada y mira al mar. Hace diez años que nos conocemos. Cada vez que vengo lo encuentro con menos pelo en la cabeza y más encorvado, como si el sino de Gaza fuera un creciente peso sobre sus hombros.

—¿Y tus compañeros?

—Les dije que bajaran a las nueve. Necesitaba estar tranquilo un rato. El productor me saca de quicio.

—Es muy joven.

—¿Qué noticias tienes?

—Ayer a la noche, Israel bombardeó la planta potabilizadora de Gaza. La avenida Saladino está llena de mierda.

—Sí que huele mal esa porquería —le digo sacudiendo el humo que me viene a la cara.

—¿La avenida Saladino?

—No, los cigarrillos egipcios estos.

Cojo la cajetilla. Un dibujo de una pirámide que parece hecho por un niño. Unas palabras en árabe. Y abajo, en inglés: «*Pharaoh Cigarretes. Smoke like a King*».

Apenas me desperté le envié un mensaje a Simón pidiéndole que razonara con Juan Pedro, que tratase de convencerlo de que no tiene sentido usar el chaleco antibalas en el hotel. Parece que lo ha convencido, pues cuando sale a la terraza no lleva protección alguna. Ni casco ni chaleco. Solo un pañuelo palestino enrollado alrededor del cuello.

—Buenos días —nos saludan.

—Buenos días —respondemos.

—Juan Pedro, vete dentro, por favor, a ver si encuentras algún camarero. Llevo una hora aquí y no me he podido tomar ni un café.

Simón se sienta con nosotros en la mesa.

—¿Quién es, la reencarnación de Yasir Arafat? —le pregunto.

—Me dijo en el ascensor que cree que así pasará más desapercibido.

—Invisible, vamos.

Juan Pedro regresa junto a un camarero somnoliento, con la camisa arrugada, que nos entrega los mismos menús que la noche anterior.

—Huevos, zumo, panqueques —lee Simón.

—No te hagas ilusiones.

Mushir habla en árabe al camarero, que espera con su libreta en la mano.

—Solo *hummus* y *falafel* —nos traduce—. Hasta que no abran la frontera, es todo lo que hay.

—Pues *hummus*, *falafel* y café para todos —le ordeno al camarero, que demora al menos un minuto en apuntar el pedido.

—Escuchadme —les digo a Simón y a Juan Pedro—. Ayer, la aviación israelí bombardeó la planta potabilizadora de Gaza. Es una buena historia. Cortar el agua a la población civil es una violación de la Convención de Ginebra. Desayunamos y en media hora nos vamos a grabar.

El camarero se acerca con una bandeja abarrotada de platos de *falafel*, *hummus* y pan de pita.

Toda una sorpresa.

En la puerta del hotel Blue Beach, un equipo de la BBC carga cajas, trípodes y cámaras en una moderna camioneta Toyota de color marrón en cuya carrocería se lee «International Press». A su lado yace aparcado el vetusto Daewoo Lanos blanco de Mushir con la cinta adhesiva sobre el capó que dice «TV».

Simón coloca el equipo en el maletero del coche. Juan Pedro trae en brazos una docena de pequeñas botellas de agua. Yo llevo dos camisas

celestes, dobladas, en una bolsa, para cambiarme a lo largo del día y no aparecer sudado frente a la cámara.

—¿Qué tal has descansado? —le pregunto a Juan Pedro.

—No mucho.

—¿Has dormido con el chaleco? Dime la verdad —le pregunto riendo. No me responde—. Mira, en una guerra hay cosas que puedes controlar y hay otras que no puedes controlar. Lo más importante es tener buena información de lo que está sucediendo para actuar con cabeza, para minimizar los riesgos. Y nosotros tenemos a Mushir, que ahí donde lo ves, con su coche destartalado, es el mejor productor de la Franja de Gaza. Tiene contactos en todas partes. Con respecto a las cosas que no puedes controlar, como que un misil se te cuele por la ventana de la habitación, tienes que relajarte. Va a suceder lo que tenga que suceder.

—¿Me lo puedo poner ahora?

—En Bosnia conocí a un reportero holandés que murió por culpa del chaleco antibalas. Recibió un disparo con tan mala suerte que la bala se le metió por debajo del brazo y empezó a rebotar en el chaleco hasta matarlo. Si no hubiese llevado el chaleco, la bala habría seguido su camino.

Juan Pedro procesa la información.

—Ya te dije que los chalecos que alquilaste no sirven para mucho, pero si te hace sentir seguro, póntelo. Entiendo que tiene un factor psicológico. Eso sí, vas a sudar lo que no está escrito.

Recorremos la ciudad a no más de treinta kilómetros por hora para evitar levantar sospechas en los drones israelíes que todo lo observan desde el cielo. No queremos hacer nada raro que los lleve a pensar que somos un comando de Hamás y nos lancen un misil Hellfire. No está en mis planes morir enlatado, hecho picadillo, sin saber quién me disparó ni por qué.

Circulamos frente a edificios reducidos a escombros de los que familias enteras intentan rescatar sus enseres, coches destrozados por la metralla, cables de alta tensión tumbados en la carretera.

Nos encontramos frente a frente con un cortejo fúnebre. En primera fila, combatientes vestidos de negro, con sus fusiles AK47 levantados en alto. Después, varios hombres que llevan sobre los hombros una camilla con un muerto. En cuestión de segundos, quedamos atrapados en la multitud que se dirige al cementerio. No podemos seguir avanzando.

Juan Pedro me mira preocupado. Parece un muñeco de nieve con el chaleco antibalas y el pañuelo palestino.

—No pasa nada, tranquilo —le guiño un ojo.

Simón se asoma por la ventanilla. Graba la procesión.

Gritos de venganza contra Israel. Disparos al cielo por parte de los milicianos. No sería la primera vez que un viandante muere por una bala perdida de un cortejo fúnebre.

Toda una genialidad.

—La cosa no va con nosotros —trato de sosegar a Juan Pedro.

Mushir recibe una llamada. Repite varias veces la palabra *meshi*, que en árabe quiere decir «entendido».

—En el barrio de Yabalia un misil israelí ha caído sobre una abuela que iba en un carro con cuatro niños —nos informa con una rabia que le es imposible reprimir.

—¿Algún superviviente?

Niega con la cabeza.

Ansiosos, esperamos a que termine de pasar el cortejo fúnebre y nos ponemos en marcha rumbo a Yabalia.

—Acelera un poco —le ruego a Mushir.

—Es peligroso.

Este periodismo a cámara lenta me exaspera. Cuando lleguemos al lugar donde cayó el misil, lo más probable es que no solo se hayan llevado los cuerpos sino que haya terminado la guerra.

Solo encontramos el carro partido y el burro abierto en canal. Los cuerpos sin vida de la abuela y sus nietos fueron ya trasladados al hospital Al Shifa. Una decena de niños se ha congregado junto al burro. Lo miran hipnotizados. Aún sale humo de sus entrañas.

En una alambrada descubro trozos de carne chamuscada llevados allí por la onda expansiva del misil. Lo único que queda de la anciana y sus pequeños.

Simón se pone a grabar. Mushir maldice, camina de un lado a otro con su toalla marrón en la mano y con un cigarrillo egipcio en la otra. Yo tomo notas en un pequeño cuaderno, lo que hace que los niños me rodeen y me observen con la misma curiosidad con la que miraban al burro destripado.

En diez minutos cogemos toda la información que necesitamos, nos subimos al coche y ponemos rumbo al hospital Al Shifa. Seguramente allí estarán los familiares de la anciana y sus nietos.

De camino, recuerdo lo que me dijo Claudia Levi, la encargada de prensa extranjera del Gobierno de Israel. «Llama a Matías para conocer nuestra versión de los hechos». Así que marco el número de teléfono del portavoz del comando sur del Ejército israelí. Atiende a la primera.

—Hola, Matías, soy Rodrigo Rey, periodista español. Estoy en el barrio de Yabalia, donde un misil ha impactado en un carro en el que viajaba una abuela con sus cuatro nietos. ¿Tienes algún comentario?

—Deme un segundo que lo miro —me dice con su acento de las

Pampas.

Montañas de basura se suceden en las calles de Gaza. En algunas hay niños hurgando en busca de algo que comer. Por momentos, en la carretera hay más carros tirados por burros que coches a motor. Ocho años de bloqueo israelí están provocando que —mientras que el mundo evoluciona y se adentra en el siglo XXI— Gaza se haga cada día más pobre y retroceda en el tiempo. Es como Calcuta pero bajo las bombas.

—¿Rodrigo?

—Te escucho, Matías, cuéntame.

—En el día de ayer, el grupo terrorista Hamás lanzó treinta y cinco misiles Qassam sobre territorio de Israel provocando el pánico en las poblaciones aledañas a la Franja de Gaza. Solo esta mañana ha lanzado otros doce misiles. El día 2 de junio, el grupo terrorista Hamás empezó unilateralmente a atacar Israel. Desde ese momento ha lanzado trescientos sesenta y ocho misiles. En su legítimo derecho a la defensa, Israel ha respondido de manera proporcionada, atacando solamente objetivos militares de la organización terrorista.

—¿Militares o terroristas? No me ha quedado claro.

—Objetivos terroristas.

—¿Y qué hay de la abuela con sus nietos?

—Estaban involucrados en actividades terroristas.

—¿La abuela y los nietos?

—Correcto.

—¿Y el burro?

Matías no me contesta. Silencio en la vasta noche de las Pampas. Solo se escuchan las chicharras.

Cuelgo.

Tiempo más tarde descubriré que lo único que hicieron la abuela y sus nietos fue detenerse a recoger un trozo de misil que había a un costado de la carretera. En esta economía de subsistencia, querían vender el metal como chatarra.

«A esa, a esa que viene allí», le susurro a Simón metiéndole la mano por debajo de la panza y cogiéndolo del cinturón para que no pierda el equilibrio mientras sostiene la cámara. A empujones nos abrimos paso entre la multitud de periodistas, familiares que buscan a parientes desaparecidos, enfermeros y simples curiosos que coagulan el acceso al hospital Al Shifa.

Llegamos hasta la ambulancia que avanza lentamente, a estertores, tocando la bocina. La luna delantera astillada por un disparo.

—Aguanta, que ya frena.

Se bajan dos enfermeros con sus chalecos antibalas y sus petos de la Media Luna Roja cubiertos de sudor, polvo y sangre. Tienen la

expresión absorta de quien viene del infierno.

De la parte trasera sacan una camilla con un hombre sin vida tapado por una sábana blanca manchada de sangre. A los pies del cadáver, una bolsa de plástico con un brazo y varios dedos revueltos en sangre.

En un inexplicable reflejo colectivo, la muchedumbre se abre como las aguas del mar Rojo y el cuerpo sin vida, con sus miembros amputados, circula hacia las entrañas del hospital. Simón, que le saca una cabeza a cuantos nos rodean, consigue un buen plano.

—Al niño, al niño y al padre. A tu derecha.

De un viejo Toyota Corolla desciende un padre con su hijo desangrándose en brazos. Caminamos como podemos a su lado, tratando de no interrumpirlo, pero chocando con quienes encontramos en el trayecto.

—Dame un minuto. Necesito tomar agua —me pide Simón cuando el padre y el niño se pierden en el hospital. Al bajar la cámara descubro que, detrás de las gafas, tiene los ojos anegados de lágrimas.

En una esquina del aparcamiento del hospital, Juan Pedro nos da una botella de agua. Simón saca una chocolatina del maletero del coche, la abre y se la come.

—¿Cuáles son las últimas noticias? —le pregunto a Juan Pedro.

—Van treinta y cinco muertos y setenta y siete heridos. Todos de una escuela de la ONU que la aviación israelí atacó hace dos horas.

—¿Está confirmada la información?

—Es de Associated Press, me lo confirmaron en Madrid.

—Llama a Mushir. Pregúntale dónde coño está. Necesitamos alguna historia concreta, no tantos recursos de gente llegando al hospital. No somos una agencia de noticias.

Juan Pedro marca el teléfono de Mushir.

—¿Estás mejor? —le pregunto a Simón.

—Sí, no pasa nada.

—¿Seguro? ¿Te sientes bien? ¿Ves bien?

—Veo de maravilla.

—¿No estarás haciendo los planos fuera de foco? —le pregunto un poco en broma, un poco en serio.

—Puse el foco automático, no te preocupes.

Juan Pedro termina de hablar con Mushir.

—Dice que está en la cuarta planta, que subáis ya mismo.

—Vale. Llama a Madrid y pregúntales a qué hora quieren que entremos en directo.

Juan Pedro saca una libreta y empieza a apuntar todo lo que le digo.

—Y que te digan desde dónde vamos a hacer la transmisión. Cuando

te den la localización, llama para confirmar. No sería la primera vez que llegamos y no tenemos hueco para transmitir. Asegúrate de que esté todo en orden, no quiero más sorpresas.

El ascensor se detiene en cada planta. Suben y bajan enfermeras, médicos, heridos. A nuestro lado, una mujer llora desconsoladamente, tapándose el rostro con el *hijab*. Lleva a un niño pequeño de la mano.

En la cuarta planta, unos milicianos vestidos de negro, armados con fusiles AK47, nos interrumpen el paso.

—¿Adónde van? —me pregunta uno en inglés.

—Vamos a la UCI, nos espera Mushir, nuestro productor.

—Nadie puede pasar —me dice de muy mala manera.

Ante unos tipos así de hostiles y con fusiles en las manos, lo más inteligente es una elegante retirada.

Desde una esquina, sin atraer demasiado la atención, llamo por teléfono a Mushir. Le explico lo que acaba de ocurrir.

En cuestión de segundos mi querido productor sale del quirófano y se pone a negociar con los milicianos. Cuando logra convencerlos, nos hace un gesto con la mano para que nos acerquemos.

De joven, Mushir pasó un lustro preso por tirar piedras contra una patrulla israelí. Salió libre a los veintidós años como parte de los Tratados de Paz de Oslo. Lo enviaron a España, donde estudió electrónica en Zaragoza. Cuando terminó la carrera volvió a Gaza pensando que la situación iba a mejorar. El haber estado en una cárcel israelí le da un aura de respetabilidad frente a otros palestinos.

En la antesala de la Unidad de Cuidados Intensivos, nos ponemos guantes, mascarillas y delantales.

—Son de Hamás. Han herido a uno de sus jefes. Están muy nerviosos. No quieren que lo grabemos —me explica Mushir .

—¿Qué historia tienes?

—Un muchacho, Mashed Al Khasar, sordo. Le han tenido que amputar los brazos y las piernas.

El uso del tiempo pretérito por parte de Mushir no es demasiado correcto. Cuando entramos en la UCI, los médicos están aún cortando parte de las piernas del joven, que ha pasado de medir metro noventa de altura a convertirse en apenas un rectángulo maltrecho de ser humano.

Hablamos con el padre y la hermana de Mashed Al Khasar. Según nos cuentan, al ser incapaz de oír que se aproximaba un helicóptero Apache, no corrió a protegerse por lo que el misil lo alcanzó de lleno. Debido a su altura, jugaba en el equipo de baloncesto de Gaza. Es un gran admirador de Magic Johnson y de los Lakers.

Ya tenemos historia para esta noche.

Bajamos a la tercera planta, donde funciona la unidad de pediatría.

Dejo solo a Simón, que graba a los niños heridos que se suceden en las camas.

Llamo a Matías, el portavoz israelí. Me preparo para el momento «Trampa-22» de la tarde.

—Estoy en el hospital Al Shifa. Hay más de cuarenta muertos y ochenta heridos que estaban refugiados en una escuela de la ONU. La mitad son niños. ¿Algún comentario?

—En el día de ayer, el grupo terrorista Hamás lanzó treinta y cinco misiles Qassam sobre territorio de Israel, provocando el pánico en las poblaciones aledañas a la Franja de Gaza…

—Eso ya me lo dijo esta mañana —lo interrumpo. No tengo tiempo ni humor para me lea otra vez el comunicado—. ¿Tiene alguna declaración concreta sobre la escuela de la ONU atacada esta mañana por Israel en el barrio de Beit Hanún?

—Deme un segundo.

Dos enfermeras recuestan a un niño sobre una camilla. El pequeño, que debe de tener seis años, está sumido en el más absoluto letargo. Me pregunto si seguirá con vida.

—El grupo terrorista Hamás usó la escuela para lanzar misiles a Israel, por lo que el Ejército israelí se vio obligado a responder.

—En definitiva, ¿todo es culpa de los terroristas?

—Usan a los civiles como escudos humanos.

—Mujeres, ancianos y niños.

—Escudos humanos.

Cuelgo.

Ya he tenido suficiente información oficial.

En la habitación de Simón del hotel Blue Beach, montamos la pieza y la enviamos a la cadena. Me meto en el baño, me cambio de camisa, me peino y practico el texto que he escrito para la locución.

La transmisión la hacemos desde la propia terraza del hotel, que es donde Oberón, la empresa encargada del servicio de conexión satelital, ha colocado sus antenas. Cobran mil doscientos euros el minuto. Así que más me vale decir algo interesante.

Rodeado de equipos de televisiones de otros países, espero a que Simón me dé la señal para empezar a hablar.

—¿Estoy bien peinado? ¿Tengo bien la camisa? —le pregunto a Juan Pedro.

Simón me da la señal.

Arranco impostando sutilmente la voz, pronunciando con claridad cada palabra.

—Otro día sangriento en la Franja de Gaza. Otro día en el que los civiles inocentes se han llevado la peor parte de esta guerra. Como Mashed Al Khasar, un joven jugador de baloncesto que no escuchó el

helicóptero que lo acechaba.

Juan Pedro, que está al teléfono con Madrid, me hace un gesto afirmativo con el dedo pulgar. Acaba de entrar la pieza que hemos grabado esta tarde.

—¿Todo bien? —le pregunto.

—Todo perfecto.

Cuento mentalmente los segundos que dura la pieza. Repaso una vez más lo que voy a decir.

Simón me hace otra vez la señal.

Continúo.

—Según la versión de las autoridades israelíes, Mashed Al Khasar era un peligroso terrorista. También la abuela y sus cuatro nietos que iban en el carro. También las mujeres y niños que se habían refugiado en la escuela de la ONU. Ochenta y cuatro civiles muertos en un día. La mitad, niños. Todos peligrosos terroristas.

Termina la trasmisión. Me saco el pinganillo, el micrófono de corbata y me siento exhausto en una silla.

—Otra vez te vas a meter en problemas —me dice Simón.

—Que les den por culo.

—Tranquilo, es el primer día.

—Solo he hecho lo que me han pedido, decir que eran todos terroristas. Ya se podrán quejar.

Juan Pedro y Simón se sientan a cenar. Yo prefiero picar algo rápido en la barra. En un rato quiero salir a correr. Necesito despejarme.

Arantxa se acerca en busca de una botella de agua.

—¿Qué tal tu día? —le pregunto.

—Jodido, ¿y el tuyo?

—Si dejas a un lado la abuela que iba con sus nietos en un carro cuando los alcanzó un misil, el jugador de baloncesto al que vi cómo le cortaban los brazos y las piernas, y la planta del hospital Al Shifa llena de niños heridos, un día fantástico. No me puedo quejar.

—Veo que estamos en las mismas.

—Cuéntame.

Arantxa me cuenta que han estado visitando clínicas móviles por toda Gaza y que se siente frustrada por la falta de recursos que está haciendo imposible la labor humanitaria de su organización. Ha estado en emergencias en Somalia, Uganda y Afganistán. Nunca había visto nada como esto.

—¿Vas a correr?

—Tengo unas ganas de fumar y de beber un whisky que me muero. No sé por qué me ha dado por esto de la vida sana. Cuidar la alimentación, hacer ejercicio y venir a Gaza. Una estupidez.

Aranxta se ríe.

Nos miramos unos instantes a los ojos.
—Tengo una pregunta que hacerte.
—Dime.
Hago una pausa.
Me observo en el espejo del bar. Estoy bien peinado.
Lo pienso.
A la mierda todo.
—¿Alguno de los chicos con los que estabas anoche es tu novio, amante o lo que sea?
—¿Carlos y Raúl?
—Como se llamen.
—Son gais.
—Me encanta.
Nos reímos otra vez.
—Entonces, ¿qué te parece si pedimos una botella de vino y nos vamos a mi habitación?
—¿Así?
—Viendo la muerte y la estupidez que nos rodean, no se me ocurre mejor plan —le digo y le cojo la mano.
Una frase esta que, con variaciones, he dicho tantas veces y que tantas veces me ha funcionado. Después de todo, es la pura verdad. El horror que nos rodea no genera más que ganas de vivir, de amar, de escaparse aunque sea un rato a otro mundo.
—Eres muy directo.
—Solo te estoy invitando a una copa de vino.
—No sirven alcohol. Hamás lo tiene terminantemente prohibido.

Por más paradójico que suene, la parte más emocionante del sexo suele ser la que antecede al sexo en sí mismo. Ese momento en que estás caminando hacia la habitación o subiendo una escalera, y te vas besando y sacando la ropa, vas descubriendo al otro, y la adrenalina empuja con fuerza y las fantasías se atropellan en tu cabeza en un universo tumultuoso que te deja sin aliento.
Follo con Arantxa, que resulta ser una mujer fascinante a pesar de su juventud. Se mueve sin complejos, con una naturalidad maravillosa, entre la pasión y la ternura. Un refugio en medio de toda esta locura.
Al terminar, salimos desnudos a la terraza. Ya han cortado la electricidad, por lo que nadie nos puede ver. Me ofrece un cigarrillo que acepto tras tantos años de abstinencia.
La noche está tranquila. No caen misiles ni pasan cazas F16. Solo se escucha el zumbido de algún dron despistado. Nos quedamos en silencio. Aranxta me pasa la mano por la espalda.
Miro hacia la ciudad de Gaza. Imagino el interior del hospital Al

Shifa, en penumbras, recorrido solo por los quejidos de dolor de esos niños a los que sus madres tratan en vano de consolar.

El joven Mashed Al Khasar que sale de la anestesia y al volver a la realidad se descubre a sí mismo reducido a un cuerpo sin piernas ni brazos.

DÍA 2

Un muchacho baña a su caballo en el mar Mediterráneo. Le pasa la mano por el lomo con un trapo. Sus siluetas se recortan contra el sol que despunta en el horizonte. En la orilla, otro joven palestino aguarda con cuatro caballos más. Las olas mecen sus crines.

Corro por la playa escuchando Soundgarden.

Don't know where I'm going, I just keep on rowing,
I just keep on polling, gotta row
Don't know where I'm going, I just keep on rowing

He dejado las zapatillas Nike sobre una piedra. Quiero sentir la arena fría en los pies. La Franja de Gaza se ha despertado en relativa calma. No veo columnas de humo.

De regreso en el hotel Blue Beach, el recepcionista me saluda con un entusiasmo que no encaja con la tragedia que estamos viviendo. Me saco los auriculares.

—¿Va con Brasil o con Croacia? —quiere saber ilusionado.

Dudo unos instantes. El extraordinario poder del fútbol. Nada se le resiste. Ni siquiera la guerra.

—Con España, pero no sé cuándo juega.

—¿España? ¿Los campeones? Ahora se lo digo.

El recepcionista se gira. Junto al cartel en el que el Ejército de Israel certifica que no nos va a bombardear han colgado el calendario con los partidos del Mundial de Brasil. «España, España, España». Recorre los nombres de los países con el dedo.

—Aquí está. Su país juega el viernes con Holanda. Seguro que ganan.

—No hay rival fácil en el Mundial.

—Esta noche vamos a poner una televisión gigante en el restaurante para que todos puedan ver la gala inaugural. El manager dejará encendido el grupo electrógeno hasta que termine.

—Allí estaré.

Le miento. El fútbol me apasiona tanto como el *curling* o el parchís. Solo sigo sus vicisitudes porque es un tema de conversación universal. Llevar fotos supuestamente autografiadas por Messi —imito su firma con tal talento que hasta él dudaría— me ha abierto no pocas fronteras en África. Afirmar que soy vecino de Cristiano Ronaldo —

vivimos en la misma ciudad, todo es una cuestión de escalas— me ha ayudado a ganar amigos en lugares donde la amistad te puede salvar la vida.

He seguido Mundiales de Fútbol en los lugares más insólitos. Recuerdo sobre todo la copa del 2006, cuya final vi en Sudán del Sur junto a una extraña multitud de cooperantes, cascos azules, niños soldados y traficantes de coches ugandeses. Todos apelotonados en el único bar de Juba que tenía televisión. Por algún fallo técnico, la emisión se interrumpió al empezar el segundo tiempo. Una radio sacada *in extremis* fue lo que permitió que aquello terminara sin tener que lamentar víctimas mortales.

Elegante como siempre, Mushir fuma en la terraza del hotel con su toalla marrón sobre la cabeza. Frente a él, en la mesa, una jarra de café árabe y varias tazas. A lo lejos, sobre el mar, una bandada de gaviotas vuela plácida, indiferente a la guerra.

—¿Te sirvo?

—No, gracias, es muy fuerte para mí. Voy a pedir Nescafé.

Busco al camarero pero no lo veo por ninguna parte.

—¿Te has enterado de la noticia? —me pregunta.

—¿Qué noticia?

—Dos días de tregua.

—No jodas.

Enciendo la conexión a internet del teléfono móvil. El titular está en la portada de los periódicos digitales, debajo de los especiales sobre la gala inaugural del Mundial de Brasil.

«Tregua en Gaza. Tras el bombardeo a una escuela de la ONU, Israel declara el alto el fuego por dos días».

—Qué bien, vamos a poder trabajar más tranquilos. ¿Qué te parece si vamos a ver a la familia de Mashed Al Khasar? Es una historia que me gustaría seguir.

—Murió ayer por la noche. Me llamó el padre.

—Joder.

—Creo que es lo mejor. Sordo, sin piernas ni brazos.

Simón nos da los buenos días y se sienta con nosotros a la mesa.

—Dos noticias rápidas —le cuento—. Dos días de tregua, que veremos si se cumplen, y el chico de ayer, el jugador de baloncesto, que ha muerto esta madrugada.

—Joder.

—Lo mismo dije.

—¿Y qué vamos a hacer hoy?

—¿Qué tienes para ofrecernos? —le pregunto a Mushir.

—La historia que te comenté de los túneles. Es buena para hablar del bloqueo. Tengo algunos contactos.

—Me gusta —afirmo.

—¿Y si hacemos algo sobre el Mundial en Gaza? Seguro que a la cadena le encanta. El Mundial en la guerra —sugiere Simón.

—¿Más de trescientos muertos y nosotros preguntando a la gente si prefiere a Messi o a Neymar? No jodas, Simón. Por supuesto que le va a encantar a la cadena. Se van a correr de la emoción si se lo ofrecemos, pero no le vamos a ofrecer un carajo. Ni loco.

Mushir se seca la cara con su toalla marrón, se pone de pie y se aleja hacia la recepción mientras manda un mensaje con su móvil. «Voy a poner en marcha lo de los túneles», nos dice.

—Mejor, Juan Pedro, ¿no? —me pregunta Simón, que se sirve una taza de café árabe—. Lo hizo bien en la conexión de anoche.

—Sí, me ha sorprendido.

—Te dije que era cuestión de tiempo. Tú no has hablado con él pero es la hostia todo lo que sabe. Se ha estudiado no sé cuántos libros antes de venir. Se lo ha currado. Es un erudito. Y has visto que ayer, para la transmisión en directo no se ha puesto el chaleco antibalas. Va mejorando.

—Para ser un buen productor no hace falta un doctorado en filosofía. Solo hay que tener calle y sentido común. Por cierto, ¿dónde está Yasir Arafat?

—Llamando a Madrid para ver a qué hora entramos hoy en directo. Me dijo que ya baja.

Arantxa me saluda en la distancia con un gesto de complicidad. Se sienta en una de las mesas de la terraza del hotel junto a sus tres compañeros de Médicos Sin Fronteras. Todos ataviados con idénticas camisetas blancas con letras rojas. Las demás mesas se han comenzado a poblar también de reporteros y cooperantes.

Anoche, al rato de haber terminado de follar, se fue a su habitación. Un gesto que le agradezco. Si ya dormir solo me es difícil, en compañía me resulta imposible. Además, siempre he creído que se necesita mucha más intimidad para conciliar el sueño con alguien que para tener sexo.

—Juan Pedro, vete, por favor, a buscar al camarero —le pido apenas cruza la puerta del restaurante. Hoy viene de paisano. Ni chaleco antibalas ni pañuelo palestino—. Llevo una hora sentado sin que nadie venga a atenderme.

Con su camisa arrugada y su aspecto somnoliento, el camarero se aproxima a la mesa y nos entrega los menús.

—¿Tiene algo que no sea *hummus* o pita? —le pregunto en inglés.

Niega con la cabeza.

—Entonces, *hummus*, pita y café para los tres.

Sin prisas, el camarero apunta el pedido en su libreta. Después

recoge los menús y se va.

El que también saca su libreta de notas es Juan Pedro.

—He hablado con la televisión —nos cuenta.

—¿Qué tal fue la pieza de ayer? —quiero saber.

—Llegaron algunos mensajes de protesta y hubo bastante follón en las redes sociales.

—Por eso no tengo ni Twitter ni Facebook. Vivo más tranquilo. Será que soy de otra época —le digo.

—Ana García García, la jefa de contenidos, ha tenido una idea que me parece muy buena.

—Yo que tú no lo diría —se adelanta Simón.

—¿Por qué? —le pregunta Juan Pedro. Ahora que sabe que lo está haciendo mejor no quiere perder el terreno que ha ganado.

—Porque no es una buena idea.

—¿Es uno de tus chistes de internet?

—Tú mismo —le dice Simón.

—Venga, cuéntame que quiere Ana García García que hagamos —los interrumpo.

Juan Pedro duda.

Mira su libreta.

Me mira a mí.

—Venga —lo animo.

—Bueno, lo que Ana propone es que hagamos un especial sobre cómo vive la gente en Gaza el Mundial de Fútbol.

—Fantástica idea —celebra Simón, aplaudiendo.

El camarero coloca los platos con *hummus* y pita en la mesa.

—Una idea de mierda —le digo—. Llama a Ana García García y dile que si quiere una pieza sobre el Mundial que coja un avión, que pida los permisos, que cruce el paso de Erez y que venga y que la haga. Hay tregua, así que no tiene nada que temer. Nosotros tenemos cosas más importantes que contar.

—Te lo advertí —le guiña un ojo Simón a Juan Pedro al tiempo en que se lleva un bocado de *hummus* a la boca.

Mushir me confirma que los traficantes han accedido a que entremos en su túnel. El plan es el siguiente: viajar a la localidad de Rafah, que se encuentra al sur de la Franja de Gaza y hace frontera con Egipto; una vez allí, meternos en un túnel, grabar cómo trafican armas, comida, bicicletas o lo que sea que importen desde el Sinaí; luego hacer varias entrevistas y a eso de las cinco de la tarde estar de regreso en el hotel para montar el material y preparar la emisión en directo.

Aunque hemos quedado a la diez en la recepción para ponernos en marcha hacia Rafah, subo a ver a Juan Pedro. Tiene razón Simón,

debo hacer el esfuerzo de limar asperezas. No solo porque es el sobrino del director de informativos, según me han confirmado desde Madrid, sino porque todos merecemos una oportunidad.

Todos fuimos gilipollas en algún momento.

Golpeo la puerta.

Sorprendido, Juan Pedro me abre. Se está lavando los dientes.

—Pasa, ya termino —me dice con la boca colapsada de pasta dentífrica.

Su habitación, que está perfectamente ordenada, es bastante más grande que la mía y tiene dos balcones y vistas al mar. Se supone que soy el jefe, que yo debería alojarme en la mejor estancia, pero nada, cosas del azar.

Aunque es muy temprano para que el servicio de habitaciones haya pasado, la cama ya está hecha. En el escritorio tiene el ordenador, el teléfono móvil, la libreta y una pila de libros.

Me acerco, los ojeo.

Beber el mar en Gaza, de Amira Hass; *La ocupación*, de Ahron Bregman; *La limpieza étnica de Palestina*, de Ilan Pappé; *Llueve sobre Gaza*, de Hernán Zin.

Una selección bastante abierta y ecuánime.

Al levantar el último libro descubro dos pasaportes. Uno español y otro de Israel. Abro la primera página.

Me siento en la cama.

Me llevo las manos a la cabeza.

No puedo creer lo que estoy viendo.

Sin duda, el universo se ha confabulado para que este viaje sea un puto desastre, para que sea el final de mi carrera periodística, para que al volver me saquen definitivamente de la calle y me pongan en un despacho a criar lorzas como a Simón.

—¿Qué pasa? —pregunta Juan Pedro al salir del baño.

—Esto pasa —le digo y le muestro el pasaporte israelí.

Juan Pedro parece confundido.

—¿Eres judío?

—Por parte de madre.

—¿Y ciudadano israelí?

—Sí, español e israelí. Tengo dos pasaportes. ¿Qué tiene de malo?

—No tiene nada de malo. Por mí como si eres sufí y tienes pasaporte de Malawi. Pero estamos en Gaza, joder. ¿Cómo se te ocurre traer este pasaporte? Si alguien en Hamás se entera, vamos a terminar todos presos. Imagínate que la persona que limpia la habitación ve tu pasaporte. O que nos paran en la carretera y nos registran.

Me levanto y me siento frente al ordenador. Tecleo «colaboradores Hamás». En YouTube aparece un vídeo colgado hace dos días en el que se ve a milicianos vestidos de negro, ocultos tras pasamontañas,

ejecutar a disparos a varios hombres en plena calle.

—Esto es lo que hacen a los que sospechan que son espías de Israel. ¿No sigues las noticias?

—No sabía nada, lo siento.

—Realmente —intento contenerme, pero no lo logro—… eres gilipollas.

Le entrego el pasaporte, que Juan Pedro mira con desagrado, como si fuera un animal muerto.

—Quémalo en la bañera página a página, sin hacer humareda y, por favor, sin incendiar el hotel. Es el único hotel que Israel garantiza que no va a bombardear. No tenemos otro.

—¿El pasaporte?

—Sí, quémalo y hoy te quedas aquí. Si alguien pregunta, te sientes mal. Esta noche, cuando vuelva, llamamos a Madrid y vemos cómo solucionamos esto. Lo más seguro es que te tengas que marchar. ¿Te queda claro?

Juan Pedro no responde.

Avanzamos por la avenida Saladino, que recorre Gaza de un extremo a otro. La espina dorsal de esta estrecha y famélica franja de tierra palestina. El territorio más sobrepoblado del mundo. De un lado, el mar. Del otro, Israel. Sobre nosotros, el ronroneo de los drones.

Cuando los tanques hebreos entran a Gaza lo primero que hacen es cortar esta ruta para incomunicar a las poblaciones del norte y del sur.

Hoy está despejada. No hay rastros de presencia militar debido a la tregua. Bloques de hormigón y enormes socavones nos obligan repetidamente a aminorar la marcha. Lo mismo que algún vehículo quemado, reducido al esqueleto. En un momento nos tapamos la nariz pues pasamos junto a la planta potabilizadora bombardeada por la aviación israelí. La carretera está anegada de un agua lóbrega, pestilente, en la que flotan trozos de mierda.

—No me parece tan grave lo que hizo Juan Pedro como para que lo mandes de vuelta a España —me dice Simón, que va en el asiento delantero junto a Mushir.

—Es una estupidez lo que hizo. No te pongas en plan sindicalista.

—Yo tampoco sabía que los israelíes tienen prohibida la entrada a Gaza —insiste y se lleva una chocolatina a la boca.

—Si alguien se entera, nos puede caer un marrón de dimensiones épicas. ¿Tú qué pasa? ¿Quieres terminar preso, torturado?

—No, claro que no, pero creo que estás siendo un poco alarmista.

¿Alarmista?

Siento que me hierve la sangre.

—¿Qué opinas, Mushir?

—Es jugar con fuego.

—¿Ves? Te lo dice Mushir, que conoce bien a los tarados de Hamás.

—No sé. Desde el primer día estás siendo muy duro con Juan Pedro.

—Escucha. Llegamos una semana tarde a esta guerra porque en la tele no había nadie para aprobarnos el presupuesto. Llegamos y encima los israelíes van y declaran una tregua. Y, para colmo, mañana empieza el Mundial. La gente no hablará más que de fútbol. Si metemos una pieza en el telediario es de milagro. Esto es una puta catástrofe. Un desastre. No estoy exagerando.

—Ya vas a ver que hoy conseguimos una buena historia —me dice, tratando de apaciguarme.

—Y luego, tengo este productor que no se entera de nada. Al que tengo que cuidar como si fuera mi quinto hijo, mi quinto *pershmerga*, como si no tuviese suficientes cosas de las que ocuparme.

Simón termina la chocolatina.

Tira el envoltorio por la ventana.

—Y luego estás tú, que no sé qué coño te pasa.

—¿Yo?

—Sí, tú. Si te quieres morir, coge y ponte delante de un tanque pero deja de comer toda esa porquería todo el día. ¿No has visto lo gordo que estás? ¿No has visto cómo te has puesto?

Se me acabó la paciencia. Me inclino hacia delante, estiro el brazo y le arrebato la bolsa de chucherías. Esa bolsa que compró la última noche en Jerusalén.

—¡Qué haces! —me dice sorprendido.

—Detén el coche, Mushir.

Mushir aparca su Daewoo Lanos a un costado de la carretera.

A lo lejos, descubro unos niños que están jugando entre escombros. Corro hacia ellos. Les entrego la bolsa de golosinas. La abren. Empiezan a sonreír, a dar saltos de alegría.

Regreso al coche.

—Te has pasado diez pueblos —me espeta Simón.

—Lo hago por tu bien. Soy tu amigo.

—Tú no tienes amigos.

Mira hacia el frente. No dice más.

El coche vuelve a arrancar.

Aún falta medio kilómetro para llegar a Rafah pero el tráfico se ha detenido. Progresamos a paso de hombre.

—¿Qué sucede, Mushir? No tenemos tiempo que perder.

—Voy a llamar para preguntar.

Coge su teléfono. Marca. Habla en árabe con alguno de sus contactos. Repite *meshi, meshi,* varias veces.

—Hay un desfile de Hamás —nos explica.

—¿En Rafah? ¿Hoy? —pregunto incrédulo. Después de todo, es el primer día de la tregua—. Qué ganas de tocar las pelotas.

—Tienen que salir a demostrar quién está al mando. La plana mayor de Hamás lleva días oculta en túneles.

—Venga, Simón, coge la cámara y vamos a grabarlo. ¿Lo ves seguro, Mushir?

—Si no nos cae un misil israelí, seguro.

Simón saca la cámara del maletero. Me pongo el micrófono de corbata, me acomodo la camisa y me agacho frente al espejo retrovisor para arreglarme el cabello. Caminamos a toda prisa entre el tráfico hacia Rafah.

A medida que nos acercamos a la ciudad, crece el gentío. Hay banderas verdes, que es el color de Hamás, por todas partes. Enormes fotos de combatientes muertos, a los que llaman «mártires», colgadas de los postes de la luz. De improvisados altavoces sale una música épica, en árabe, cantada por hondas voces masculinas. No le tengo que preguntar a Mushir para saber que habla de cómo van a aplastar a los judíos los feroces combatientes de las Brigadas Al-Qassam. Por más canciones que hagan, nunca ha sucedido ni nunca sucederá.

Por la arteria principal de la ciudad desfilan hombres con pasamontañas negros y uniformes de camuflaje verde. Llevan fusiles AK47, lanzagranadas y pistolas. Los vecinos los saludan. Los niños corren a su lado.

De algún modo, con toda esta euforia y todo este verde, tengo la sensación de estar en el día de San Patricio, solo que sin alcohol y sin mujeres.

Pura diversión.

Lo mejor llega minutos más tarde: los niños de las Brigadas Al-Qassam. Visten uniformes iguales a los de los adultos, con cintas verdes en la cabeza en vez de pasamontañas. Las armas que llevan son de cartón. Algunos avanzan acompañados por sus padres.

—Graba a los niños. Son la bomba —le pido a Simón.

—Espero que no.

—En sentido figurado, capullo.

Nos reímos.

Atrás parecen quedar las tensiones del camino.

Con un cigarrillo en la mano, y la toalla marrón en la otra, se acerca Mushir, que ha conseguido aparcar el coche.

—Tenemos que hablar con ese hombre. Es el jefe de las brigadas infantiles de Hamás —me dice.

Señala a un tipo regordete, barbudo, que tampoco lleva pasamontañas. Supongo que Israel no tendrá mucho interés en asesinar al comandante de este ejército de *El señor de las moscas*, por lo que no oculta su identidad.

Caminamos entre el gentío hasta llegar a él.
Mushir le explica quiénes somos.
Nos colocamos a un lado de la marcha.
Con gesto serio, el hombre accede a la entrevista.
—¿Te entra la señal del micro? —le pregunto a Simón.
Levanta la mano izquierda, con la que no sostiene la cámara, y me hace un gesto afirmativo con el pulgar. Rápidamente, una nube de curiosos se congrega a nuestro alrededor.
—¿Por qué esta marcha hoy, el primer día de tregua? ¿No se lo está poniendo fácil a Israel? ¿Un par de misiles y desaparecemos todos?
Mushir traduce al árabe.
El oficial de Hamás escucha atento.
—No tenemos miedo al invasor. Es nuestra tierra.
—¿Y por qué los niños?
—Para que el enemigo sionista tiemble al ver nuestro poder.
—Pero son niños con armas de cartón. No dan ningún miedo.
—Claro que dan miedo. Son el futuro de la lucha armada palestina.
—En el futuro quizás, pero hoy son niños con armas de mentira —insisto.
—El enemigo sionista tiembla al ver nuestro poder. Un poder que no está en las armas sino en un pueblo que está dispuesto a entregar hasta su última gota de sangre para recuperar su tierra.
—Por la cantidad de bombas que han lanzado estos días, parece que eso es justamente lo que busca el Ejército israelí. Acabar con todos si hace falta.
Me mira perplejo.
Habla con Mushir.
—Nunca nos van a vencer. Nos tienen miedo —dice, y vuelve a la marcha.
Camina junto a su carnaval de niños.

Los traficantes nos han citado en un modesto restaurante situado en las afueras de Rafah. La carne que está en la puerta, sobre una parrilla sin brasas ni fuego, tiene un aspecto más que apetitoso. Una sucesión de lonchas de kebab renegrido, putrefacto, cubierto de moscas.
Al entrar, un olor a encierro y descomposición nos da la bienvenida. Las neveras abiertas, ausentes de productos. La televisión muerta en un rincón. Como la mayor parte de la Franja de Gaza, el sitio en el que nos han citado lleva días sin electricidad.
Nos sentamos en una mesa desconchada, sumida en la penumbra.
Por más sorprendente que resulte, no nos hemos visto obligados a llamar para reservar.
—Tenemos que esperar media hora hasta que vengan los traficantes. ¿Pido algo de comer? —nos pregunta Mushir—. Entre que grabamos y

volvemos a Gaza se va a hacer tarde.

—Por mí, fenomenal —dice Simón.

El encargado del restaurante se acerca con tres vasos vacíos y una botella de agua del grifo.

—¿Por comer te refieres al kebab zombi ese que está en la puerta?

—El fuego lo mata todo —me explica Mushir.

—Lo sé, he comido cosas mucho peores, pero quizás deberíamos aguardar un poco. Lo único que nos falta en este viaje es que alguno pille una disentería.

—Para eso tenía la bolsa de chucherías. Para una emergencia —me dice Simón.

Sonrío.

Acepto la derrota.

—Venga, si no nos mata la guerra, que lo haga el kebab.

Mushir se levanta y se va a lavar al grifo. Es la hora de la oración. Lo conozco bien. Sé que discretamente irá al coche, cogerá la alfombra que tiene en el maletero y se arrodillará en la acera a musitar oraciones y a mecerse, levantando las palmas hacia el cielo, como un poseso.

—Perdona que te tirara las chucherías —le digo a Simón—. Estoy bajo mucha presión. He tenido que tocar mucho las narices en la televisión para que nos dejaran hacer este viaje. Lo tenemos que hacer del carajo.

—No pasa nada —me responde, pero es evidente que le pasa algo.

—No sé qué te ocurre, por qué estás comiendo tanto, pero te pido que reflexiones, que a esta edad nos tenemos que cuidar. Tienes sobrepeso. Tienes diabetes. Tienes dos hijas maravillosas. No querrás que sea otro el que las lleve al altar el día que se casen.

Simón se saca las gafas. Se lleva las manos a los ojos. Se los restriega como si estuviera cansado. Le empiezan a temblar los labios.

—Te lo digo como amigo. ¿Cuánto hace que nos conocemos? ¿Quince años? ¿Cuántas cosas hemos vivido juntos?

A Simón se le tuerce la boca. Una lágrima se desliza por la mejilla.

Intento contarle algo que lo haga reír un poco.

—¿Recuerdas aquel vuelo de la ONU en Afganistán? Habíamos llegado al aeropuerto de Kunduz pero el avión daba vueltas y vueltas en el aire. Tú y yo pensábamos que estaban atacando los talibanes, que por eso el piloto no quería aterrizar en ese aeropuerto de mierda. Estábamos cagados. Y finalmente, cuando tocamos tierra, el piloto, que era un ruso enorme, se encara con el responsable del aeropuerto y le da de hostias. «Otra vez se ha olvidado de atar al burro», nos dijo el ruso. Ese burro que había estado parado durante media hora en medio de la pista.

Simón no deja de llorar.

Lo hace de forma discreta. Contenida. Digna. Quizás por eso me rompe más el alma aún.

—¿Y el día que fuimos a la mezquita de Nayaf? Tú ahí, flipando, grabando los minaretes, los fieles rezando, mientras te quitabas a manotazos a los niños que nos venían a tocar las narices. «Baja la cámara», te decía yo en voz baja. Y tú que no, que no, pegado al visor, que esto es la hostia. Y yo te repetía, «venga, Simón, baja la cámara». Y de pronto, dejas de grabar un segundo y ves que uno de los niños, que no tiene más de diez años, te está apuntado con una pistola a los huevos.

Simón sonríe.

Me mira con cariño.

—Venga, tío. Algo te pasa. Si no quieres, no me lo cuentes, pero deja de meterte todo ese puto veneno en el cuerpo. Las pitas, el *hummus*, los chocolates. No te digo que hagas yoga y te vuelvas vegano, pero te estás pasando.

—Es mi mujer —musita.

Coge un vaso de agua.

No abro la boca.

Espero a que se tome su tiempo.

—Hace unos meses descubrí que Pili tiene un amante. Un compañero del concesionario de coches en el que curra. La notaba rara. No me miraba a los ojos, no quería follar. Llevamos dieciocho años juntos. La conozco. Una noche no aguanté más y le cogí el móvil y leí los mensajes.

—Qué zorra.

—No digas eso, Rodrigo. La amo. Y amo a mis dos hijas. Y soy un tipo feliz en casa con ellas. Hay momentos que me tocan la narices como a todo el mundo. Son tías. Pero me llenan de amor, de felicidad. Es mi hogar. Es mi lugar en el mundo.

—Bueno, quizás sea algo pasajero. Un romance de verano.

—Están enamorados. No sabes las cosas que se dicen. Ella está esperando a que termine el verano para explicárselo a las niñas y darme la patada.

—¿Y desde cuándo lo sabes?

—Desde las Navidades.

—¿Y no le has dicho nada?

—Si se lo digo, se lo pongo a huevo. Ya no tendría excusas para no echarme de mi casa.

Simón se vuelve a emocionar. Se le tuercen las comisuras de los labios. Los ojos se le inundan de lágrimas. Vislumbro que se imagina viviendo solo, en un piso de mala muerte, lejos de la familia que tanto quiere.

—Puedes empezar de nuevo. Ponerte a dieta y bajar esa barriga.

Estamos en la segunda juventud. Los cincuenta. Yo te ayudo. Salimos a cenar. Ligamos un poco. Ya sabes que con las tías me manejo bastante bien.

No le hace gracia el comentario sobre las mujeres. Tampoco lo seduce la idea de reinventarse, de volver a comenzar.

—¿Sabes por qué quise venir a Gaza?

—¿Por las playas y las vistas al Mediterráneo?

—Me dije, bueno, quizás me cae un misil y todo se acaba rápido.

—No digas gilipolleces. Si te coge a ti, me coge a mí. Estás viendo todo de una forma muy negativa.

Mushir aparece en la puerta del restaurante. Me hace un gesto. Tiene que hablar conmigo.

—Simón, hermano. Todo tiene solución, salvo el cáncer de páncreas con metástasis, que no es tu caso. Eres un tío con un humor del carajo, que siempre está feliz, haciendo bromas. Has vivido experiencias alucinantes, que ya le gustaría a la mayoría de la gente. Tienes un trabajo fijo, en la tele, que es algo que les encanta a las tías. Con cincuenta años estás en la flor de la vida. No vas a tener problema en empezar de nuevo. Sé que ahora lo ves todo oscuro, pero confía en mí. Yo te ayudo.

Simón baja la mirada.

Respira hondo.

—No quiero vivir más.

Le pongo una mano en el hombro a Simón para darle ánimos.

Un productor idiota y un cámara en plena menopausia.

No he podido tener mejor suerte.

Le hago un gesto a Mushir para que se acerque.

—Me ha llamado el de los túneles. Se han retrasado. Nos vienen a buscar dentro de una hora —me dice al tiempo que se pasa la toalla por la calva para secarse el sudor, ahora, de manera justificada, pues en el restaurante hace un calor del carajo.

—Vale. Una hora de retraso, no es grave. Pide todo el kebab y todo el pan de pita que tengan. Vamos a ponernos las botas, que Simón y yo mañana empezamos la dieta.

—¿Puedo yo también hacer dieta? —me pregunta Mushir.

—¿Qué pasa? ¿Te ves gordo?

—Un poco —dice, cogiéndose la panza.

—Será que has hecho trampa en Ramadán.

—Yo, nunca. De sol a sol con la boca cerrada.

Como si vivir en Gaza no fuera suficiente penitencia.

Después de comer, Simón coge tres sillas y las pone en fila para armarse una suerte de cama. Tarda menos de un minuto en comenzar a roncar.

Saco el móvil para avisar a Juan Pedro que vamos con retraso, que hable con la televisión para que nos esperen, que por favor no anulen la reserva del satélite.
Vamos a llegar sobre la hora pero vamos a llegar.
Por mis huevos.
Le mando un mensaje de texto.
«¿Ya te han detenido los de Hamás? ¿Te están torturando?», es lo último que le escribo. Intento quitarle un poco de hierro al asunto. Quizás Simón tenga razón y me haya excedido esta mañana. En realidad, estos días. Podría haber gestionado la situación de manera más sosegada. Podría haber apelado a la seducción también con mi equipo. Ahora que estoy cerca de conseguir una gran historia, que justifica este viaje y de la que todo el mundo hablará, empiezo a bajar las armas.

El reloj marca las dos de la tarde.
Mushir está fumando fuera del restaurante. Lo voy a buscar.
—¿Qué pasa, Mushir? Estos tipos llevan cuarenta minutos de retraso. Si no mandamos esta crónica hoy estamos jodidos. Mañana es el primer partido del Mundial. El telediario será de quince minutos, con suerte. Van a pasar de nuestro culo.
—Los estoy llamando pero no me cogen el teléfono —me dice Mushir.
Hago cálculos mentales. Si grabamos media hora en los túneles y nos la jugamos a volver a toda velocidad a la ciudad de Gaza —y tenemos la suerte de que un helicóptero Apache no nos dispare y nos deje hechos abono para plantas—, quizás podamos llegar a montar la pieza, enviarla y hacer la conexión en directo desde la terraza de nuestro maravilloso hotel.
Sigo inmerso en estas especulaciones cuando un viejo Toyota gris con los cristales tintados aparca frente al restaurante. Mushir se acerca. Conversa con el hombre que va en el asiento delantero.
Vuelvo al restaurante.
Despierto a Simón, le digo que han llegado los traficantes.
—Vamos todos en su coche —nos explica Mushir.
—¿Estás de coña? Diles que no entramos.
Mushir se acerca de nuevo al coche, se agacha y habla con el hombre que va en el asiento del acompañante.
Al terminar, regresa hasta donde estamos nosotros.
—O vamos en su coche o no hay reportaje.
—Vale. Parece que no hay forma de llevarle la contra a un palestino cuando se trata del transporte —le digo—. Simón, coge la cámara, la antorcha y unas cuantas baterías.
Mushir le abre el maletero del Daewoo Lanos.

—¿Te parece seguro? —le pregunto.

—No sé. El tipo con el que he estado hablando por teléfono no ha venido. A estos no los conozco. Pero tiene sentido que no quieran que vayamos en nuestro coche. Tienen miedo a que alguien descubra dónde están los túneles y pase la información a Israel.

Una vez que tenemos todo listo, nos dirigimos al Toyota de los traficantes.

Ellos son tres. Llevan fusiles AK47 en el regazo y se han cubierto el rostro con pañuelos palestinos.

Nosotros somos tres. En realidad, tres y medio, si contamos las dimensiones de Simón y la cámara.

Primero entro yo, pero al ver que Simón está por sentarse encima de mí le digo que me deje salir. No quiero morir aplastado. Mejor organizar el tetris de otra manera.

Pasa Simón, luego Mushir y finalmente yo, que me acomodo como puedo sobre sus piernas. Una vez dentro, lucho por cerrar la puerta.

Cuando lo consigo, el traficante que está al volante nos pasa dos telas negras y le dice algo en árabe a Mushir.

—Os tenéis que vendar los ojos —traduce.

Como podemos, nos ponemos las telas alrededor de la cabeza.

Y así partimos, en la absoluta oscuridad, inmersos en el amasijo de carne en el que se ha convertido el Toyota Corolla.

—Sé que a los árabes os encanta meteros mano —le digo a Mushir —, pero en Madrid, donde yo vivo, en el barrio de Chueca, esto tiene otro nombre.

A medida que avanzamos, la ruta se vuelve más irregular. Damos tales botes que nuestras cabezas se golpean contra el techo. Busco algo a lo que agarrarme pero no veo por la venda que llevo en los ojos. A mi alrededor, solo toco carne humana y los afilados bordes de la cámara.

Durante años la aviación israelí ha bombardeado sistemáticamente los barrios de Gaza que lindan con Egipto. De la zona sur de Rafah no quedan más que edificios en ruinas y calles fantasmas, plagadas de cráteres.

El objetivo de estos ataques es destruir las casas desde las que salen los túneles que Hamás y otros grupos armados construyen para poder traficar con Egipto.

Esos túneles que pasan por debajo del muro que controla Israel, de las torres de vigilancia, y desembocan en el Sinaí.

El coche se detiene. Los traficantes nos cogen de la mano y nos ayudan a bajar. Todo un detalle. Escucho a Simón maldecir. Se ha golpeado la cabeza contra el marco de la puerta.

Por debajo de la venda que me cubre los ojos vislumbro el terreno

irregular, los escombros y luego el interior de una casa. Siento el frío de las paredes. El olor a humedad.

Nos ayudan a sentarnos.

Alguien nos habla en árabe.

—No os quitéis aún las vendas —nos advierte Mushir.

Sonidos de cosas que se mueven de un lado a otro. Una luz que se enciende. Más voces en árabe.

—Ya podéis quitaros la venda.

Le hacemos caso.

Para cuando nuestra vista se acostumbra a la luz, descubrimos a cinco muchachos de pie en medio de una casa en ruinas. Los rostros cubiertos por pañuelos palestinos. Fusiles AK47 en los brazos. Zapatillas Nike de colores. Vaqueros gastados, con abalorios y dibujos. Y una actitud altiva, de matones de barrio.

Uno de los jóvenes, que tiene unos veinte años, le saca el seguro a su AK47 y lo apunta hacia Simón.

—Dice que enciendas la cámara y grabes —nos traduce Mushir.

—¿Qué mierda está pasando? —le pregunto.

—No sé —me confiesa Mushir.

—¿Nos van a secuestrar?

—Ya te dije que no son los mismos con los que hablé por teléfono. No sé quiénes son.

Por primera vez en los diez años que lo conozco, Mushir parece asustado. Lo he visto cabreado, fuera de sí, rabioso hasta las lágrimas, pero nunca me había dado esta impresión de vulnerabilidad.

Me preocupo.

El joven empieza a dar un discurso.

—¿Tienes luz suficiente? —le susurro a Simón.

—De sobra.

—¿Has dejado hecho el testamento antes de venir?

Cuando el joven termina su perorata, le hace una señal con el fusil a Mushir para que nos traduzca. Esa forma absurda de mover el AK47 de un lado a otro me empieza a poner nervioso. No se le vaya a escapar un tiro. Si al menos hubiese seguido el ejemplo de Juan Pedro y me hubiese puesto el chaleco antibalas.

—Israel, con su bloqueo, nos ha obligado a excavar estos túneles —traduce Mushir—. Nos ha obligado a arrastrarnos como ratas por ellos para poder dar de comer a nuestras familias. Muchos compañeros han muerto como mártires en los túneles. Israel nos bombardea, nos inyecta gas venenoso en los túneles, pero no nos vamos a detener.

Me digo que es hora de ver qué quieren de nosotros. Si nos van a matar o secuestrar, mejor saberlo ahora.

—Pregúntale si no puede poner el seguro al AK47 —le pido a Mushir.

—No creo que sea una buena idea…

—Pregúntaselo.

Mushir traduce.

El joven se muestra perplejo. Mira a sus compañeros.

Sonrío en son de paz.

Abro los brazos, con las palmas hacia arriba, para mostrarle que lo que le pido no tiene segundas intenciones. A los cincuenta años de edad no estoy dispuesto a dejarme intimidar por el líder adolescente de la rama palestina de los Backstreet Boys. O, al menos, intento disimularlo lo mejor que puedo.

El muchacho pone de nuevo el seguro al fusil.

—Dile que muchas gracias. Y pregúntale si también trafican con armas.

—Claro que traficamos con armas. Y con animales y motos y personas. Y todo lo que necesitamos para vivir. Gaza lleva ocho años cerrada. No vamos a dejar que nos maten sin luchar. No nos vamos a rendir.

La entrevista sigue. Le pregunto cuánto tardan en hacer un túnel, cómo los construyen, cuántos trabajan en ellos, cuánto dinero ganan, cómo es la relación con Hamás.

—Hamás tiene sus propios túneles. Nosotros tenemos los nuestros. Lo único que esperamos es que nos dejen trabajar en paz. Nuestro enemigo es Israel.

Los clanes de Rafah llevan décadas traficando con Egipto. La llegada de Hamás al poder absoluto en Gaza ha provocado no pocas tensiones con estas familias que funcionan como grupos mafiosos. De hecho, pensaba que no quedaban túneles que no fueran gestionados por el Gobierno de la Franja. Pero aquí están los Backstreet Boys de Rafah para demostrar lo contrario.

A medida que pasan los años mis fobias y miedos no dejan de aumentar. Hacer este trabajo no te convierte en la persona con la cabeza más sana del mundo.

En lo alto de la lista está la claustrofobia. Si hay algo que me desvela, que me despierta de tanto en tanto cubierto de sudor, es imaginar que muero atrapado bajo una montaña de escombros. Ese es el gran monstruo que vive en mi cabeza y que de vez en cuando pasa a saludarme.

Sin embargo, aquí estoy, bajando con los traficantes por una precaria escalera de madera que nos conduce a las entrañas de Gaza. Todo por una buena historia, por seguir haciendo este trabajo y que mi jefe no me diga nunca se acabó, te quedas en la redacción.

Siento la humedad de la tierra que me roza los hombros.

—¿Cómo vas? —le pregunto a Simón, que viene varios escalones

sobre mí—. ¿Necesitas ayuda con la cámara?

Tanto Mushir como el portavoz de los Backstreet Boys se han quedado en la superficie. Bajamos con dos subordinados que nos conducen con sus linternas.

—Esto está muy estrecho —me dice Simón.

—Aguanta un poco. Vas a ver cómo al llegar abajo el túnel se ensancha.

Pero me equivoco. Al llegar al final hay un descanso bastante amplio pero el túnel, que repta hacia Egipto, no debe de tener más de un metro de altura.

Simón me pasa la cámara y torpemente abandona el último peldaño y cae al suelo.

—Siento que me muero —me dice y se agacha, con la respiración entrecortada—. No estoy en forma para este trabajo.

Le pongo la mano en la espalda. Sus pulmones se ensanchan y se contraen acompasadamente, con un leve silbido al final.

—Recupera el aire. Un par de tomas y volvemos a subir, te lo prometo. A mí esto tampoco me gusta.

Los dos muchachos que han bajado con nosotros nos miran con curiosidad. A uno se le ha salido el pañuelo palestino. No supera los quince años de edad.

Simón se calma un poco.

Tiene el rostro y la calva cubiertos de tierra y sudor.

—Voy a subir por las escaleras y tú me grabas cuando bajo. Voy a hacer una entradilla. Dime cuando estés listo.

Deshago el camino. Aguardo. Compruebo que esté encendido el receptor del micrófono que llevo en la cintura. Me miro unos instantes en la pantalla del móvil. Intento arreglar el desastre que tengo en el pelo. La luz de la cámara ilumina la escalera.

—Listo —me dice Simón.

Bajo.

—Las autoridades israelíes estiman que en la Franja de Gaza hay unos cuarenta túneles que son usados para traficar con armas desde Egipto. Túneles tan precarios como este, en el que acabamos de entrar y que vamos a recorrer sumergiéndonos en las fauces del desierto del Sinaí.

Termino la frase al llegar al último peldaño de la escalera. Es un plano un poco extraño porque la mitad del tiempo estoy mostrando el culo a los espectadores pero no quiero repetirlo. El monstruo en mi cabeza me aconseja que no me haga el Spielberg y que termine con este asunto lo antes posible.

—¿Qué tal lo has visto?

—No he visto una mierda pero está todo en automático, no te preocupes —me dice, limpiándose la tierra de las gafas que le he

tirado al bajar.

Le hago una señal a los traficantes indicando que ahora vamos a entrar en el túnel.

—*Yala, yala* —le ordeno a uno de ellos en casi todo el árabe que sé.

Bueno, también pronuncio *ibn sharmut* bastante bien.

El muchacho se agacha y se pierde en la oscuridad del estrecho pasadizo.

—Grábame, que voy a hacer otra entradilla, y luego me meto en el túnel —le pido a Simón—. No entiendo cómo puede ser tan pequeño. ¿Qué trafican? ¿Con enanos?

—Listo —me indica.

—A través de estos túneles los traficantes recorren los tres kilómetros que nos separan de Egipto —arranco con mi voz impostada de reportero y me voy abriendo paso entre la tierra húmeda y lóbrega. Esta vez lo hago de frente, con el culo hacia el túnel, para ahorrarle las vistas de mi trasero al público de nuestra cadena. Ya bastante los hago sufrir con las imágenes de niños muertos—. Una experiencia infernal debido al calor, a las ratas y al miedo constante a que uno de los misiles antibunker que lanza la aviación israelí acierte en el túnel y acabe con nuestras vidas.

Al finalizar la entradilla, deshago el camino.

Le pido a Simón que se meta conmigo en el túnel.

—Hacemos unas tomas en el interior, con el traficante, y regresamos a la superficie.

—Me voy a quedar atrapado.

—Entras perfectamente.

—Es muy estrecho.

—Vale, dame la cámara.

Decidido a terminar esto lo antes posible, vuelvo a perderme en las entrañas de la tierra. Grabo como puedo, dando tumbos, chocándome con las paredes. Hago varias tomas del traficante, que observa divertido cómo me peleo con la cámara. Malditos botones. Tampoco yo veo una mierda por el visor.

Le hago un gesto para que se ponga bien el pañuelo.

Luego le pido que hable.

El joven se arranca con un discurso en árabe del que solo entiendo la palabra «Israel», que repite una y otra vez. Parece a gusto en las vísceras de este oscuro y opresivo submundo.

Supongo que se siente más seguro que en la superficie, bajo las bombas.

Misión cumplida. Con la cámara al hombro, subo la escalera como un demonio. No veo el momento de regresar a la superficie y respirar aire puro. Tengo la boca llena de tierra. Me arden los ojos. Simón

viene unos peldaños debajo de mí.

Al llegar a los últimos escalones, le paso la cámara a Mushir, que la coge con sumo cuidado.

Salgo.

Exhausto, me tumbo en el suelo de la casa en ruinas.

Desde el interior del túnel nos llega el sonido de un terrible golpe.

Nos abalanzamos sobre el agujero.

—¿Estás bien, Simón? —grito. Solo escuchamos quejidos—. ¿Estás bien?

Desde el fondo nos llega la voz ahogada de uno de los traficantes, que se había quedado para esperar a Simón.

—Dice que se rompió la escalera y que se cayeron hasta el fondo, que Simón se le cayó encima pero que parece que no se han roto nada —me traduce Mushir.

—¿Estás bien, Simón? —insisto, asomando la cabeza por el agujero de la escalera.

—Sí —oigo a lo lejos una voz quebrada—, me duele todo, pero creo que estoy bien.

—Vale, no te preocupes, ahora bajo a buscarte.

Cuando estoy por meterme en el agujero, el jefe de los Backstreet Boys me detiene.

Quiere ser él quien baje.

Es su túnel.

Linterna en mano, se escurre hacia el subsuelo de la casa con una agilidad sorprendente. En menos de un instante, su cabeza es engullida por la oscuridad.

Llegan a nosotros voces en árabe. Lo que parece una discusión acalorada. Después golpes, sonidos de esfuerzo.

El jefe de los Backstreet Boys regresa a la superficie cubierto de polvo y transpiración. También el traficante que se había quedado atrapado con Simón.

—No hay manera. Se han roto cinco escalones. Su amigo es muy pesado —me traduce Mushir las palabras del jefe, mientras este se saca el pañuelo palestino que le oculta el rostro.

—¿Qué hacemos entonces? —quiero saber—. ¿Le ponemos una cama, un televisor y que se quede a vivir allí?

—Necesitamos una cuerda y muchos hombres.

—Hombres tenemos —le digo, señalando alrededor—. Solo nos hace falta la cuerda. —El jefe de los traficantes no se da por aludido—. Hombres tenemos. Solo nos hace falta la cuerda —insisto.

Mushir discute con él.

Gracias a mis conocimientos de árabe sigo sin enterarme de nada.

—Dice que necesita seiscientos shekels para comprar cuerda.

—Dile que es una fortuna.

Mushir vuelve a traducir.
—Dice que Simón es muy gordo.
—Dile que en España decimos «fuerte», no «gordo».
Les doy el dinero y les pido que también nos traigan unas botellas de agua. En la menguante luz del atardecer, reverbera el rugido del motor del coche. Se van los cinco dejándonos solos a Mushir y a mí en esa casa en ruinas. Y a Simón en el pozo.
Nos ordenan que no salgamos.
Me asomo al agujero.
—¿Cómo estás hermano? —le grito a Simón. Apenas vislumbro su oronda silueta al fondo.
—Dolorido y un poco agobiado.
—Espera que bajo y te hago un poco de compañía. Al menos desde la escalera.
—No bajes. La madera de la escalera está podrida. Si se rompen más peldaños no me sacáis de aquí en la vida.
—¿Necesitas algo?
—Agua.
—No tenemos. Se quedó en el maletero del coche. Ahora traen.
Me tumbo en el suelo junto a la entrada al túnel. Siento cómo me baja la tensión de las últimas horas.
No quiero mirar el reloj pero me obligo.
Son las cuatro y media.
El telediario empieza en tres horas. Intento mandarle un mensaje a Juan Pedro para que avise que vamos con retraso y que, quizás, no lleguemos siquiera a tiempo de salir en directo, pero no tengo cobertura. Lo apago para ahorrar batería.
Ya no me cabe duda, al volver me van a echar de la televisión. Y lo peor es que lo harán con razón. Menuda chapuza. Sin comunicaciones, sin agua.
Apoyado contra una pared, Mushir se queda dormido con su toalla marrón sobre la cara. La cámara, a su lado. Yo también cierro los ojos. Comienzo a abandonar la vigilia arrullado por el eco lejano de los drones israelíes.

Me despierto sobresaltado. He estado soñando con un niño que lloraba. Comprendo que es Simón el que llora.
—¿Qué pasa hermano? —le pregunto, asomándome al pozo.
—Quiero irme. No puedo respirar —me grita entre sollozos.
—Aguanta. En cualquier momento vienen.
Me giro hacia Mushir.
—¿Qué cojones sucede? —lo despierto—. Ha pasado una hora. En un rato ya es de noche.
—No sé —me dice, volviendo a la realidad—. Es muy raro. Quizás

tuvieron algún problema con soldados de Hamás. Está prohibido andar por ahí a estas horas.

Afino el oído. No se escuchan disparos ni bombas.

La tregua continúa.

—¿Y si nos han delatado a Israel y ahora aparece un helicóptero Apache y nos bombardea? —le pregunto—. Quizás ese era su plan desde el principio.

—No lo creo —responde Mushir.

—Sería un gran acto de propaganda. Israel mata a dos periodistas extranjeros. Te aseguro que la protesta internacional terminaría con la guerra.

—Al menos salvaríamos muchas vidas.

Poco tardo en comprender que lo que he estado argumentado tiene visos de delirio. Suele ocurrir; el cansancio, el estrés.

—Es que nuestras vidas valen más que las vuestras —le digo, y me río.

—¿Cuánto?

—La vida de un europeo, no sé, déjame que lo calcule… ¿la de veinte palestinos?

—Me parece poco.

—¿Cincuenta?

—Poco.

—¿Cien?

—Mujeres y niños.

—Por supuesto.

—Tenemos un trato.

Se me ocurre una idea. Saco la luz de la cámara, la enciendo y la coloco en un borde del hoyo para que ilumine a Simón y así no se sienta tan engullido por la oscuridad.

Lo descubro al fondo, mínimo, en posición fetal, tumbado en la tierra.

—Estábamos debatiendo cuánto vale la vida de un europeo en comparación con la de un palestino —le grito.

Intento que piense en otra cosa, que olvide dónde está.

Me sale el tiro por la culata.

—La de un europeo no sé. La mía no vale una mierda —me responde, desesperado.

Enciendo el móvil. Seguimos sin cobertura. Pero si la tuviéramos, ¿a quién llamar? En la Franja de Gaza no hay consulado español.

Quizás podría intentarlo con Arantxa. Comunicarme de alguna manera con el hotel Blue Beach y pedirle que avise a la ONU. ¿Y si la ONU se lo comunicase a Hamás? Rescatarían a Simón pero nos meteríamos en un problema quizás aún más complicado.

Mushir se asoma a la puerta de la casa. Quizás en-cuentre alguien

que nos pueda echar una mano.

Lo sigo.

La visión es desoladora. La últimas luces del día nos descubren un barrio desierto, en ruinas, como esas imágenes de Hiroshima tras las bombas atómicas. A unos veinte metros de donde estamos se encuentra el muro que separa a la Franja de Gaza de la zona de seguridad creada por Israel. Un poco más allá, Egipto.

Derrotados, nos volvemos a sentar junto al hoyo que se ha tragado a Simón.

—¿No conoces a nadie en Rafah que nos pueda echar una mano? Piensa, mira tus contactos —le digo a Mushir.

—Tengo un par de amigos, pero no sé dónde viven.

—¿Y si caminamos hasta encontrar cobertura y los llamas?

—A esta hora es peligroso. Si los drones nos ven caminando por aquí parecería sospechoso. Podemos intentarlo mañana por la mañana.

—Joder.

Tenemos que hacer algo. No podemos estar sin agua, sin comida, en una casa en ruinas, con Simón atrapado en el fondo de un hoyo. ¿Pero si nos vamos y luego no sabemos volver? ¿Si nos perdemos y no conseguimos regresar? Dudo que en esta tierra arrasada haya muchos puntos de referencia para orientarnos y mucho menos a esta hora en que las sombras avanzan y lo van copando todo.

—¿Crees que estos han cogido y se han ido con la pasta?

—Son traficantes, no me sorprendería.

Sigo pensando. Tiene que haber una solución.

Me pongo de pie.

—Voy a salir a correr en línea recta. Me llevo el móvil y voy buscando cobertura. Tú te quedas aquí. Si me pierdo, te grito y me orientas. Si no vuelvo, mañana buscas cobertura y llamas a tus amigos. De día te será más fácil orientarte. Quizás, tanto salir a correr como un gilipollas nos pueda servir hoy para algo.

—No es buena idea.

—Lo sé, pero es la única que tengo.

Me acerco al hoyo.

—Simón, los traficantes no han vuelto —le grito—. Voy a salir a buscar ayuda. Vuelvo en nada. Mushir se queda aquí contigo.

No me responde.

—¿Me estás escuchando?

Levanta la mano con el pulgar extendido.

—¿Estás bien?

—Me había quedado frito.

Me río.

—Venga —le digo a Mushir—, a por ello.

Salimos de la casa.
Intento orientarme.
Si el muro está a un lado, lo lógico es que la ciudad de Rafah quede en el opuesto. A menos que justo estemos en una curva de la frontera, por lo que mi corrida nocturna no hará más que conducirme a Israel o al mar Mediterráneo.
Empiezo a trotar, concentrándome en avanzar en línea recta.
De la oscuridad aparece un coche destartalado con un faro delantero que no le funciona.
Son los traficantes.

Casi siempre que escucho a hombres hablar en árabe, tengo la impresión de que se están peleando. Esas consonantes pendencieras, cargadas de mala leche, que se enfrentan a puñetazos. Esas palabras que parecen a punto de ser escupidas y que se aferran a los labios para no salir disparadas.
Dos de los Backstreet Boys han bajado al hoyo con Simón. Los otros tres se han quedado con nosotros en la superficie. Los de arriba gritan a los de abajo. Los de abajo gritan a los de arriba.
—No se ponen de acuerdo en cómo ponerle la cuerda a Simón —me explica Mushir.
—Salvo alrededor del cuello, donde quieran.
Ya ninguno de los Backstreet Boys oculta su rostro tras el pañuelo palestino. Tampoco llevan el fusil al hombro.
Han perdido toda compostura.
Tras un debate que se me hace eterno, un extremo de la cuerda vuela hasta la superficie. El jefe lo coge y nos da instrucciones.
—A la de tres tenemos que tirar —me instruye Mushir.
Cojo la cuerda, que han pasado por encima de una viga del techo de la vivienda. Descubro que está sucia y deshilachada. Bien podría ser la que usaron para atar a Cristo en la cruz. Seiscientos shekels donados a los Backstreet Boys
—Uno, dos, tres.
Tiramos con todas nuestras fuerzas.
Nada se mueve.
—Más fuerte. Y todos al mismo tiempo. Uno, dos, tres.
Ahora sí, la cuerda avanza entre nuestras manos.
La cabeza calva, impregnada de polvo y sudorosa de Simón asoma por el agujero. Como un náufrago ante una balsa salvavidas, se aferra al borde de tierra.
En un acto instintivo, me lanzo a sus hombros.
El líder de los Backstreet Boys me grita furioso en árabe.
Demasiado tarde.
Simón se me escapa y vuelve al hoyo con un alarido de

desesperación. Desde el fondo nos llegan gritos en árabe. Esta vez sí, no tengo dudas, son insultos.

Todos me miran como a un imbécil.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Simón, con evidente tono de dolor.

—Uno aquí arriba, que se le ha resbalado la cuerda —le miento.

—Creo que esta vez sí me he roto algo.

Lo volvemos a intentar.

—Uno, dos, tres.

Jalamos con tanto brío que Simón sale limpio del hoyo, que casi cae de pie. Hacía tiempo que la tierra no paría una criatura así de lamentable.

Lo abrazo como si no lo viese hace cinco años pero enseguida noto un olor acre.

Lo aparto de mí.

—Te has meado encima.

—Traté de sacar la polla pero no llegué a tiempo.

El líder de los traficantes nos deja en claro que vamos a pasar la noche en la casa. O lo que queda de la casa, para ser más preciso. Moverse por la frontera a estas horas de la noche es un suicidio. Y yo —aunque me muero por volver al hotel, darme una ducha y llamar a la televisión para explicar lo que ha sucedido— no puedo más que darle la razón. Un viejo amigo, el cámara James Miller, padre de dos hijos, murió en esta misma zona de un disparo israelí cuando grababa durante la noche.

Los muchachos van al coche y nos traen mantas, comida y agua.

Aprovecho para comprobar si Simón se ha roto algo o si son solo magulladuras.

Le arremango la camisa.

Se lamenta de dolor.

—No te pongas mimoso —le susurro.

Le recorro los brazos con la punta de los dedos. Más allá de algunos hematomas no descubro nada grave. Ningún hueso roto.

—¿Hay algún sitio donde te duela en especial?

—Me duele todo.

—Entonces estás bien. Vas a sobrevivir.

Sentados en círculo, a la luz de unas velas y bajo las estrellas que se atisban a través de los agujeros del techo, comemos bocadillos de *falafel*.

En cinco horas hemos pasado de estar a punto de ser secuestrados y torturados por unos fieros yidahistas a celebrar una fiesta de pijamas con nuestros nuevos amigos palestinos.

Mushir habla ahora animadamente con el líder de los traficantes.

—Resulta que somos primos —me explica entusiasmado.

—En Gaza todos sois primos, Mushir —le replico.

Bajo dos mantas de lana, Simón permanece en silencio. La mirada perdida en el suelo mientras se lleva los bocadillos de *falafel* a la boca.

—¿Estás mejor?

—Pensé que me quedaba ahí.

—Ya, un buen susto. Pero no tienes nada roto, eso es lo importante.

Uno de los muchachos saca un transistor y lo pone en el medio del círculo. Intenta sintonizar alguna emisora.

—¿Vas a poner algo de los Backstreet boys? —le pregunto.

Me mira perplejo, sin saber qué coño he dicho.

De repente, entre la nube de estática, se abren paso los primeros compases de «*We Are One (Ole Ola)*» de Pitbull y Jennifer López. La letra es de una complejidad prodigiosa. Deben de haber tardado años en componerla.

Ole, ole, ole, ola.
Ole, ole, ole, ola.
Ole, ole, ole, ola.
Ole, ole, ole, ola.

—¿La gala inaugural del Mundial de Fútbol? —me pregunta Simón.

Compruebo la hora.

Si aquí es la una de la mañana, en Brasil ya deben de ser las ocho de la noche.

Ovación de espectadores.

Un locutor que habla en árabe.

—Sí, es la gala inaugural. Está a punto de empezar —nos clarifica Mushir.

Sumidos en la penumbra de la casa, con el resplandor de las velas parpadeando en nuestros rostros, nos quedamos en silencio.

Ole, ole, ole, ola.
Ole, ole, ole, ola.
Ole, ole, ole, ola.
Ole, ole, ole, ola.

Imagino las gradas del estadio de Maracaná rebosantes de público, el espectáculo multicolor en el campo, la emoción de los cientos de millones de personas que siguen el evento por televisión.

—Diles que soy vecino de Cristiano Ronaldo. Que somos bastante amigos. Que si quieren que les cuente alguna anécdota.

Mushir traduce.

Los rostros de los jóvenes traficantes se llenan de ilusión.

DÍA 3

«Dios mío, qué bien que estéis vivos, desde ayer que os he estado llamando cada cinco minutos. ¿Dónde estabais? ¿Qué te ha pasado, Simón?».

Juan Pedro nos recibe con tal emoción que parece que fuéramos supervivientes de la película *Viven*.

—Tenía todo listo para el directo pero no aparecíais y me llamaban desde la tele —continúa mi joven productor—. No sabía qué decirles. Al principio les di largas, pero después les dije la verdad.

—Coge la cámara, por favor —le pido, señalando el maletero mientras ayudo a Simón, que tiene el tobillo hinchado, a bajar del coche.

Al entrar en la recepción del hotel Blue Beach, descubro nuestras maletas en una esquina.

—¿Qué hace eso ahí? —le pregunto a Juan Pedro.

—Las bajé por si teníamos que irnos. Hice el *check out* y pagué la cuenta. Pensé que si os habían detenido los de Hamás, bueno, quizás teníamos que huir rápidamente. O si no volvíais porque os habían secuestrado, me tendría que ir yo solo con todo.

—Vuelve a hacer el *check in*, hazme el favor. Y consigue un botiquín o un enfermero o algo, que hay limpiarle las heridas a Simón.

—Yo tengo un botiquín.

—¿Y lo sabes usar?

—Hice un curso de primeros auxilios en la Cruz Roja.

—¿Te fías, Simón?

—Sí —responde quejumbroso.

Nos dirigimos hacia el mostrador de entrada. Juan Pedro intentar ayudar a Simón a caminar pero la diferencia de tamaño entre ambos es tal que resulta más un gesto de compañerismo que un apoyo real.

—Bienvenidos —nos saluda el recepcionista.

—Cuánto tiempo, sí. Queremos nuestras tres habitaciones de vuelta.

—¿Las mismas tres de antes?

—Sí, pero esta vez, la que tiene dos balcones y da al mar es para mí.

Cierro las cortinas de la habitación, me tumbo en la cama e intento descansar, aunque sea unos minutos. Durante las primeras horas en la casa de los traficantes dormimos profundamente a pesar de las grietas en el techo y el frío, pero a las cuatro de la mañana la vivienda empezó a temblar violentamente. Al otro lado de la frontera, los

tanques Merkava israelíes habían decidido salir a dar un paseo.

Suena el teléfono móvil.

—¿Sí, Juan Pedro?

—Ya le he vendado las heridas a Simón y he hablado con la tele. Les he dicho que les íbamos a enviar el material de los túneles pero me han dicho que quieren hablar contigo.

—¿Te han comentado algo más? ¿A qué hora entramos en directo? ¿Cuántos minutos tenemos?

—Solo me han dicho que quieren hablar contigo.

—Joder.

Me siento en una silla del balcón que da al mar. Salvo el vuelo de algún dron, la Franja de Gaza se encuentra en relativa calma. La tregua se sostiene un día más.

Marco el número de Juan Pedro, mi jefe. Me contesta al instante.

—Hola, Juan Pedro, soy Rodrigo.

—¿Qué tal, cómo estáis?

—Bien, un poco reventados por lo de anoche, pero bien. Disculpa que no avisáramos que no íbamos a entrar en directo, pero estábamos sin cobertura.

—No pasa nada. ¿Y Simón?

—Tiene unas magulladuras y un par de cortes, pero nada grave. Cuando vuelva a España irá al hospital a que le hagan una buena revisión.

—No sabes cuánto me alegra. Sois unos valientes.

—Escucha, tenemos una pieza cojonuda sobre los túneles que Hamás usa para traficar armas. Poca gente ha logrado entrar. Y menos en plena guerra…

Juan Pedro me interrumpe.

—Hoy nos han reducido el telediario a quince minutos por el fútbol. Ya lo sabes. Si te puedo meter algo desde Gaza, tiene que ser sobre el Mundial.

—No me jodas.

—No me lo pongas más difícil. Sabes que me costó mucho conseguir que los directivos de la cadena os mandaran a Gaza. No estaban por la labor.

—Lo sé y lo aprecio, pero tenemos la obligación de contar lo que está pasando. Somos periodistas. Es nuestro trabajo.

—Necesito que me hagas esa pieza y que luego os vengáis a Madrid.

—¿Volvernos? Si acabamos de llegar.

—¿No has leído las noticias?

—No.

—Israel ha extendido una semana el alto el fuego. No podemos teneros ahí tantos días. No podemos asumir esos gastos.

—Si tienes treinta y cinco reporteros en Brasil, en el Mundial, ¿me vas a decir que no puedes tener a tres tipos en Gaza?

—La gente en España ya está de vacaciones y lo único de lo que habla es de fútbol.

—Pues démosle nosotros el tema de conversación. Hay muchas cosas que contar aunque no haya guerra. Los desplazados, el bloqueo. Este lugar está en ruinas.

—Hablé con Ricardo Ónega. Me dijo que lo más probable es que la guerra en Gaza termine en cuestión de días. El Consejo de Seguridad de la ONU está poniendo mucha presión a Israel.

—¿Ricardo Ónega? Si va de experto en internacionales y nunca ha salido de España. No sabe dónde queda Gaza.

—No es para tanto.

—¿Y lo que grabamos en los túneles? No podemos quedarnos un día más y lo damos mañana. Es un material cojonudo. ¿Hay partido mañana?

—Cuando vuelvas a Madrid móntate un reportaje largo, de media hora, y te prometo que lo ponemos en *prime time* en septiembre, cuando la gente vuelva de las vacaciones.

Dudo unos instantes.

Este viaje ha sido un fracaso absoluto. Tanto esfuerzo, tantas prisas, para nada. Desde el primer momento, un desastre, las demoras, el equipo y ahora la tregua y el Mundial. No hemos podido dar voz a la gente. Nadie nos ha visto.

—¿Estás ahí, Rodrigo?

Pero no puedo más que resignarme.

Sé que Juan Pedro no va a ceder.

—Vale, pero lo quiero por escrito. Mándame un correo electrónico. No se te vaya a olvidar.

—Te veo el lunes en Madrid.

Cuelgo.

Maldigo el puto fútbol.

Llamo a mi mujer.

—¿Qué tal estás? —me pregunta—. Dicen los niños que no te vieron anoche en el telediario.

—Muerto. Ayer nos metimos en un túnel y Simón se quedó atrapado. No sabes qué desastre. Dormimos en una casa en ruinas, rodeados de tanques y de los Backstreet Boys y ahora resulta que la tele no quiere emitir el material cojonudo que hemos grabado…

Mi mujer no me responde. Solo escucho la voz de alguien que habla a través de un micrófono.

Luego, gente que aplaude.

—Perdona, no te he escuchado bien, que estoy en la presentación de un nuevo Ribera del Duero. Ha venido la alcaldesa de Madrid y esto

está a reventar de periodistas.

—Todo fenomenal. No te preocupes, te llamo esta noche.

Me meto en la ducha para sacarme la tierra del túnel y para ver si me despierto un poco de cara al directo de esta noche. En la distancia, suena la llamada a la oración en una mezquita.

Me limpio la mugre que tengo en las uñas, en el cuello y en las orejas. Me lavo el pelo. Cuando estoy por salir, listo para secarme, se me ocurre una idea que me hace sentir un poco mejor conmigo mismo: la crónica del Mundial la haremos desde la escuela de la ONU bombardeada por Israel.

Algo es algo.

Niños que bailan frente a la cámara, que meten los dedos en la lente, que se suben a hombros de Simón, que le tiran de los pantalones, mientras se ríen y corren eufóricos.

—Quítamelos, Rodrigo, quítamelos.

Niños que huyeron de sus casas con lo puesto después de que la aviación israelí las redujera a escombros. La mayoría de ellos, habiendo perdido a familiares y amigos bajo las bombas.

—Venga, Rodrigo, te lo digo en serio. Suelto la cámara y me voy. Me duele todo.

—Aguanta un poco, ¿no ves que los estás haciendo felices? Nunca han visto a alguien tan grande en sus vidas. Eres Gulliver.

Niños que llegaron a esta escuela de la ONU con sus familias esperando encontrar cierta seguridad solo para descubrir que, días más tarde, eran atacados con misiles en el lugar donde se suponía que debían estar protegidos. Otra vez tuvieron que huir en medio del horror de las bombas; otra vez perdieron amigos y familiares.

—Ayúdame tú, Juan Pedro —le suplica Simón.

—No puedo, si me muevo van a entrar más —le responde desde la puerta del aula que nos han cedido para hacer entrevistas. Allí permanece de pie, estoico, con los brazos estirados para que nadie entre. Un esfuerzo fútil, pues los niños se le cuelan por todas partes.

Con un palo en la mano y cara de pocos amigos, aparece un empleado de la ONU junto a Mushir.

Acto seguido, empieza a sacar a los niños.

—Dile que con calma —le pido a Mushir.

El aula se va vaciando. Los niños se retiran tristes. Se lo estaban pasando en grande corriendo, subiéndose arriba de esa mole de carne humana que es Simón, tocando la cámara, haciéndonos la vida imposible.

Retomamos la entrevista.

—¿Dónde nos habíamos quedado?

—Le estabas preguntando si iba a ver el Mundial —me explica Juan

Pedro, que aún permanece en la puerta.

—¿Vas a ver el Mundial? —le acerco el micrófono a un muchacho que está sentado a mi lado en el aula.

Que venga un periodista extranjero a preguntarte sobre el Mundial, después de que hayas perdido tu casa y a la mitad de tu familia bajo las bombas, tiene que resultar desconcertante. Por eso arranco las entrevistas invitándolos a que me cuenten sus historias, y luego, al final, les pido que me hablen de fútbol. De todos modos, no puedo evitar sentirme como un idiota.

Para mi sorpresa, los entrevistados se muestran pacientes, comprensivos y me contestan con no poca deferencia. Son muy generosos.

Después nos enseñan las habitaciones en las que duermen hacinados, el aula donde cayeron los misiles israelíes que mataron a treinta y cuatro personas, y el patio donde esta noche verán el Mundial en un televisor que ahora permanece apagado.

Regresamos al hotel Blue Beach más que satisfechos. El directo ha quedado muy potente desde la escuela. Hemos hablado del Mundial pero sin dejar de mostrar la barbarie de la guerra.

En la terraza del hotel, periodistas, cooperantes, camareros y recepcionistas se amontonan frente al televisor. Acaba de comenzar el segundo tiempo. Brasil va ganando uno a cero a Croacia.

Me acerco a Arantxa, que está viendo el partido con sus compañeros.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás?

—Aquí, disfrutando del espectáculo.

—Tenía ganas de verte. Ayer nos quedamos atrapados en un túnel en Rafah. Fue una locura, pero por suerte todo salió bien.

Noto que Arantxa no me presta mucha atención. Mantiene la mirada fija en el televisor.

De todos modos, lo intento.

Nada que perder, salvo un poco de autoestima.

—Yo ahora me voy a bañar, que paso del fútbol, pero si quieres más tarde nos vemos y tomamos algo.

—La verdad es que no sé, con todo lo que está pasando. No me siento bien. Prefiero estar sola.

Me pongo de pie.

—No te preocupes —le digo.

Acepto la derrota.

Dejo a Simón y a Juan Pedro viendo el partido.

Subo a la habitación. Me pongo las zapatillas Nike, los auriculares, selecciono en Spotify el último disco de Queens of the Stone Age y vuelvo a bajar. Cruzo la recepción dando largas zancadas. Lo más

sensato sería correr por el perímetro del hotel, pero, a tomar por culo todo, me voy a la playa.

I sat by the ocean and drank a potion,
baby, to erase you.
Face down in the Boulevard,
yet I couldn't face you.
There ain't no use in crying.
It doesn't change anything.

Junto al mar hago carrera tras carrera, jugando a evitar la espuma plateada de las olas que resplandecen bajo la luz de la luna. Me centro en la respiración. En el *riff* machacón de la guitarra de Joshua Holmes.

Escucho un sonido que me hace parar en seco.

Creo que es una bomba.

Nervioso, apago la música.

Me quito los auriculares.

El viento trae el rugido de la multitud.

Otro gol de Brasil.

5. TEL AVIV

Hordas de turistas fatigan el aeropuerto de Ben Gurión con sus maletas de mano, sus bolsas rebosantes de compras de las tiendas libres de impuestos, deteniéndose alguno que otro frente a las pantallas gigantes que repiten el partido de anoche entre Brasil y Croacia.

Salir de Gaza implica siempre una complicada pirueta emocional. No resulta sencillo comprobar que fuera de la Franja la vida continúa con sus pulsiones absurdas y sus pequeñas miserias, indiferente a la brutal paliza que, una vez más, están recibiendo los gazatíes. Una tierra de la que solo podemos escapar los que tenemos la suerte de contar con un pasaporte extranjero.

Me siento culpable frente a las neveras llenas de *sushi* que exhibe un puesto de comida al paso.

Hay electricidad, alimentos frescos, agua corriente.

—Deme dos bandejas de *makis*, una de *sashimi* y tres de *niguiris* —le pido al dependiente filipino que me atiende con una gran sonrisa y un cartel en el pecho en el que se lee su nombre: Danilo.

Los gobernantes israelíes intentan vender que su población está aterrada por la guerra, que Hamás es un monstruo que tiene en jaque a su país, pero la realidad es muy distinta. Vuelvo a comprobar que a casi nadie le importa lo que sucede a pocos kilómetros de aquí.

Como a casi nadie en España le interesa lo que sucede en Gaza ahora que ha empezado el Mundial. Ni a mis jefes hacer un esfuerzo por evitar que el sufrimiento de tanta gente inocente deje de ser escuchado.

Con las bandejas de *sushi* en la mano, me dirijo hacia donde he dejado a mi equipo.

Al llegar, descubro a Simón acuclillado en el suelo ordenando el bolso de la cámara. No se da cuenta pero tiene tan bajo el pantalón que está mostrando parte del culo peludo a todos los que pasan.

No le digo nada.

Prefiero que siga así.

Que nos den por culo a todos.

6. MADRID

Como siempre, el regreso a mi hogar resulta tan conmovedor como emocionante. Descubro en mi familia, sobre todo en mi mujer, una honda preocupación por saber cómo han transcurrido los días en Gaza. Mis penurias, mis cavilaciones, los momentos duros pero también las lecciones aprendidas en aquella parte del mundo desgarrada por la injusticia y la violencia.

—¿Sabes lo que ha hecho tu hijo? —es lo primero que me dice al verme entrar en casa.

—¿Cuál de ellos? —quiero saber mientras dejo la maleta en el suelo.

—Nicolás.

Sorpresa.

Hasta el momento, el benjamín de la familia ha tenido una conducta bastante civilizada. Habitualmente, los pequeños suelen portarse mal para reclamar la atención de sus padres. En este caso, como la conducta de sus hermanos mayores resulta insuperable —a menos que intentara algo de proporciones épicas, como atacar las Torres Gemelas pero a lo grande—, Nicolás, de diez años, ha optado por mantener un bajo perfil.

—No sé, dime tú, prefiero no especular.

—Ha cogido el teléfono y ha mandado una foto de su pene al chat que tiene con sus compañeros de colegio.

—¿Desde cuándo tiene teléfono?

—Desde que tú y yo lo hablamos hace tres meses. Por seguridad, para cuando llego tarde del trabajo y tú estás de viaje. No prestas atención a nada de lo que te digo.

—Sí presto atención. Es que estoy cansado del viaje. ¿Y qué pasó?

—Una de las niñas se la mostró a su madre, que me llamó ayer cabreadísima. La vergüenza que pasé y la cantidad de veces que le tuve que pedir perdón.

—Joder.

—Dice que no van a ir a la policía, porque respetan tu labor como periodista y porque somos una familia seria, pero que en septiembre, cuando empiecen las clases, se lo va a tener que contar al director de la escuela.

—Qué chivatos.

—Por algo así lo pueden expulsar.

—¿Del grupo de WhatsApp?

—Del colegio.

Después del almuerzo me encierro con Nicolás en su habitación. Sabe que ha metido la pata por lo que está dócil y encantador.

—¿Cómo te ha ido en tu viaje, papi?

—¿Me puedes mostrar la foto?

—Me da vergüenza.

—Se la has mandado a todos tus compañeros de colegio.

—Fue una broma.

Mi hijo me muestra la foto.

En realidad, no es su pene, sino su miembro dentro del calzoncillo en un plano desenfocado, mal iluminado y compuesto. No es la polla en primer plano de Nacho Vidal sino una lejana mancha blanca abultada.

—¿Seguro que esta es la imagen?

—Te lo juro.

Me pongo de pie.

Le paso la mano por la cabeza.

—¿No me vas a castigar? —me pregunta.

—No, porque no entiendo la histeria de la gente. La importancia que le dan a cosas que no la tienen.

Se le ilumina la cara.

—Si tu madre te pregunta, te he subido a la categoría de líder de Al Qaeda y estás castigado tres semanas sin recibir paga. Y, por favor, no mandes más fotos al chat. La gente es muy gilipollas.

Mientras conduzco mi coche de camino a la televisión, escucho la radio. Un periodista deportivo de voz rota y afónica lleva minutos preguntándose a gritos si Casillas debe o no jugar con la selección española.

«¿Debería el portero madrileño, que tantas alegrías nos ha dado, estar en el banquillo? Juan Ricardo, en Valencia, ¿qué opinas?». Y Juan Ricardo dice que, si bien Casillas no está en su mejor momento, debe jugar, por lo que significa para la selección.

«Pedro Benítez, en Bilbao, ¿cuál es tu opinión?». Y Pedro Benítez defiende que sí, que Del Bosque debería sentar a Casillas en el banquillo.

Así siguen, minuto tras minuto redundando sobre una pregunta cuya respuesta todo sabemos: Casillas va a jugar. Y los participantes, que se dividen de antemano los roles, crean tensión narrativa donde no la hay.

Una farsa en toda regla la que despliegan estos profesionales del entretenimiento que se hacen llamar periodistas. Los hechos, el sentido común, no importan, lo que manda es el espectáculo. La esclavitud de tener que llenar páginas de periódicos y horas de programas de televisión y de radio, día tras día, semana tras semana, a

raíz de que veintidós tíos se pasaron noventa minutos dando patadas a un balón de cuero.

Una labor meritoria.

Tienen talento para inventarse un relato y unas teorías que no existen. Tanto es así que más de dos mil personas han votado en la página web de la radio sobre si creen que Casillas debería jugar.

Cuando termina el programa deportivo, empiezan las noticias. Casos de corrupción, aumento del precio de la gasolina, pugna entre los partidos para la aprobación de los presupuestos en el Congreso.

A la guerra de Gaza le dedican apenas treinta segundos. «Hoy se ha roto la tregua entre Israel y Hamás. Han muerto veinticuatro personas en el ataque israelí a otra escuela de la ONU. Dieciocho eran niños».

Veinte minutos empleados en debatir sobre si Casillas debería jugar o no el Mundial.

Medio minuto para los fallecidos en Gaza.

Toda una goleada.

El edificio de la televisión se ha vestido de imágenes del Mundial del Fútbol. Balones gigantes. Letras en verde y amarillo. Fotos de mi vecino Cristiano Ronaldo y de mi amigo Leo Messi.

En la redacción de noticias apenas hay gente. Saludo a algún que otro compañero y me acerco al despacho de mi jefe.

—Qué pasa, Rodrigo —me recibe Juan Pedro con efusividad, poniéndose de pie y dándome un abrazo—. ¿Ya estás recuperado?

—Como nuevo. Tanto que vengo a montar el reportaje sobre los túneles de Hamás. Me prometiste que lo vas a dar en septiembre.

—¿Yo? —me pregunta.

Lo miro con cara de odio.

—Es broma. Claro que me acuerdo. En septiembre lo emitimos.

—Por cierto, ya has visto que esta mañana ha empezado de nuevo la guerra en Gaza. Un genio de la política internacional Ricardo Ónega. Te lo dije.

—Nadie es perfecto.

Dejo la mochila en mi mesa y saco el disco con el material que grabamos en Gaza. Se me acerca una joven rubia a la que nunca antes había visto en la redacción.

—Soy Sarai Pérez. Estoy haciendo las prácticas de verano pero como no hay nadie, no sé bien qué hacer.

—Soy Rodrigo Rey, un placer —le digo, y le doy dos besos.

—Sí, lo he visto en la tele. Me ha encantado lo que hizo en Gaza.

—¿Has dicho que no tienes nada que hacer? Vente conmigo que tengo que montar un material que es aún mejor.

—¿En serio?

De camino a la sala de edición pasamos por la redacción de

deportes, que está abarrotada de gente. Partidos de fútbol en todos los televisores. Reporteros que llaman por teléfono, que toman apuntes.

Parece la CNN.

Me siento frente a un ordenador, conecto el disco y aguardo a que se carguen las imágenes. Mientras tanto, le voy contando a Sarai las adversidades que sufrimos para conseguir el material —tratando de no darme importancia, de sonar casual, lo más alejado posible del Amancio Iglesias que todos los reporteros llevamos agazapado dentro — y qué idea tengo para editarlo.

Ella escucha con atención.

Toma notas.

Me ha alegrado la tarde.

Aprovechando que nuestros hijos mayores están de juerga en Madrid —imagino que quemando contenedores y poniendo bombas en bancos—, hemos invitado a casa a dos amigos, Íñigo y Noelia, que estudiaron periodismo con mi mujer en la Universidad Complutense.

No tengo la mayor sintonía del mundo con ellos, pero debo reconocer que son agradables y que mi esposa les tiene un gran afecto.

—¡Qué terrible lo de Gaza! —me dice Íñigo antes de tomar un sorbo de un *gin-tonic* que tiene no sé cuántas especias y frutas.

Su mujer asiente.

La mía está en la cocina preparando algo de picar. «¿Queréis nachos y guacamole también? ¿U os vale con unas patatas, unas aceitunas y un par de cosillas más?».

—Lo que tengas. No te molestes —le responde Noelia—. ¿Quieres que te ayude?

—No, no, quédate ahí. En un minuto estoy con vosotros.

—Sí, las cosas en Gaza están jodidas—empiezo a responder a Íñigo —. Peor que nunca. El primer día que llegamos…

«Perdón, abran paso», me interrumpe mi mujer que trae una bandeja con platos. Se supone que es un aperitivo pero despliega sobre la mesa alimentos como para un campo de refugiados.

Nuestros invitados elogian la comida. Mi mujer les da las gracias. En un alarde de ingenio nunca antes visto, Noelia le dice que debería de participar en *Masterchef*.

Después comentan que el famoso cocinero que estaba en pareja con una famosa presentadora de televisión ahora sale con una famosa modelo, que a su vez antes estaba casada con un famoso futbolista de ascendencia magrebí al que al parecer le era infiel cada vez que se iba a jugar al extranjero.

Por asociación, hablan ahora del Mundial de Brasil. España ha tenido un debut algo accidentado contra Holanda. Perdió cinco a uno. No era un rival fácil como decían algunos. La naranja mecánica no es

cualquier selección. También tienen sus títulos. Y nuestros muchachos estaban fríos, no hay que perderles la fe. Muchos cambios, mucho viaje. Ya se adaptarán. Ya volverán a ser lo que fueron. No en vano somos los actuales campeones, qué cojones. Si no nos cruzamos con Alemania o Brasil, como mínimo, a cuartos de final llegamos. Como mínimo. En el próximo partido, contra Chile, nos desquitamos.

De Gaza no volvemos a hablar en toda la noche.

En los albores de esta profesión, me cabreaba enormemente cuando volvía de una guerra y descubría que todo seguía igual. ¿No habéis visto mis crónicas desde Chechenia? ¿No habéis visto los niños muertos que os he mostrado desde Irak? ¿Cómo es posible que vuestras vidas continúen sin la más mínima variación tras la masacre de ocho mil musulmanes bosnios en Srebrenica?

Con el tiempo lo fui aceptando y comprendiendo, aunque no por ello no dejé de rebelarme en ocasiones.

Los seres humanos nacemos con un defecto de fábrica: nuestra capacidad de empatía es limitada en el tiempo y en el espacio. Cuanto más lejos queda el otro, mayor es el esfuerzo que tenemos que hacer para entender sus circunstancias. Si matan a tu vecino, sentirás una conmoción mayor que si te dicen que han asesinado a un iraquí o a un checheno.

Lo mismo sucede con el tiempo. Puedes ver en la televisión las imágenes de los niños hechos papilla en Gaza, que si no eres un sociópata te emocionarás, te cabrearás, pero luego estos sentimientos se disipan. Nuestra capacidad para imaginarnos en el lugar del otro se desvanece en cuestión de minutos o a veces segundos.

Es un grave defecto de fabricación, pues nos condena a que la violencia y la miseria sigan presentes en nuestro mundo, pero también tiene cierta lógica.

Donde acaba la empatía comienza la negación, algo que se nos da mucho mejor y en lo que somos más consistentes, por una mera cuestión de supervivencia.

Negamos el dolor ajeno para poder seguir con nuestras vidas. Negamos que nos vamos a morir, lo olvidamos cada mañana, para tratar de darle algún sentido a esta experiencia fútil llamada vida.

Además de permitir que la injusticia siga prevaleciendo en el mundo, nuestra escasez de empatía tiene otra consecuencia sumamente negativa: nos centra mucho en nosotros mismos. No mirar a los demás hace que nos observemos demasiado y que todo lo que nos sucede reverbere dentro nuestro como en una urna de cristal.

Algo exacerbado por la sociedad individualista hasta el paroxismo en la que vivimos. Esta sociedad del *selfie* en la que a millones de personas les parece normal sacarse fotos a todas horas poniendo

morritos, exhibiendo el culo, mostrando los cafés que toman, para luego colgarlas en las redes sociales.

—Ayer puse en mi muro un texto que dice que Facebook no podrá usar las fotos que publico sin mi consentimiento —afirma Noelia con la misma convicción con la que Rosa Parks se subió un día a un autobús en Montgomery, Alabama, y se negó a dejarle su asiento a un joven blanco.

—Pobre Mark Zuckenberg, imagino que no habrá dormido en toda la noche —le digo.

Mi mujer, que acaba de traer una bandeja con cafés, me dedica una mirada asesina.

—Es un tema importante, Rodrigo —subraya Noelia—. Yo no quiero que luego mis fotos terminen en cualquier parte. Tengo derecho a mi privacidad.

—Cuando te diste de alta en Facebook aceptaste una serie de condiciones —le explico—. Puedes postear lo que quieras en tu muro, que eres la reina de Saba o la madre de Messi, que no tendrá validez alguna ante un juez. Y si quieres privacidad, no tienes más que salirte de las redes sociales. Serás invisible.

Íñigo, que va por el cuarto *gin-tonic*, sale en defensa de su mujer.

—Tenemos derecho a estar en Twitter o en Facebook. Y más siendo periodistas, tenemos la obligación de estar allí. Lo que no quiero es que nadie vulnere mi privacidad. No quiero que la información sobre lo que hago en mi vida termine en las manos equivocadas.

—¿Por ejemplo?

—En las manos de la CIA. Ya has visto el caso Snowden.

—¿Realmente creéis que a la CIA le importa un carajo las fotos de vuestras vacaciones en Cancún? ¿O del cruasán que te comiste esta mañana en el bar? No sois tan importantes. No sois el centro del universo. A nadie le interesa. Muchas veces ni siquiera a vuestros seres queridos.

—Con tal de llevar la contraria, dices cualquier cosa —salta mi mujer en auxilio de sus amigos—. El poder necesita tener información sobre nosotros para tenernos controlados. Es así, te pongas como te pongas.

—Yo le di la vuelta a mi nombre en Facebook, López Noelia en lugar de Noelia López, así solo la gente que me conoce saben quién soy. Y saqué mi foto del perfil y puse la de nuestro gato.

Semejante catarata de pensamiento superficial, carente de sentido crítico y autocomplaciente, me supera. Este es un tema que —como la homeopatía, la religión, Paulo Coelho o el uso consecutivo del masculino y femenino por parte de los políticos y las políticas— solo soy capaz de debatir civilizadamente durante uno o dos minutos.

—Vamos a ver. Llevo media vida entrevistando a políticos y

militares. Salvo raras excepciones, son todos vanidosos, torpes y carentes de luces. No hay un grupo de brillantes malvados haciendo planes para controlar el planeta. No hay conspiraciones. Solo hay inútiles sin escrúpulos que le joden la vida a otros que se dejan joder, muchas veces sin siquiera quererlo, como consecuencia de sus ambiciones desmedidas. Y tanto vuestras vidas, como la mía o las de Gaza, no le interesan a nadie. Somos daños colaterales. Eso es todo.

Cuando me meto en la cama, mi mujer sostiene ante sí el último ejemplar de la revista *Cuore*. Por alguna extraña razón, cree que debido a que la revista se burla de la celulitis de las famosas que salen en la portada, es un producto mucho más aceptable que *Sálvame*.

Como la conozco bien tras diecisiete años de matrimonio, sé que no está leyendo.

Me está esperando, agazapada, hirviendo de rabia.

—Siempre que vuelves estás tan gilipollas. Deberías haberte quedado unos días más en Gaza.

—Gilipollas, ¿por qué?

Me hago el tonto.

—Te has pasado tres pueblos con Noelia.

—No le dije nada malo. Solo la verdad.

—A veces eres muy soberbio. Juzgas a todo el mundo.

Tiene razón.

Lo sé, lo admito, lucho contra ello, pero hay momentos en los que no lo puedo evitar. Por algún extraño motivo, la vida cotidiana en Europa me es más difícil que en la guerra. Allí me levanto, intento que no me maten, trato de encontrar algo interesante que contar y vuelvo al hotel por la noche.

Todo en blanco y negro. Sin claroscuros. Ni redes sociales ni *Masterchef* ni *gin-tonics* ni revistas *Cuore*. Bastante sencillo, en especial cuando no voy con Juan Pedro o Simón, pues los problemas de la gente en Gaza, en Siria o en Somalia, no son inventados sino reales.

Suena el teléfono.

Son las cuatro de la mañana.

Salgo de la habitación para no despertar a mi mujer.

—Disculpa que te llame a estas horas, Rodrigo.

—No pasa nada, Juan Pedro, dime —le digo en voz baja.

—¿Tú has estado varias veces en el Congo?

—Cuatro, si no me equivoco. Con la caída de Mobutu, con la Primera Guerra Africana y un par de veces más.

—Necesito que mañana a primera hora vengas a la tele.

—¿Qué ha pasado?

—Han secuestrado a dos cooperantes españolas.

—Supongo que no tendrá mucha repercusión, ¿no? En el Congo, con

todo el mundo viendo el Mundial.

—En circunstancias normales, muy poca, pero el problema es que una de las chicas es hija de un ministro del Gobierno. Es secreto, te pido que no digas nada a nadie. Me lo chivaron los servicios de inteligencia. Cuando las liberen todo dios va a hablar de ellas.

—¿Quieres que me vaya al Congo entonces?

—En cuanto puedas. Si pudieras irte mañana por la tarde, mejor.

—Yo encantado, ya me conoces.

Siento ruido de llaves en la entrada de casa. Después, pisadas, risas ahogadas, la puerta que se cierra. Me asomo por la escalera. Son mis tres hijos mayores que acaban de volver de fiesta. El olor a alcohol llega hasta la segunda planta.

—Solo necesito hacerte una pregunta. ¿Con quién me vas a mandar?

—Sé que es una faena. Lo sé, Rodrigo, pero no tengo opción. Vas a ir otra vez con Simón y Juan Pedro.

Un objeto se cae al suelo y se rompe. Uno de mis hijos empieza a gritar como loco: «Yo no he sido, yo no he sido, ha sido Alberto». Y Alberto le recrimina, en voz más baja: «Cállate, chivato, si lo pegamos, nadie se va a dar cuenta. Cállate y busca pegamento».

—No te preocupes, Juan Pedro, mañana mismo me voy.

7. VOLARE

Hay errores en la vida que salen caros. Uno de ellos es olvidar pedir el asiento que deseas antes de recibir la tarjeta de embarque. Asiento central, asiento pegado al baño, asiento en la fila en la que colocan a los bebés que lloran sin cesar, asiento al final del avión donde te sacudes como en un terremoto ante la menor brisa.

Tu destino queda al albur de los algoritmos de un ordenador.

Llegamos tan justos de tiempo al aeropuerto de Barajas que cometo ese error que sale tan caro. Cuando caigo en la cuenta, es demasiado tarde: hemos pasado el control de pasaportes.

Me acerco a la empleada de Brussels Airlines que hace guardia en la puerta de embarque.

—Disculpe. Somos periodistas y estamos de camino al Congo. Con las prisas nos hemos olvidado reservar asientos y nos han tocado tres seguidos.

Sin levantar la cabeza de la revista ¡*Hola!* que está leyendo, la mujer me dice: «El vuelo va lleno. No le puedo cambiar los asientos».

—En el trayecto a Bruselas. ¿Y en el trayecto a Nairobi? —insisto.

—Lleno también.

No se ha fijado en el ordenador.

No ha levantado la cabeza.

Dudo que sepa de memoria la actual ocupación de todos los vuelos de su compañía.

Busco su mirada.

Esbozo una sonrisa.

—¿Segura?

—Segurísima.

No aparta la vista del apasionante artículo en el que está inmersa de la boda entre un tal Julián Porras y una tal Olivia de Borbón, gente de la que no he oído hablar en la vida.

Claudico ante semejante muro de indiferencia.

Vuelvo hasta donde me esperan Simón y Juan Pedro.

Otra vez los tres juntos.

El regreso de los tres tenores del periodismo contemporáneo.

—¿Estás perdiendo tus poderes, Míster Seducción? —me lanza Simón.

Nos han tocado tres asientos seguidos. Mi amiga la claustrofobia me obliga a ir en el que da al pasillo; Juan Pedro ha elegido ventanilla; y

Simón, muy a mi pesar, se ha embutido en el medio, con sus enormes brazos y su panza derramándose sobre los que vamos a sus lados.

En un desesperado intento por ganar sitio, trato de hacerme con el reposabrazos que nos separa. Voy ganando centímetro a centímetro hasta que Simón se acomoda en el asiento y, sin darse cuenta, me hace perder en un instante todo el terreno ganado. Al cabo de unos minutos comprendo que se trata de una batalla perdida.

Es mi Sebastopol en la guerra de Crimea.

Imposible conquistarlo.

Como si no tuviera suficiente con aplastarme y empujarme hacia la fila opuesta de asientos, Simón se arranca con *El club de la comedia*. Busco desesperadamente una película del menú de entretenimiento de a bordo.

—Amor, quiero que pasemos un buen fin de semana —dice con voz de mujer para luego rematar con voz de hombre—: Perfecto, nos vemos el lunes.

Aunque Juan Pedro no debe de haber tenido novia en su vida, le hacen gracia los chistes de pareja. Se ríe y lo festeja. No sé qué hará el día en que esté casado. ¿Tirarse al suelo del avión y matarse a carcajadas?

Por mi parte, caigo en la cuenta de que, para simular que veo una película, necesito primero tener puestos los auriculares. Los busco. No los encuentro.

—Mi amor, estoy embarazada. ¿Qué quieres que sea? —continúa Simón —. Una broma.

Al fin doy con los auriculares. Ahora necesito averiguar dónde está la conexión. Miro por todas partes.

—Disculpa, amor, ¿estoy bien maquillada? No, todavía se te ve la cara.

Me doy por vencido.

La conexión está debajo del brazo de Simón.

Finalmente, no me salva una película sino el carrito de la comida que una atractiva azafata de rasgos asiáticos empuja por el pasillo.

—¿Qué desean los señores? ¿Carne o pasta?

—Para mí carne —respondo—. ¿Para vosotros?

—Pasta —pide Juan Pedro.

—Yo solo quiero un vaso de agua —exclama Simón con tal orgullo que hasta los pilotos lo deben haber escuchado. Acto seguido, saca una manzana del bolsillo de su chaqueta—. He venido preparado de casa.

—Qué bien, cuánto me alegra —lo felicito.

—Si te soy sincero, me sorprende que no me hayas dicho nada.

—¿Acerca?

—Del peso que he perdido.

—Hombre, sí, claro. Estás más delgado.

Lo veo igual que siempre. Quizás, la cara un poco menos hinchada. Quizás. Tampoco es que yo sea un gran observador de la fisonomía masculina, pero el hecho de que me tenga arrinconado contra el frío metal del carrito de la comida no indica cambio alguno en su masa corporal.

—¿Cuánto crees que he bajado?

Temía que me hiciera esa pregunta. Pero la ha hecho.

Una interrogación de la que no hay forma de salir indemne. Si te quedas corto, lo decepcionas. Si te pasas, lo decepcionas también. Calculo la cantidad de días que hemos estado en Madrid más lo poco que haya podido adelgazar a consecuencia de las horas que pasó atrapado en el túnel en Gaza.

—¿Tres kilos?

—No, un kilo doscientos gramos.

Baja la cabeza y se mete desilusionado la manzana en la boca.

A ver cómo hago ahora para comerme a su lado el pan con mantequilla, el estofado de carne y el postre de chocolate.

Empecé a viajar de manera compulsiva a principios de los años noventa, en los albores de la globalización, cuando el mundo aún daba la impresión de ser un lugar vasto, diverso y apasionante.

Todo sitio al que ibas tenía un sabor particular. Algunos más prósperos y desarrollados; otros, más pobres y relegados, pero en todos encontrabas algo distinto que valía la pena descubrir.

Ahora, la mayor parte de los destinos parecen una fotocopia de algún lugar en el que has estado antes. La gente se viste igual, usa los mismos teléfonos y se mete obsesivamente a las redes sociales para comentar las mismas idioteces.

En la calle principal de Beirut, Delhi, Dubái, México DF o París, te encuentras idénticos carteles gigantes que anuncian el estreno de la novena temporada de *The Walkindg Dead* o del último *blockbuster* de Hollywood, y las mismas macrotiendas de Zara, Mango, Stradivarius, Bershka.

En el gran juego de la globalización, los estadounidenses entretienen a la humanidad, la achatan y homogenizan culturalmente al tiempo que la ceban con hamburguesas de Mc Donald's, pizzas de Domino's y *lattes* de Starbucks, mientras que los españoles la vestimos —todos muy a la última moda *low cost* de usar, lavar y tirar—, con la ayuda aquí y allá de los suecos de H&M, que también se encargan de amueblar sus casas con Ikea.

Aunque sea por las peores razones posibles, el África subsahariana se ha mantenido ajena a este proceso que en menos de veinte años ha convertido a la humanidad en una urbanización de idénticos chalés

adosados, en un gran centro comercial, gracias a esa apisonadora de lo pequeño, de lo distinto, de lo singular, que son las multinacionales.

Tal vez por eso me encanta venir a este continente en el que la gente no camina con la cabeza gacha, embobada en sus móviles, y en el que las calles de sus grandes ciudades no han sido tomadas por *The Walking Dead*, Zara o Starbucks.

Tal vez por eso siento una honda sensación de derrota cuando, al bajar del avión en Nairobi junto a Juan Pedro y a Simón, descubro que la terminal uno de mi querido y vetusto aeropuerto Jommo Kenyatta está siendo remodelada.

Enormes fotografías de animales salvajes bajo el logo de la compañía de telefonía móvil Safaricom. Banderas del Mundial de Fútbol con las respectivas fotos de mis íntimos amigos, Leo Messi y Cristiano Ronaldo. «Próximamente, Costa Café», reza un cartel detrás del cual trabajan unos cuantos obreros.

Sé que estoy siendo egoísta, que la «Teoría de los arcos dorados» del Pulitzer Thomas Friedman tiene sentido —salvo Estados Unidos, cuantos más Mc Donald's tiene un país, menores posibilidades de entrar en guerra—, pero qué aburrido es viajar en el siglo XXI.

Nuestro vuelo hacia el Congo parte de la terminal dos del aeropuerto de Nairobi. Al entrar y descubrir que no está siendo remodelada y que aún tiene un aspecto setentero y decadente, experimento cierto placer. Las tiendas de baratijas enmascaradas bajo el nombre de *souvenirs*, los puestos de comida que ofrecen té y *samosas*, los baños malolientes con el empleado que te abre el grifo y te alcanza el papel higiénico esperando unos chelines.

Al fin estoy en el África bantú.

Si no hay retrasos, nuestro avión sale dentro de tres horas desde la puerta número cuatro. Me encomiendo al destino para que el milagro ocurra y nuestras maletas vengan con nosotros. Necesito mis camisas para hacer los directos.

Abrazado a la cámara, Simón se queda profundamente dormido en uno de los asientos que hemos tenido la suerte de encontrar libres. A Juan Pedro, que lee *El fantasma del rey Leopoldo*, magnífico libro sobre la colonización belga del Congo —que el rey Leopoldo de Bélgica presentó en Europa como un acto de caridad pero que costó la vida a diez millones de congoleños—, le pido por favor que cuide el equipaje de mano.

«Voy a dar una vuelta. Necesito estirar las piernas».

Me hace gracia el cartel luminoso que anuncia los vuelos. Los próximos destinos son Mogadiscio, Kabul, Saná y Bagdad.

Una ruleta rusa.

Y, sin embargo, me subiría encantado a todos ellos.

Así de idiota soy.

Frente a la puerta del vuelo que parte hacia Somalia, los pasajeros, con largas barbas y túnicas, rezan de rodillas en el suelo.

No tengo claro si es la hora de la oración o si están tratando de encomendarse a un poder superior. Si fuera la segunda opción, no seré yo quien los juzgue.

African Express Airways, la aerolínea que dos veces por semana cubre el trayecto Nairobi-Mogadiscio, cuenta con una sola aeronave: un DC-9 de los años cincuenta cuya capacidad para despegar y mantenerse en el aire me resulta milagrosa.

Si consigues sobrevivir al vuelo, al otro lado te espera el aeropuerto Aden Adde de Mogadiscio, uno de los más peligrosos del planeta. Cuando los milicianos de Al Shabab no se colocan chalecos con explosivos y se lanzan como tarados hacia su entrada al grito de *alahu akbar*, se dedican a tirarle proyectiles de mortero desde la playa.

No es que en la República Democrática del Congo la situación de la aviación civil sea menos precaria pero al menos nadie ataca deliberadamente a las aeronaves. Las necesitan para traficar los minerales que están detrás de la guerra.

Hace unas semanas salió en la prensa africana que un avión que había despegado de Kinshasa, la capital del Congo, se había estrellado por culpa de un cocodrilo. Según cuenta el único superviviente, un pasajero llevaba escondido al animal en su maleta de mano. Cuando se escapó, generó tal conmoción que la aeronave perdió estabilidad y terminó estampada contra el suelo.

No hay un sola línea aérea en el Congo que no se encuentre en la lista negra de Estados Unidos por no cumplir los requisitos mínimos de seguridad.

La que nos llevará a Bukavu, Air Thunder, no es la excepción.

El avión se sacude como si estuviera sufriendo un ataque epiléptico. Simón duerme profundamente. Supongo que la dieta de manzanas a la que se está sometiendo lo ha dejado sin fuerzas siquiera para mantenerse despierto y sentir un poco de pánico; o que, sin decirme nada, se ha tomado un Lexatín. Juan Pedro se agarra con tal fuerza al asiento, muerde tanto los dientes, que parece estar sentado en una silla eléctrica.

El vuelo va vacío.

Somos los únicos pasajeros, así que nos hemos sentado cada uno en una fila.

Me giro y trato de tranquilizar a Juan Pedro.

—No te preocupes, el Congo es un lugar seguro para volar.

—¿Sí?

—Superseguro.

Una diminuta cucaracha camina por la puerta de emergencia. O, para ser más preciso, la que deduzco que es la puerta de emergencia. El letrero que la nombra está en chino.

La cartelería de este Túpolev 154 no solo muestra que este avión ruso —que se dejó de fabricar en 2006— se encuentra más próximo a los hermanos Wright que a nuestros tiempos sino que ha pasado por varios propietarios antes de recalar en África.

Los letreros de los baños están en alfabeto cirílico, las instrucciones del cuadernillo de emergencias en alemán —con dibujos de hombres con sombrero y americana de los años cincuenta al mejor estilo *Mad Men*— y el resto en chino mandarín.

Para tratar de olvidar que nos encontramos a bordo de semejante trasto, saco la carpeta con la información del CNI que Juan Pedro me pasó sobre las jóvenes secuestradas.

Nombre: Fátima García López (veintidós años)

Paloma Cruz Pérez (veinticinco años)

Nacionalidad: españolas.

Datos: trabajaban en un proyecto de ayuda humanitaria de la ONG Women for Africa cuando fueron privadas de libertad por un grupo guerrillero. Los primeros indicios señalan que podrían estar en manos del FDLR, organización hutu. El secuestro tuvo lugar en la región minera de Shabunda, fuera del control del Gobierno de Kinshasa. Fátima García López es la hija menor de Antonio García Saura, ministro de Industria del Gobierno de España.

Imagino con desazón el infierno que están sufriendo las dos cooperantes a manos del FDLR, en esta parte del mundo donde la violencia sexual es la principal arma de guerra. Pienso en sus familias. En el ministro Antonio García Saura.

Un estruendo nos sacude.

Bajo los papeles. Me pego a la ventanilla para ver si alguno de los motores está en llamas. Busco señales de humo dentro del avión. No descubro nada extraño.

Me giro hacia Juan Pedro.

Le levanto el pulgar.

Intenta sonreírme pero apenas le sale un gesto mustio.

Aprieta con tal furia el reposabrazos que se va a dejar medio ADN.

Cuando vislumbro la silueta del lago Kivu, recupero cierto sosiego. Ya nos queda poco para aterrizar. Los fulgores del amanecer que reverberan en sus plácidas aguas, las mansiones coloniales belgas que lo rodean.

Desde aquí arriba parece un lugar civilizado.

8. BUKAVU

El aeropuerto de Bukavu no tiene tiendas. Ni de las africanas ni de las franquiciadas. Solo una antigua máquina de rayos X —de esas que dan la impresión de esparcir radiación y cáncer a varios kilómetros a la redonda—, un ventilador que gira impasible en el techo y una mesa de madera desde la que varios soldados congoleños nos observan entrar a la terminal.

Los ojos les brillan con el fulgor de monedas de dos euros.

De forma bastante poco cordial nos ordenan colocar nuestras maletas en la mesa. Luego las abren y empiezan a sacar todo lo que hay en ellas. Objeto tras objeto. Los miran, los revisan, como si fueran reliquias bizantinas. Ahí van nuestros desodorantes, máquinas de afeitar, camisas, pantalones, calcetines, libros...

De las maletas a la mesa y, cuando ya no hay más espacio, al suelo.

Uno de los soldados levanta en el aire un par de calzoncillos de Simón. Los observa con fascinación. Podrían servir de tienda de campaña para varias familias de refugiados hutus.

Yo también los miro obnubilado.

—Es que me gusta ir cómodo, que no me aprieten —se justifica Simón, sin que le haya pedido explicación alguna.

El oficial responsable de la aduana hace acto de presencia. Un hombretón compacto, con nariz achatada y un diente de oro que le reluce entre los labios. Una suerte de Mike Tyson congoleño. Habla un francés igual de ininteligible que el mío.

Quiere los pasaportes.

En la primera página le he puesto un billete de diez dólares.

—No suficiente —me dice con un gesto de desdén tras meterse el dinero en el bolsillo con disimulo.

Deberíamos haber venido por tierra desde Ruanda, como suele ser mi costumbre, pero las prisas nos han obligado a volar. Si en el puesto fronterizo de Ruzizi —que une Ruanda y Congo— les das diez dólares o una tarjeta SIM a los que controlan la aduana, te lo agradecen con un abrazo, una sonrisa de oreja a oreja y un *bienvenue, papa*.

Estos militares, encargados de uno de los aeropuertos por el que más minerales sangrientos deben salir del mundo, tienen los bolsillos hondos de los sobornos que reciben de los traficantes libaneses, chinos y sudafricanos.

—Arranca una hoja de tu cuaderno —le ordeno a Juan Pedro.

En el papel escribo «cincuenta».

Lo doblo y lo vuelvo a poner en la primera página de mi pasaporte.

Al leerlo, el oficial niega con la cabeza.

Saca un lápiz del bolsillo. Apunta en la hoja y me devuelve el pasaporte.

¿Mil euros?

Se ha vuelto loco.

Vuelvo a escribir.

Me responde.

Le escribo otra vez.

Me responde.

Insisto.

Me responde.

Cerramos por doscientos.

Bienvenidos al Congo.

En el imaginario colectivo de muchas personas, África es una vasta sabana de tierra semiárida, salpicada de acacias solitarias, en la que siempre hace calor y brilla el sol.

Un decorado de *El rey león*.

La ciudad de Bukavu, con sus bosques frondosos, sus lagos, sus colinas y sus cielos encapotados a perpetuidad, resembla más bien a una Suiza pobre y caída en desgracia.

En la gélida neblina matinal distingo la silueta de mi querido productor, Selemani Mwati, que camina hacia mí con paso ligero.

—*Mon ami* —me dice.

—*Mon frère* —le respondo.

Nos fundimos en un abrazo.

Le presento a Juan Pedro y a Simón, colocamos el equipaje en el maletero de un viejo Toyota Corolla y partimos hacia el hotel Orchid.

—¿Qué tal el viaje?

—Muertos. Hace veinte horas que salimos de Madrid.

Avanzamos por la avenida Lumumba, que recorre el distrito comercial. Edificios *art decó* con paredes desconchadas y cornisas incompletas en los que aún reverberan los ecos del pasado colonial belga. Grandes aceras pobladas de tenderetes de madera. Gente que duerme a la intemperie.

—Dime algo que no sepa, Selemani.

—A las chicas las secuestró el FDLR en la región de Shabunda.

—Eso ya lo sé. ¿Han pedido rescate?

—Por ahora no hay noticias.

—¿Cuánto se tarda en llegar a Shabunda?

—Ocho horas, si no llueve. La zona está controlada por el FDLR. La única forma de viajar hasta allí es con la ONU.

—Juan Pedro, cuando lleguemos al hotel ponte en contacto con

Claire, que es la responsable de prensa de la ONU en Kivu Sur. Dile que necesitamos que nos ayude a llegar a Shabunda.

Un policía salta a la calle. Viste camisa amarilla y boina azul. Levanta la mano para detenernos. Nos mira desafiante, autoritario. Selemani pega un volantazo y lo esquiva.

Seguimos nuestro camino.

Obstinación. Creo que es la palabra justa para definir a Marc Marceau. Veinte años al frente del hotel Orchid esperando obstinadamente a que termine la violencia en el Congo para que los turistas puedan venir a ver aquí los gorilas como lo hacen a diario en la vecina Ruanda.

Hijo de colonos belgas, esa obstinación lo ha llevado a ser testigo de las atrocidades que han sucedido sin interrupción en esta región.

La cleptocracia de Mobutu Sese Seko, cuyos matones se alojaban en el hotel y se iban sin pagar la cuenta en los tiempos de la antigua Zaire. El genocidio de Ruanda, que en 1994 vomitó a cientos de miles de refugiados hutus sobre Bukavu obligando a Marc a salir a darles comida y medicinas con la ayuda de los empleados del hotel.

La Primera Guerra Africana, que terminó con la invasión ruandesa y la huida del dictador Mobutu Sese Seko a Marruecos en 1996. La Segunda Guerra Africana, que involucró a doce naciones del continente entre 1998 y 2003.

Luego, la guerra de guerrillas entre rebeldes hutus, tutsis, mai mai y del propio Ejército local por controlar los yacimientos de oro, coltán, estaño, tantalio y tungsteno.

El conflicto armado más mortífero desde la Segunda Guerra Mundial, aunque apenas encuentre sitio en las noticias.

Cinco millones de muertos.

—Y ahora que estaba todo más tranquilo, nos pasa esto, el secuestro de estas niñas adorables que venían todos los domingos a tomar el té en la terraza —me dice Marc en la recepción del hotel. Sus pobladas cejas canosas asomándole por detrás de las gafas. Su bastón de madera de roble. Habla un francés tropical, salpicado de palabras en suajili.

Desde la última vez que vine, el hotel ha cambiado notablemente. Ahora se llama Safari Orchid. Sus paredes se han cubierto de cabezas de animales disecados, de cuadros de gorilas, y el personal viste ropa de explorador, como en los grandes centros de safari de Kenia o Sudáfrica.

Pura obstinación.

—El mundo va a decir de nuevo, el Congo es muy peligroso, muy peligroso, no se puede ir. Y estos magníficos gorilas que tenemos a media hora de aquí, y que han sobrevivido milagrosamente a todas las guerras, seguirán sin que nadie los venga a ver. Y la economía de este

lugar seguirá sin recibir el dinero del turismo que tanto necesita.

Marc tiene mucho de qué quejarse, como todos los habitantes de esta región que sufren la desgracia de poseer un subsuelo rico en minerales que en vez de bonanza solo les ha traído muerte y dolor. Sin embargo, de algo puede estar satisfecho: no debe de haber en el mundo otro hotel así de austero, de poco atractivo, por el que hayan pasado personalidades tan importantes.

Al ser el único establecimiento que se podría calificar como «hotel» en Bukavu, toda aquella persona que en la última década ha venido a la región interesada por la guerra y la violación masiva de mujeres, ha tenido que alojarse aquí. Desde Ban Ki-moon y Hillary Clinton, pasando por actores como Sean Penn o Charlize Theron, y escritores como John le Carré.

Algo inaudito para un albergue que consiste apenas en una docena de bungalós decorados con dudoso gusto y que tiene como gran atractivo las orquídeas que surgen por doquier y que le dan nombre.

Me toca una habitación agradable, con vistas a un patio interno exuberante de enredaderas. Más cuadros con fotos de gorilas. Grandes armarios. Un espejo con la luna rota. Una cama con los muelles un poco quejumbrosos pero que dejan dormir.

No está mal.

Introduzco en el móvil la clave que me dio Marc, me conecto a internet y lo primero que salta es un mensaje de Juan Pedro, mi jefe, desde Madrid: «Llámame cuando llegues. Es urgente».

Golpeo la puerta de la habitación 22, en la que está alojado Juan Pedro.

—¿Estabas durmiendo?

—Como nos dijiste que teníamos un par de horas para descansar.

No sé cómo lo hace pero otra vez le ha tocado una estancia mucho mejor que la mía. Vistas al lago Kivu y a las magníficas montañas que lo rodean. Decoración moderna. Una foto de Hillary Clinton colgando en la pared.

La habitación de los famosos.

No salgo de mi asombro.

En una de las dos camas —sí, tiene dos camas matrimoniales— ha desplegado un kit de supervivencia: repelentes, mosquiteras, pastillas potabilizadoras, un pequeño libro de frases en suajili, una brújula, un mapa de la región de los Kivus.

—¿Esperas la Tercera Guerra Mundial?

—Es por si vamos a la selva.

—Bien pensando.

—En septiembre voy a hacer un curso de corresponsal de guerra.

—¿Existe un curso de corresponsal de guerra?

—Sí, lo da el Ejército. El año pasado hice el de primeros auxilios de la Cruz Roja. Mi sueño ha sido de siempre ser corresponsal de guerra, desde que estaba en la universidad.

—Hace dos días.

—Tres años.

—Por cierto, muy bonita tu habitación.

De una percha cuelgan los típicos pantalones de escalada de dos colores. Esos que parecen que son de uso obligatorio en el País Vasco. En la mesilla de noche tiene varios libros sobre el Congo: además de *El fantasma del rey Leopoldo*, de Adam Hochschild; *Tras los pasos del señor Kurtz*, de Michela Wrong; *Blood River*, de Tim Butcher y *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad.

Irreprochable colección.

—Perdona, que estoy un poco embotado del viaje —recupero el hilo de la conversación—. Lo que te venía a decir. Acabo de hablar con tu tío. La noticia del secuestro ya está en todos los medios. Algún gilipollas la filtró en internet. Así que tenemos que ponernos en marcha. Vamos a grabar unas entrevistas y esta noche entramos en directo. Juegan Costa de Marfil y Japón, así que nos van a dar cancha. Tenemos tres minutos para la conexión.

—Me pongo a ello —me dice Juan Pedro, que anota en su libreta lo que le voy diciendo.

—Avisa a Simón de que se prepare. Si se queja, dile que se aguante, que esta noche ya descansaremos. Y llama a Madrid para arreglar lo del satélite. Arrancamos en media hora.

—En media hora.

Me dirijo hacia la puerta de su maravillosa habitación. Digna de una luna de miel con visita a los gorilas.

—Una cosa, Juan Pedro. Vamos a conseguir una historia cojonuda, de la que va a hablar toda España. Por mis huevos que lo vamos a conseguir. Que el desastre de Gaza quede atrás. Vamos a romper esta mala racha. ¿Entendido?

—Cojonudo, entendido —me responde, sin dejar de escribir.

Las calles de Bukavu se han poblado de vida. Riadas de transeúntes inundan la avenida Lumumba dejando apenas un estrecho pasillo en el centro para que circulen motos, coches y camiones. Hombres vestidos con pantalones de pinzas y camisas, mujeres que llevan coloridas faldas, camisetas y que cargan fardos sobre sus cabezas, niños descalzos.

En África la gente camina como no lo hace en ningún otro lugar del planeta. La escasez de transporte público, el precio astronómico de los vehículos particulares, obliga a millones de africanos a contar con sus piernas como único medio para moverse de un lugar a otro.

Un continente de pie, que marcha sin parar, a la vera de un camino de tierra. Ese es el paisaje africano por antonomasia. No las acacias perdidas en las llanuras semiáridas ni los animales salvajes.

—¿Recuerdas dónde queda la casa de Francesca? —le pregunto a Selemani.

—¿Al final de La Botte? ¿Junto al cuartel de la ONU? —me responde sin apartar las manos del volante.

—Exacto.

En una glorieta rebosante de vendedores de frutas y verduras, un policía estira el brazo y hace sonar el silbato para obligarnos a parar.

Selamani lo esquiva rápidamente.

—¿Qué pasa con los policías? —me pregunta Juan Pedro, que va en el asiento delantero.

—Sí, eso, qué pasa con los policías —lo secunda Simón, que es la primera vez que viene al Congo.

—Nada importante —les respondo.

Francesca camina hacia mí rodeada de perros. Grandes pechos, grandes caderas, una risa contagiosa. Se ha convertido en una señora africana más. Poco queda de aquella niña flaca y apocada de Milán que, por casualidades de la vida, conocí apenas llegó a Bukavu hace quince años.

—Rodrigo, *amore*.

—Francesca, querida.

Nos abrazamos.

Le presento a Simón, a Juan Pedro y a Selemani. Nos invita a sentarnos en el jardín de su casa, una antigua mansión colonial belga.

Psicóloga de formación, al principio formaba parte de la Cruz Roja Internacional. Se enamoró tanto del Congo que, cuando terminó su contrato, decidió quedarse. Creó la organización Women for Africa.

Las dos cooperantes españolas secuestradas trabajan para ella.

—Eran un pan de Dios las chicas. Superprofesionales. Sobre todo Fátima, las mujeres la adoraban. Mira que nunca me dijo que su padre era ministro en España. Muy discreta ella —me cuenta en un español con acento milanés.

—¿Qué hacían en Shabunda?

—Habían ido a buscar a una de nuestras pacientes, que iba a testificar en un juicio. Se supone que estaba todo hablado con la gente local, que no les iba a pasar nada. Me siento culpable. No me imagino lo que esos brutos les pueden hacer. Mis niñas.

Francesca se emociona.

—Espera un segundo, que no quiero que me tengas que contar todo dos veces —le pido y me giro hacia Simón—. Ponle el micrófono y arranquemos.

—Hablo porque eres tú. Pero me tienes que prometer que va a salir el nombre de nuestra ONG. Necesitamos dinero.

—Y tú que si viene otro periodista a verte le vas a decir que estás muy ocupada.

—Ya no vienen periodistas al Congo. Cuando se pasó la moda de hablar del coltán, desaparecieron. Y aquí los soldados siguen violando igual que antes.

Simón le coloca el micrófono en el escote. Luego lo disimula con la bufanda de seda que Francesca lleva alrededor del cuello.

—Repíteme eso, por favor. ¿Cómo están las niñas?

La entrevista es extraordinaria. Sentida, conmovedora. Frases cortas, directas. Francesca se va a meter a la audiencia en el bolsillo.

Por dentro estoy dando saltos de alegría.

—Siempre hablas tan bien. Cómo te quiero, guapa —le digo al finalizar y le doy dos besos—. ¿Qué tal el audio, Simón?

—Algunos sonidos de coches y de pájaros, pero se puede salvar. ¿Podemos hacer unos recursos de ella trabajando?

Nos desplazamos a la oficina de Francesca.

Dos escritorios. Cajas con ayuda humanitaria por el suelo. En las paredes, afiches con mensajes sobre la violencia sexual:

SOLO LOS COBARDES MALTRATAN
A LAS MUJERES.
SI HAS SUFRIDO UNA VIOLACIÓN,
TE PODEMOS AYUDAR. NO TE CALLES.

Francesca se sienta en una silla frente a un escritorio.

—Abre el ordenador y haz como que estás escribiendo un correo —le pide Simón.

—Hasta las cinco de la tarde estamos sin electricidad, cariño. Esto es el Congo.

—No te preocupes. No voy a grabar la pantalla.

—¿Quieres que yo también esté? —le pregunto a Simón.

—Sí, tú ponte a su lado.

Me coloco donde me indica.

—Agáchate, que quedas fuera de plano.

Me agacho.

Francesca simula que escribe.

Yo hago que leo lo que escribe.

—Listo. Ya podéis dejar de hacer el paripé —nos dice Simón—. Voy a grabar la puerta de la ONG.

Cámara al hombro, se marcha acompañado por Juan Pedro y Selemani.

Francesca me coge de la mano.

—Mañana vamos a ver el partido de España en un bar. Va a estar mi novio. ¿Queréis venir?
—¿Tienes novio?
—Bueno, un soldado uruguayo.
—Pensé que después del último ya habías aprendido la lección.
—Rotan cada seis meses, qué quieres que haga. Este es médico. No es de los que va pegando tiros por ahí. Un tío inteligente, que además está buenísimo. Estoy enamorada —me dice riendo.
—¿Pero?
—¿Cómo que pero?
—Venga, que te conozco.
—Tiene un hijo en Uruguay.
—¿Está casado?
—No, es bisexual. Se folla a un comandante de su regimiento.
—¿Y tú te los follas a los dos?
—Solo cuando nos emborrachamos.
Suelta una carcajada.
—Me parece fantástico.
—Llevo quince años en este lugar de mierda.
—No hace falta que te justifiques, sabes que te entiendo.
—Esto está cada día peor. Todo el mundo nos saca dinero. Cuando no son los soldados son las autoridades. Estamos ayudando a sus mujeres, parece que no lo entienden. Solo nos ven como dinero, Rodrigo. No nos ven como personas. Este lugar está muy jodido. Entre ellos también se tratan así. Di que las mujeres son maravillosas. Valen la pena.
—Sabes que te admiro —afirmo, tomándole las manos.
—Por cierto —me dice, apartándose de mí y mirándome de los pies a la cabeza—, te mantienes bien ¿no? Aunque te estés tiñendo un poco el pelo, con lo que me gustaban tus canas.
—Pensé que no se notaba.
—Es que soy muy observadora.
—A los cincuenta me he convertido en uno de esos tarados que salen a correr a todas horas. Es una especie de enfermedad en España, como tomar *gin-tonics*. Ahora todo el mundo toma *gin-tonics* con frutas, con especias. Parecen ensaladas. No sabes de lo que te salvas por vivir en Congo.
—Correr es de cobardes. Pero a lo de beber, me apunto.
—Tomo nota.
—Cuando termine todo esto, si quieres venir a verme alguna noche. Por los viejos tiempos.
Me da un beso en la boca y se va pícara de la habitación.
—*Andiamo, caro*, que quiero asegurarme de que el cámara grandullón que nos has traído grabe bien el cartel de nuestra ONG —

la escucho decir a lo lejos.

Nos dirigimos hacia el mercado de Kadutu. Un hervidero de puestos de comida situado a los pies del barrio de chabolas más grande de la ciudad. El lugar perfecto para grabar un par de entradillas y hacer algunos recursos con los que cerrar la pieza que esta noche saldrá en el telediario.

Estoy entusiasmado.

El testimonio de Francesca va a ser un éxito.

—Menuda zorra tu amiga —me dice en voz baja Simón para que no nos escuche Juan Pedro, que va en el asiento delantero junto a Selemani.

—¿Tenías encendido el micrófono?

—Un novio bisexual.

—Estás muy sensible tú con la infidelidad. Es eso o te has vuelto un carca.

Una muchedumbre nos corta el paso. Selemani toca el claxon para que nos dejen avanzar. De entre la gente aparece un hombre con la cara ensangrentada. Cuatro soldados lo obligan a caminar dándole patadas, apuntándolo con sus fusiles.

—Y también cómo se puso a llorar para las cámaras —sigue Simón.

—¿Qué tiene de malo? Su trabajo es ayudar a la gente del Congo. Necesita dinero para pagar a las psicólogas.

—Es un poco extraña.

—¿Un poco? Muy extraña, completamente loca, pero ha hecho una obra impresionante. ¿Qué tiene que ver que le guste follar y que se ponga a actuar un poco frente a la cámara? Todos tenemos contradicciones. Cuanto más grande es la persona, mayores son sus contradicciones.

—No sé.

Aprovechando que estamos parados, una mujer con un bebé se acerca a la ventanilla delantera. La golpea. Nos pide unas monedas. Juan Pedro la abre y le da un billete de cinco francos.

—¿No sé?

—No te sigo.

—Toda esa gente que va de virtuosa y que nunca ha hecho nada por nadie. Peor aún, que va de antisistema y tampoco ha hecho nada por nadie. Francesca ha cambiado la vida de muchas personas. Eso es lo que importa. Hay que ver más allá de la superficie, Simón.

—Vale, lo que tú digas —me da la razón al ver que me estoy empezando a cabrear—. ¿Pero te la vas a follar o no Míster Seducción?

—Eres un gilipollas.

—Venga, confiesa.

Varias mendigas más, con niños en brazos, se acercan.
La multitud se dispersa.
Selemani acelera.
—Si este trabajo nos sale redondo como parece que nos va a salir, quizás me merezca un homenaje.

Muzungu, *muzungu*, gritan eufóricos los niños que se han congregado a mi alrededor, rodeados a su vez por decenas de curiosos que han venido a ver al periodista occidental, vestido con camisa y repeinado, que habla frente a la cámara.
—Por este bullicioso mercado de la ciudad de Bukavu pasaban todos los días las dos cooperantes españolas secuestradas por las Fuerzas Democráticas para la Liberación de Ruanda, también conocidas como FDLR…
Muzungu, *muzungu*, repiten entre risas los niños, empujándose los unos a los otros; empujándome por momentos a mí también.
Interrumpo la grabación.
—Selemani, trata de poner un poco de orden por favor. Esto es imposible.
Cuando estás en el Congo, ya te puedes llamar Rodrigo, Simón o Francisco I, que para la mayoría de los mortales tu nombre es *muzungu*, que en suajili quiere decir «hombre blanco». Hola, *muzungu*, ¿Qué quieres, *muzungu*? Adiós, *muzungu*.
Selemani habla con los niños, les pide silencio.
Parecen comenzar a aplacarse.
—Son casi peores que los de Gaza —me dice Simón con sarcasmo vengativo.
—¿Estás grabando?
—Sí, cuando quieras.
—Por este bullicioso mercado de la ciudad de Bukavu pasaban todos los días las dos cooperantes españolas secuestradas…
Muzungu, *muzungu*, empiezan otra vez los pequeños diablillos, a viva voz, fuera de sí, saltando frente a mí, frente a la cámara, descalzos, con sus camisetas apolilladas.
Me río con resignación.
Bajo el micrófono.
Detengo la grabación.
—Juan Pedro, vete a buscar un lugar tranquilo para la entradilla. Date una vuelta por el mercado. Que se vea gente, color, pero que podamos mantener a raya a los niños.
—¿Es seguro?
—Claro que es seguro, pero no te vayas muy lejos.
Juan Pedro se pierde entre la multitud del mercado. Varios niños corren detrás de él. *Muzungu*, *muzungu*, le gritan emocionados. Simón

aprovecha el parón para colocar la cámara en el trípode y hacer algunos planos del mercado, que a los pies de la barriada de chozas de barro con techos de zinc, reverbera de vida.

Dos hombres de aspecto fornido se plantan frente a mí.

—Policía secreta —se presenta uno de ellos en francés. Tiene un ojo verde y el otro marrón. Un David Bowie congoleño.

Me muestra un carné de plástico con su foto y letras en rojo.

—Pasaporte y permisos de rodaje.

Veo la cara de preocupación de Selemani.

—El señor Rodrigo es un periodista amigo del Congo, lleva años trabajando aquí —les explica servil—. Ha venido por el secuestro de dos españolas.

—Pasaportes y permisos de trabajo. Y díganle al señor que está con la cámara que deje de grabar.

Saco el pasaporte del bolsillo. Se lo entrego. No saco el permiso de trabajo porque no tenemos permiso de trabajo.

Me acerco a Simón.

—Deja de grabar.

—Estoy cogiendo un plano cojonudo de una mujer limpiando pescado.

—¿Recuerdas Nayaf? Pues eso, baja la puta cámara y dame tu pasaporte.

Simón aparta el ojo del visor.

—Nos ha cogido la policía secreta. Los voy a distraer. Con disimulo, saca la cinta de la cámara y guárdatela en el bolsillo.

Vuelvo hasta los policías con el pasaporte de Simón en la mano.

—¿El permiso de grabación?

—Como le decía Selemani Mwati, mi productor y amigo, llevo quince años viniendo al Congo. No sabía que hacía falta permiso para rodar en este país.

El policía observa la primera página de mi pasaporte.

—Peor aún me lo pone, *monsieur* Rey. Quince años infringiendo la ley.

¿La ley? ¿En un país sin Estado que lleva dos décadas en guerra? ¿Que es el cuarto más pobre del mundo según la ONU? ¿En el que el deporte nacional es la violación masiva de mujeres?

—Pregúntales cuánto dinero quieren —le digo a Selemani en inglés.

—No les va a gustar que les pregunte eso —me responde con disimulo.

—Vale, dame una hoja de papel. ¿Dónde está Juan Pedro?

—No sé.

Saco un bolígrafo. Me escribo «diez» en la palma de la mano. Se la muestro al agente.

—¿Está tratando de sobornarnos, *monsieur* Rey?

—Te dije que no era buena idea —me reprocha Selemani.

—No, es mi apuesta para el partido de mañana de España. Seguro que les metemos diez a Croacia.

—Sobornar a un oficial congoleño es un delito muy grave. Si dice que ha venido aquí tantas veces sabrá que los congoleños somos gente incorruptible.

—Sin duda. Nunca he visto corrupción.

—Los problemas en este país los han traído los extranjeros.

—Tiene toda la razón del mundo, *monsieur*. Disculpe la osadía —intento rebajar la tensión—. Por cierto, ¿le he contado que conozco a Cristiano Ronaldo? Habrá visto que soy español. Los dos vivimos en Madrid. Somos vecinos.

—No tener permiso para rodar. Sobornar a un oficial congoleño. Van a tener que acompañarnos.

Vislumbro a Juan Pedro que aparece entre la multitud. Nos está buscando. Nuestras miradas se encuentran.

—Vete, vete —le hago un gesto con la cabeza mientras Selemani intenta convencer a los agentes para que cambien de opinión.

—¿Yo? —me pregunta Juan Pedro como un idiota.

—Sí, vete —insisto *sottovoce*.

—¿Yo?

¿A quién le voy a estar hablando? ¿A la mujer que vende pescado detrás de ti, con la que tuve un amorío hace años? ¿Al hombre que lleva una cabra sobre los hombros y con el que estudié periodismo en la universidad? ¿A Hillary Clinton?

Voy a matar a Juan Pedro cuando salga de esta.

—Sí, claro, tú —le digo, abriendo bien la boca para que me lea los labios pero casi sin emitir sonido.

Todavía no comprende lo que sucede. Peor aún, camina despreocupado hacia nosotros.

Pierdo la paciencia. Le grito al tiempo en que gesticulo como un demente: «Vete, *mecagoendios*. Vete al hotel y pide ayuda a Marc. Nos está arrestando la policía secreta».

Los agentes congoleños se giran sorprendidos. Ahora sí, las neuronas en la cabeza de Juan Pedro conectan la información y le ordenan empezar a correr y perderse entre la multitud del mercado de Kadutu. Por más *muzungu* que sea y destaque entre la gente, imposible que los policías le den caza.

Solo espero que se las arregle por su cuenta para llegar al hotel Orchid.

Un haz de luz se cuela por la ventana, atraviesa en diagonal la penumbra de la celda y descubre una cucaracha que yace impertérrita en el suelo de baldosas, a pocos centímetros de mi mano.

—Tengo sed —se queja Simón.
—Mira el lado positivo, un par de días aquí y sales hecho un pincel.
—Sed, no hambre.
—¿No tienes hambre?
Simón me dirige una mirada solemne, su rostro mitad en sombra.
—Estoy a dieta. —Me empiezo a reír, no lo puedo evitar—. ¿Qué te pasa? —Una risa que crece, que me sale a borbotones hasta convertirse en una carcajada. La cucaracha huye despavorida—. ¿Te estás volviendo loco? —Me lloran los ojos—. Lo que nos faltaba. Loco como una cabra.
Respiro hondo.
Intento apaciguarme.
—Te has dado cuenta… te has dado cuenta…
No termino de decir la frase que otra vez me rompo en una carcajada.
Sigo riendo.
No tengo freno.
Respiro.
Venga, tranquilo.
Un estertor me asciende desde el estómago, pero lo reprimo.
—Te has dado cuenta… de la cantidad de directos que hemos perdido, de que todo nos sale mal.
Me duele el estómago de tanto reír.
—Bueno, todavía es temprano.
—¿Qué hora es?
—No lo sé, me quitaron el reloj y el móvil, pero tengo una sorpresa.
Simón se abre los pantalones y se mete la mano en los calzoncillos.
—¿No has visto suficientes películas de cárceles? —le digo y siento que otra vez me vuelve la risa tonta—. Se supone que primero debes tirar el jabón en la ducha.
Tras excavar unos segundos entre sus genitales, saca con expresión triunfal una cinta marca Sony.
—No me vas a decir que no he estado bien.
Regresa la risa, con fuerza.
Imposible evitarlo.
Simón se ríe también.
Se abre la puerta.
Entra el policía del ojo verde que nos arrestó en el mercado de Kadutu.
Mira la cinta.
Yo también la miro.
La hemos cagado.
—¿Qué es eso? —pregunta—. ¿No le había dicho que entregara todos los objetos de valor?

Se agacha, coge la cinta, la observa y se marcha sin volver a cerrar la puerta de la celda en la que llevamos horas encerrados.

Escuchamos voces en una estancia contigua.

Ahora entran tres oficiales de la policía secreta.

—Póngase de pie —le ordenan a Simón en francés.

—¿Qué dicen?

—Que te pongas de pie —le traduzco.

Apenas Simón se ha incorporado, uno de los hombres le da un golpe en la cara.

—Nos has querido engañar, ¿no? ¿Qué es esto? ¿Material para el Gobierno de Ruanda? ¿Localización de bases de militares?

Otro golpe.

Simón se tapa el rostro con las manos.

—No comprendo suajili, por favor —musita en español.

—Te están hablando en francés —le explico.

—No comprendo francés, no me pegue.

—Pare un poco, *monsieur* —le digo, interponiéndome entre los dos —. Es solo una entrevista que hicimos hoy a Francesca Aiello, la directora de Women for Africa. Traiga la cámara y se la mostramos.

—Le estoy preguntando a su amigo.

—No habla francés. Ni suajili.

Los tres agentes debaten de pie frente a Simón, que está acorralado contra la pared.

—Por favor, déjenlo en paz. Soy yo su jefe. Él solo hace lo que le pido.

—¿El jefe de los espías? —me pregunta otro de los agentes.

—El jefe en la televisión, *monsieur*. Somos periodistas, de España. Ya se lo dijimos. Vinimos porque han secuestrado a dos cooperantes españolas.

El policía que está al mando levanta la cinta y se la acerca a Simón al rostro.

—Mentiroso. Nadie juega con nosotros.

Le escupe en la cara, se da media vuelta y se va.

Los otros dos hombres lo siguen.

Cierran la puerta de un golpe.

La luz del sol ha mermado. Apenas logro vislumbrar el perfil de la cabeza de Simón recortado contra la pared. Le pongo la mano en la espalda. Quizás sea por la oscuridad, pero el hedor a heces y orines que inunda la celda se vuelve insoportable.

—¿Te duele?

—Me arde. Tengo sed.

—Seguro que Juan Pedro ya ha avisado al consulado en Kinshasa. En cualquier momento nos sacan.

—¿Y si nos acusan de espías? ¿Y si nos caen veinte años en prisión? Quiero volver ver a mi mujer y a mis niñas.

—Eso es imposible —le miento—, imagínate el escándalo en España.

Nada le digo de los dos reporteros daneses que pasaron cinco años detenidos hasta que su Gobierno consiguió su liberación en 2012. Es la parte positiva de que Simón solo lea la prensa deportiva.

—¿Cómo van las cosas con tu mujer? —intento cambiar de tema.

—Después de lo que me dijiste en Gaza me puse las pilas. Hago dieta, me apunté al gimnasio, vuelvo todos los días a casa con un ramo de flores. Creo que estamos mejor, que la estoy reconquistando.

—Qué bien.

Siento algo que me camina por la espalda. Me incorporo de un salto. Empiezo a sacudirme.

—¿Qué te pasa?

—La puta cucaracha.

Se abre la puerta de la celda. El policía del ojo verde nos ordena que salgamos. Ayudo a Simón a incorporarse. Adiós a la oscuridad y al olor a excrementos.

Recorremos un angosto pasillo flanqueados por carteles en suajili. Simón tiene la mandíbula y la oreja rojas de los golpes que le han dado. Nada grave. Sobrevivirá. En una sala, tres policías están viendo el partido de fútbol entre Japón y Canadá mientras beben cervezas Primus.

Subimos unas escaleras polvorientas. Los escalones crujen bajo nuestros pies.

Al llegar a la tercera planta, el policía se asoma a una puerta.

—Disculpe, *madame* directora general —anuncia en francés—, aquí están los detenidos.

—Hágalos pasar.

Entramos en un despacho en medio del cual hay una enorme mujer sentada tras un escritorio lleno de papeles y estatuillas de madera. Lleva un vestido tradicional congoleño estampado en rojos y azules. En una de las sillas que dan al escritorio se encuentra Marc Marceau, el dueño del hotel Orchid, que evita mirarnos.

La mujer se pone unas gafas de lectura y levanta un trozo de papel.

—Los señores Rodrigo Rey y Simón Escudero —lee, para mi sorpresa, con una pronunciación impecable.

Al fondo, en una pared, cuelgan fotos y diplomas. En una de las imágenes la mujer está junto a Joseph Kabila, el presidente de la República Democrática del Congo.

—Mi nombre es Rose Nyumere —se presenta en francés—. Soy la directora general de la Agencia de Inteligencia de Kivu Sur.

—*Enchanté, madame* —le respondo.

—*Encanté*, señora —me imita malamente Simón.

La mujer se baja las gafas y nos observa durante unos instantes. Los brazos rollizos, la peluca de pelo corto negro azabache.

—Lo que han cometido es un delito muy grave —continúa, volviéndose a poner las gafas—. La ley prohíbe cualquier tipo de grabación sin autorización expresa del Gobierno. Somos un país en guerra, al que todo el mundo quiere robar sus minerales. Debería hacerlos expulsar inmediatamente de nuestro territorio o mandarlos ante un juez para que les caiga una buena condena.

—*Madame*, por favor, ¿me puedo acercar? —le pregunto.

—Adelante.

Doy varios pasos, me agacho y le cojo la mano. Una mano regordeta, diminuta en comparación al resto del cuerpo. Las uñas pintadas de color rojo granate. Desde la posición en la que estoy descubro que de la triple papada le salen pelos negros en tirabuzón. Un símbolo de prestigio y elegancia entre las señoras congoleñas tener un poco de barba.

—Una mujer como usted, con su experiencia, estoy seguro de que podrá entender y perdonar nuestro error. Fue por las prisas, por la desesperación de querer saber qué le ha pasado a las jóvenes españolas. Todos actos nobles por nuestra parte, sin ánimo de ofender a nadie.

La miro a los ojos.

Trato de pensar en otra cosa, como cuando no me quiero correr.

Vladimir Putin sin camiseta.

Niki Lauda.

El papa Francisco paseando el papa móvil.

Le beso la mano en un gesto de cortesía.

—*S'il vous plaît, madame*.

—No sé, es un delito muy grave —afirma, dirigiendo la mirada hacia Marc Marceau.

Las meninas de Velázquez.

Pelé con traje y corbata.

Los tertulianos de *Sálvame*.

Le vuelvo a besar la mano.

—*S'il vous plaît, madame* —insisto.

La mujer me observa con detenimiento.

Atisbo un cierto brillo en las profundidades de sus ojos.

Habla en suajili con el policía que nos detuvo en el mercado de Kadutu. Este la escucha, hace un gesto afirmativo y sale del despacho.

Veo que Marc se relaja.

Vamos bien.

—Por esta única vez, y porque está aquí *monsieur* Marceau, voy a

hacer una excepción —se arranca la directora de la policía secreta en Bukavu—. Espero que comprenda, *monsieur* Rey, la dimensión del favor que le estoy haciendo.

—Muchas gracias, *madame* —le digo —*Vous êtes très gentille. Vous êtes très, très jolie*.

Salimos de la casa colonial que sirve de cuartel a los servicios secretos congoleños. Ha caído la noche. Tenemos cuarenta minutos para entrar en directo. Juan Pedro y Selemani nos aguardan junto al Toyota Corolla.

—Este tío es un puto crack —grita Simón y me pasa el brazo por encima de los hombros—. El regreso de Míster Seducción.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Juan Pedro.

—Que le tienes que dar dos mil euros a Marc para que se los entregue a la directora de los servicios secretos —le explico mientras Simón no deja de reventarme los hombros con tanto cariño—. No quería un soborno. Quería «el» soborno del siglo.

—No sabéis cómo se ha camelado a la jefa de los servicios secretos, qué caradura, qué máquina —insiste Simón.

—¿Nos han devuelto el material? —pregunta Juan Pedro.

—Ahora nos traen la cámara y los móviles pero se han quedado la cinta. Dicen que es evidencia.

—La mujer pesaba ciento diez kilos, tenía barba, y va Rodrigo, se agacha y le besa la mano. Le dice: «*Tu etés tres yoli*» o algo así. Qué máquina.

De vuelta al hotel preparamos los equipos en la terraza para la conexión en directo con Madrid. Tenemos diez minutos. Sin el material grabado no nos queda más opción que enlazar con Francesca a través de Skype. Juan Pedro corre de un lado a otro con el móvil pegado a la oreja.

Me planto frente a la cámara y los focos.

Respiro profundamente. Repaso lo que voy a decir. Me paso la mano por el flequillo.

Tres, dos, uno.

Simón, cuyas heridas en la mandíbula y la oreja se han vuelto moradas, baja la mano.

—Buenas noches desde el Congo, Matías. Según nuestras últimas informaciones, Fátima García López y Paloma Cruz Pérez continúan en manos de los rebeldes hutus del FDLR. Se encuentran en Shabunda, a quinientos cincuenta kilómetros de aquí. Ahora vamos a conversar en directo con Francesca Aiello, la responsable de la organización para la que trabajaban las dos cooperantes españolas.

En el monitor veo que se abre una pantallita y aparece Francesca a través de Skype. Aunque con un cierto eco metálico, se la escucha

bastante bien.

—Son dos chicas maravillosas, entregadas a ayudar a las mujeres del Congo. Dos chicas idealistas, muy comprometidas…

Se empieza a entrecortar la voz. Cuesta entender lo que dice.

Sonriente frente a la cámara maldigo por dentro. Rezo para que se solucione pronto.

Aleluya, la conexión vuelve a fluir.

—Estaban en la región de Shabunda, apoyando a una mujer valiente que iba a declarar contra los soldados que la violaron…

De repente, la imagen de Francesca se queda congelada en la pantalla. Allí permanece, frente a millones de espectadores, con la boca abierta como si estuviera gritando un gol de España.

No vuelve.

No resucita.

Pasan los segundos.

Gooooooool.

Desesperado, Juan Pedro, que no deja de hablar con Madrid por teléfono satelital, me hace una señal para que retome la palabra.

Una sucesión de trémulas luces parpadea en la orilla opuesta del lago Kivu. Casas de adobe, antiguas mansiones coloniales, serpenteantes caminos que se pierden en la espesura de las colinas. Sobre las oscuras aguas del lago flota una bruma entre la que se asoman barcas de pescadores guiadas por farolillos de gas.

Atrapado en el fondo de este mar perdido en el corazón de África, dicen que hay unos cincuenta y cinco mil millones de metros cúbicos de gas metano. Los habitantes de Bukavu viven con la constante paranoia de una explosión que termine con sus vidas.

A veces me pregunto si no sería la mejor solución a sus problemas.

Me pongo las gafas de lectura y enciendo el móvil. Una veintena de mensajes sin responder. Le escribo un texto a mi mujer: «Primer día en el Congo. Nos ha pasado de todo. Un desastre pero estamos bien. Solo un poco cansado. Ahora nos vamos a ver el partido de España con los chicos. Mándale un beso a los *peshmergas*».

El primero en bajar a la terraza del hotel Orchid es Juan Pedro.

—¿Qué han dicho en la tele? —quiero saber.

—Estaban bastantes cabreados.

—No me extraña. He pasado de ver los mensajes. Mañana llamo a tu tío y le explico todo.

Juan Pedro se sienta a mi lado y saca su libreta. Frente a nosotros, el magnífico lago Kivu. El viento nos trae el canto de los pescadores.

—Mañana a las nueve partimos hacia Shabunda con un convoy de la ONU.

—Bien hecho —le digo, y le doy una palmada en la espalda.

—Me han dicho que Selemani no puede venir. Solo puede viajar personal internacional.

—Escucha, Juan Pedro, quiero que estés tranquilo. Shabunda es un lugar sin ley, pero no es Gaza. No hay misiles cayendo a todas horas ni drones. Solo vamos a ir hasta la base de la ONU, los vamos a liar para que nos lleven a la aldea en la que secuestraron a las chicas y nos volvemos.

—Vale.

—Tengo un buen presentimiento —exclama Simón, caminando hacia nosotros con una bufanda de España alrededor del cuello. Las marcas en la cara y en la oreja se le han convertido en hondos moratones. Parece un enorme mapache—. Hoy le vamos a dar un repaso a los chilenos.

—¿Es otro de tus chistes de Twitter? —le pregunto.

—El otro día contra Holanda estaban presionados. El peso de los campeones. Pero tenemos un equipazo.

—Nos metieron cinco.

—Dos fuera de juego y hubo tres tiros nuestros que pegaron en los postes.

—¿Tú qué opinas, Juan Pedro?

—No sé mucho de fútbol.

—Si me preguntarais a mí os diría que esta noche Chile nos mete otros cinco. Nuestro destino y el de la selección española parecen íntimamente ligados.

En un buen bar africano nunca pueden faltar la parrilla con carne, algún partido de la Premier League en los televisores, la música lingala, las prostitutas pululando entre las mesas y los hombres sitiados por casquillos de cerveza, sumidos en el humo de los cigarrillos y el olor acre de los cuerpos sudados.

La fisonomía del Lambada, un oscuro antro situado al final de la avenida Liberté, tampoco es distinta aunque en la versión miserable y decadente del este del Congo.

La *nyama choma*, como se llama a la carne en suajili, que arde en la parrilla es de pollos tan raquíticos que parecen enfermos de polio, y las prostitutas, con sus maquillajes exagerados, sus pelucas baratas de nylon y sus huecos en las dentaduras dan la impresión de haberse fugado de alguna casa de los horrores. Generan más deseo de darles un abrazo y pedirles perdón que de tener sexo con ellas.

—¿Qué tal lo hice, *amore*? —me pregunta Francesca con ilusión.

Está pidiendo algo de beber en la barra.

—Espectacular —le miento—. Toda España se ha quedado conmovida por tu testimonio. Te van a llover las donaciones.

—Qué alegría —me dice, y me da un fuerte abrazo.

Una prostituta entrada en carnes se acerca a Juan Pedro y le empieza a restregar el trasero contra la pierna. Para mi sorpresa, mi productor se deja hacer.

—Venga, mamá, no ves que es un niño —le dice Francesca en suajili.

La mujer le sonríe, pero no cesa de meterle mano a Juan Pedro.

—¿Qué vais a tomar?

—Agua con limón y hielo —pide Simón.

—Es el sano del grupo, aunque no lo parezca —le explico a Francesca—. Para mí, una Primus. ¿Qué quieres, Juan Pedro?

—Una Primus, también.

La prostituta le va a gastar el vaquero de tanto pasarle el trasero. Ahora que la observo bien, tiene un cierto aire a Rose Nyumere, la jefa de los servicios secretos.

Francesca pide las bebidas. Se gira hacia Simón, le pasa la mano por el rostro y le dice: «Sí que te han hecho daño, grandullón».

—Deberías ver cómo quedaron ellos —le responde.

—¿Cómo quedaron?

—Felices —los interrumpo—. Con dos mil euros en el bolsillo. No me extrañaría que en cualquier momento vengan por aquí a celebrarlo.

Además de un lugar bastante siniestro con sus luces de neón, sus enormes televisores, su música atronadora y sus techos de paja, el bar Lambada es el Rick's Café de Bukavu. En sus mesas confluyen militares congoleños, traficantes de minerales, cooperantes, cascos azules. El momento en el que los protagonistas de las miserias que sufre esta parte del Congo bajan las armas y levantan las copas.

—¿Sabes algo de las chicas? —le pregunto a Francesca.

—Hablé con la embajada en Kinshasa. Dicen que están esperando alguna comunicación de los secuestradores.

El barman coloca nuestras bebidas sobre la barra.

—Invítame a una —le pide la prostituta a Juan Pedro.

—Mamá, te dije que dejaras al chico en paz —le recrimina Francesca.

Saco un billete de quinientos francos y se lo doy al barman.

—Mañana nos vamos a Shabunda —le comento a Francesca—. A ver qué podemos contar desde allí. Quiero acercarme a la aldea en la que fueron secuestradas. Necesito conseguir información de primera mano y hacer un buen trabajo. No sabes la racha de mierda que llevo. Estuvimos en Gaza hace dos semanas y fue un puto desastre. A esta edad y como está la profesión no me puedo dar el lujo de cagarla.

—Ten cuidado, *caro mio* —me dice y me agarra la mano—. ¿Vas con la ONU?

—Con los paquistaníes.

—¿Con los *paquitos*? Ufff... Vete con los uruguayos, que son los únicos que están haciendo algo por el Congo.

—Bueno, es para tener una base.

—Los *paquitos* son unos inútiles. Vienen porque cobran el triple que estando en su país pero lo que les pasa a los congoleños les importa *niente*. Te puedes creer que la ONU se gasta mil millones en tenerlos aquí.

Para ser más precisos, mil doscientos treinta y cinco millones de dólares anuales. La misión más cara en la historia de Naciones Unidas. Y quizás también una de las más ineficientes. Los veintidós mil dieciséis soldados extranjeros, principalmente de India y Paquistán, poco han servido para contener la violencia entre los grupos armados hutus, tutsis, mai mai, que luchan por controlar los yacimientos de minerales.

Lo que es peor aún, nada han hecho para proteger a los civiles, en especial a las mujeres, que sufren una violencia sexual sin parangón en el mundo. El cuerpo de la mujer es el campo de batalla de esta guerra. Se las viola en grupo, se las mutila y tortura, como estrategia para aterrorizar a la población civil, obligarla a huir y hacerse así con nuevos territorios.

Las organizaciones de derechos humanos y la prensa han reportado decenas de casos de aldeas que al ser atacadas pedían ayuda al cuartel más cercano de la ONU pero nadie acudía. Hartos, los vecinos en numerosas ocasiones la han emprendido a pedradas contra bases de los cascos azules o han quemado sus vehículos.

A raíz de estas denuncias y de la indignación que provocaron, la ONU decidió en 2013 crear por primera vez en su historia un cuerpo armado con la potestad de entrar en combate para proteger a la población civil.

Un destacamento que respondería a las llamadas de auxilio y lucharía contra los rebeldes para proteger a mujeres, ancianos y niños cuyas aldeas estuvieran siendo atacadas. Una fuerza de reacción inmediata, bajo mandos europeos que aquí, en la región de Kivu Sur, está conformada principalmente por militares uruguayos.

—Ven, que te presento a mi novio —me dice, señalando un grupo de uruguayos que forman parte de la misión de la ONU.

—Venga, chicos —les digo a Simón y a Juan Pedro—, vamos a conocer al novio de Francesca. —La prostituta que está con Juan Pedro lo coge del brazo, no deja que se vaya—. Hala, Casanova —le insisto a mi joven productor.

Cuando logra zafarse, ella lo despide con besos que se pone en la mano y le sopla al aire mientras susurra: «*I love you*».

—¿Quién se puede follar a una tía así? —pregunta Simón.

—Todos tenemos nuestro público —le replico.

A medida que nos acercamos a la mesa de los uruguayos, empiezo a sentir pena por los civiles congoleños cuya seguridad depende de esta «fuerza de acción inmediata».

Con las camisas abiertas beben mate con la misma parsimonia con la que lo harían en una pulpería de Montevideo, Colonia o Maldonado. El termo que se eleva lentamente, que cabecea para dejar salir el agua hirviendo. El vaso de metal que circula de mano en mano, con la solemnidad de quien pasa un cáliz sagrado. Las bocas que en cámara lenta se fruncen y sorben de la pajita.

—Rubén, este es Rodrigo, un *vecchio* amigo.

—Encantado de conocerte, Rodrigo, Francesca me habló mucho de vos. Dice que sos un periodista famoso —me saluda. Se levanta de la silla y me ofrece la mano.

—Famoso en mi familia. Y a veces ni eso, si te contara lo que opina mi mujer —le estrecho la mano—. Encantado.

Tenía razón Francesca, no solo Rubén me saca una cabeza de altura y tiene unos brazos marcados de jugador de rugby, sino que su rostro, de proporciones perfectas, parece cincelado en mármol. Uno de los hombres más atractivos que he visto en mi vida.

—Estos son los cabos Fernández, Núñez, Vázquez y el teniente Múgica —me presenta a sus compañeros.

Les estrecho también a ellos la mano.

—Estos son Juan Pedro y Simón, mi productor y mi cámara.

Nos sentamos en la mesa.

—¿Qué tal lo lleváis? —le pregunto a Rubén.

—Bueno, poco a poco nos estamos haciendo con el terreno. Este país es grande como Europa. Así que imagínate, no es fácil. Pero estamos haciendo lo mejor que podemos —me explica—. ¿Tomás mate?

—No, estoy bien con la cerveza, gracias.

En un televisor que está cerca de la mesa, aparecen los rostros de Iker Casillas, Andrés Iniesta, Xabi Alonso... No escuchamos nada pero es evidente que debe estar sonando el himno sin letra de nuestro país.

—Vamos, España, vamos —musita Simón con evidente nerviosismo, agarrándose la bufanda roja y amarilla.

—¿Con quiénes vais? —le pregunto a los uruguayos.

—Con Chile —responde el cabo Fernández.

—¿Y la madre patria? ¿Qué hay de la madre patria? —exclama Simón.

—Yo voy con España —dice Francesca—. Cuando estuve de Erasmus en Madrid me enamoré de vuestro país.

—Entonces yo también voy con España —se suma Rubén al tiempo en que estira la mano por encima de la mesa y toma la de Francesca.

Se miran enamorados.

Xabi Alonso pierde el balón en la mitad del campo. Los jugadores chilenos aprovechan la oportunidad. Corren cual animales desbocados. Hacen circular el cuero a gran velocidad entre sus piernas hasta que llega a los confines del área, hasta que se sitúa en la punta de la bota derecha de Eduardo Vargas.

Entonces el tiempo se detiene. Todos contenemos la respiración esperando ver de qué lado caerá la moneda.

Iker Casillas salta desde el césped como una rana pero no consigue más que ver pasar la pelota en su camino hacia la red.

Gol.

La multitud que abarrota el bar Lambada estalla de alegría. Gritos, saltos, brazos en alto. No solo los uruguayos van con Chile, también los congoleños. Supongo que es por el principio de apoyar al más débil.

Gooooooooooool.

Simón se tapa la cara con la bufanda. Rubén le hace otra caricia a Francesca, que responde con un gesto de no pasa nada. Juan Pedro, como siempre, es un enigma para mí. No parece ni triste ni contento.

Minuto veinte.

Chile uno, España cero.

Gol de Eduardo Vargas.

—No puede ser —se lamenta Simón, que coge mi cerveza y toma un trago.

—¿Y la dieta?

—A la mierda la dieta.

Toma otro trago.

Apura la cerveza hasta el final.

Busco al camarero. Lo encuentro. Nuestras miradas se cruzan.

Le hago un gesto para que nos traiga otra ronda de Primus.

—Vamos, vamos, que queda tiempo para remontar —insiste Simón, fijando la vista en el televisor, como si poniendo ahí toda su energía pudiese cambiar el destino de un partido que da todas las señales de estar predestinado al fracaso.

Los jugadores españoles no reaccionan. Corren de-sorientados, pierden otra vez el balón. Un aturdimiento generalizado de samba, calor tropical y *garotas* los posee. La selección es un *Titanic* a punto de naufragar en el lago Kivu.

Aprovechando que el partido ha perdido tensión y todos, salvo Simón, hemos aceptado el hecho de que solo cabe esperar un nuevo gol de Chile, Juan Pedro empieza a conversar animadamente con Rubén.

Debido a la música, no logro escuchar todo lo que dicen. Pero sí me sorprende que mi bisoño productor conozca y maneje los acrónimos de los grupos armados que luchan esta guerra que pocos parecen

comprender. Esa ensalada de siglas que es normalmente cualquier conflicto armado.

Los hutus que cometieron el genocidio en Ruanda y que al huir al Congo pasaron a llamarse FDLR, contra los tutsis banyamulengues del CNDP, contra las milicias locales mai mai, contra el Ejército regular congoleño conocido como FARDC, contra los cascos azules de la antigua MONUC ahora rebautizada como MONUSCO, con la injerencia del Gobierno del ruandés Paul Kagame y del ugandés Yoweri Museveni.

Todos contra todos.

Otra vez el público del bar Lambada estalla de júbilo. Gol de Aránguiz en el minuto cuarenta y tres del primer tiempo.

Chile dos, España cero.

—Fuera de juego, joder, el árbitro está ciego —grita Simón.

—Calma —le digo, y me río.

—Juan Pedro, pídeme un whisky. Lo necesito. Te doy los euros cuando volvamos al hotel.

—Menuda dieta la tuya.

—No me jodas, Rodrigo.

Diligente, Juan Pedro se pone de pie para ir a la barra.

—Que sean dos, mejor, bien cargados —rectifica Simón.

Termina el encuentro. La proa del *Titanic* español es engullida por las lóbregas aguas del lago Kivu. Unas burbujas cargadas de gas metano salen a la superficie. Imagino la empalagosa voz de Céline Dion insistiendo en que, a pesar de todo, nuestros corazones seguirán latiendo.

Dos goles contra ninguno. Las posibilidades patrias de seguir en la Copa del Mundo de Brasil son tantas como que de la noche a la mañana se acabe la rapiña en el Congo. No digo nada, pero me alegro. Más gente estará pendiente de nuestro trabajo.

—Otro whisky —exclama Simón, al tiempo en que Juan Pedro y yo luchamos por cargarlo hacia la puerta del bar Lambada.

—Venga, tío, que hemos tenido un día larguísimo. No doy más. Y mañana tenemos que madrugar.

—¿Madrugar?

—Nos vamos a Shabunda.

Al pasar por el medio de la pista, Simón, que lleva una borrachera de campeonato, se detiene frente a la prostituta que al principio de la noche se había estado restregando contra Juan Pedro. Ahora la mujer perrea frente a un esquelético soldado indio al que le brillan los ojos de pasión. Con sus diminutas manos la agarra de las caderas y se mueve al ritmo de su vasto trasero.

—Qué *sexy* esta tía, qué buena que está —exclama Simón.

9. BOLLYWOOD

Salgo a correr por la carretera del hotel Orchid. Son las siete de la mañana. Avanzo al frenético ritmo de «Walk», de Pantera. Hoy necesito algo potente para despertarme.

Can't you see I'm easily bothered by persistence
One step from lashing out at you.
You want in to get under my skin
And call yourself a friend.
I've got more friends like you .
What do I do?

A medida que asciendo y Dimebag Darrell retuerce las cuerdas de su guitarra me cruzo con vendedoras que permanecen sentadas al costado de la carretera. Una ha puesto tres limones sobre un paño mugriento. La otra, un puñado de cacahuetes. La miseria del Congo resulta difícil de superar. A pesar de todo, sonríen al verme pasar con las zapatillas Nike fluorescentes, los pantalones cortos y los auriculares.

Una enorme aplanadora me interrumpe el paso. Tiene letras chinas grabadas a los costados. Progresa lentamente sobre el canto rodado que un ejército de obreros arroja con palas en su camino. En todo el continente los chinos están construyendo carreteras hacia los puertos. En los suburbios de las grandes ciudades africanas surgen como setas las naves industriales con letreros en chino.

África es la despensa que nutre a China de los recursos para su factoría planetaria.

Cuando regreso a la terraza del hotel, Juan Pedro y Simón están desayunando. Apago la música. Suficiente de los berridos y declaraciones de guerra de Philip Anselmo.

—¿Qué tal esa resaca? —me dirijo a Simón, cuyos moratones se han deshinchado.

—¿Qué resaca?

—La que te está partiendo la cabeza.

—No tengo resaca.

—Vale.

—¿Has visto el *Marca* en internet?

—Prefiero pasar del *Marca* una temporada.

—Al menos nadie va a hablar del desastre de conexión de anoche.

Francesca petrificada en la pantalla.

Juan Pedro se ha puesto los pantalones de alpinista vasco y una cazadora gris. Tiene en la mano la libreta.

—¿Listo para ir a la selva?

—Listo, Rodrigo.

—En media hora abajo con las maletas y los equipos.

Kitu kidogo quiere decir en suajili «algo pequeño». Un pequeño soborno, una pequeña mordida, un pequeño regalo, una pequeña felación.

Y eso es lo que nos van a pedir los dos policías que nos han detenido en una rotonda de la avenida Liberté, de camino al cuartel de la ONU en Bukavu. Esta vez Selemani no los ha podido esquivar. Han salido uno de cada lado de la carretera, de repente, de entre la gente, con sus camisas amarillas y sus boinas azules, y se han plantado frente al viejo Toyota Corolla. Tendría que haberlos atropellado para seguir adelante.

Nos hacen una seña para que aparquemos a un costado de la carretera. Inmediatamente la masa que por allí camina se coagula en una multitud de curiosos.

—Mierda, que es sábado —me lamento.

—¿Sábado? —pregunta Simón.

—Los sábados es el día en que vuelven al pueblo a ver a sus familias y salen a emborracharse, necesitan dinero a toda costa.

—¿Y no tienen un sueldo estos señores? —inquiere Simón con cierto tono de indignación.

—El Congo es un país sin Estado. El país de los pequeños Mobutus —le explico—. Estos tipos deben cobrar diez dólares al mes. Cuando los cobran.

Uno de los policías, que lleva gafas de sol Ray-Ban, le hace un gesto a Selemani para que baje la ventanilla.

—Seguro, carné de conducir y papeles del coche.

En realidad, no entiendo lo que le dice porque habla en suajili, pero que Selemani estire el brazo, abra la guantera y rebusque entre los documentos que allí guarda, es un gesto inequívoco de que le está demandando lo mismo que cientos de miles de policías piden cada día a conductores en todo el mundo, salvo en Estados Unidos, donde suelen dispararles primero.

Mientras tanto, el otro agente inspecciona el exterior del vehículo. Hace que toma apuntes de los desperfectos. En tan mal estado se encuentra el Toyota Corolla de Selemani que podríamos tirarnos aquí todo el día.

—Disculpe oficial —bajo la ventanilla.

—¿Vuelves a la carga, Míster Seducción? —me pregunta Simón.

—No tenemos tiempo para gilipolleces. Le voy a dar la pasta y listo.

—¿Quieres que otra vez nos metan presos? ¿Que otra vez me den una paliza? Mira cómo tengo la cara.

—¿Una paliza? Fueron dos hostias bien dadas pero no una paliza. Venga, que estás muy *sexy* con esos moratones. Oficial —insisto en francés.

El policía se aproxima con actitud chulesca. Lleva los papeles del coche de Selemani en la mano. De cerca, descubro que las gafas que tiene puestas son una pobre imitación de plástico, los puños de la camisa amarilla raídos, los pantalones arrugados, las botas gastadas.

En cierto modo, me da lástima el pobre diablo.

—*Monsieur*, somos oficiales de la ONU, tenemos que salir en un convoy hacia Shabunda en diez minutos. Sé que el coche de mi amigo Selemani Mwati tiene algunos desperfectos. Bueno, muchos desperfectos —le sonrío—, pero estamos dispuestos a pagar la multa ahora mismo, por adelantado, en efectivo, algo pequeño, claro, *kitu kidogo*.

El policía llama a su compañero.

Debaten.

Dudan.

—¿Qué les has dicho? —se exaspera Simón—. Nos van a meter presos otra vez.

Debaten.

Nos miran.

—Diez dólares —me dice con arrojo.

Lo sabía, un pobre diablo.

—¿Qué quiere? —me pregunta nervioso Simón.

—Nada, ya te dije que estés tranquilo.

Me asomo por la ventanilla.

—¿Diez dólares, *monsieur*? Eso es mucho dinero.

—¿Nueve?

Permanezco en silencio.

—¿Ocho?

—Si no accede vamos a tener que inmovilizar el vehículo —interviene el otro agente.

Poli bueno y poli malo.

Más pena me dan aún.

—Vale, cinco dólares y….

Abro el portadocumentos en el que llevo el pasaporte y el dinero.

Saco una imagen.

—… una foto autografiada por Messi, que es muy amigo mío.

A los policías se les ilumina la cara.

El convoy se pone en marcha a las diez en punto de la mañana. Si es

que se puede llamar convoy a tres Land Rover blancos que no deben de tener menos de cuarenta años de historia bajo sus ruedas.

—Me llaman si me necesitan —nos grita Selemani a medida que nos alejamos de la base de la ONU—. Cojo el coche y me planto allí.

—Gracias, querido amigo —le digo—. Estaremos bien.

Los dos primeros Land Rover viajan atiborrados de soldados paquistaníes con sus cascos azules y sus fusiles AK74 (versión modernizada y de menor calibre del mítico AK47). Nosotros ocupamos la parte trasera del tercer vehículo junto a un oficial que se presenta apenas partimos:

—Mi buen nombre es teniente Jamal Sawahiri —nos dice en un inglés que sube y baja de tonos de manera absurda. Al tiempo en que habla mece la cabeza como esos perros que se colocan en los salpicaderos de los coches.

—Yo soy Rodrigo Rey. Estos son Simón Escudero y Juan Pedro Vila.

Aunque los asientos son de hierro y rebotamos en cada bache como sacos de patatas, por lo que no me cuesta vislumbrar que el viaje hasta Shabunda será un infierno, me siento protegido en el Land Rover.

Aquí nadie nos puede incordiar. Ni la policía secreta ni los militares corruptos ni los desesperados agentes de tráfico que se agazapan en las rotondas para asaltar a los conductores y pedirles un *kitu kidogo*. Al menos por un rato, el país de los pequeños Mobutus no es capaz de interferir con mi trabajo.

Respiro hondo.

Desde lo alto de la parte trasera del todoterreno observo las cabezas del gentío que colapsa las calles, las penínsulas que como lenguas de tierra avanzan sobre el lago Kivu y que en época de la colonización belga eran de acceso exclusivo para los blancos.

Al pasar por la rotonda de la avenida Liberté veo a los agentes de tráfico con los que nos encontramos hace un rato.

—Messi —les grito, levantando el pulgar.

—Messi, Messi —me responden sonrientes.

El teniente Jamal, que ronda los treinta años de edad y lleva la barba perfectamente delineada en las mejillas, las patillas y el cuello, nos mira con fascinación. Parece un muchacho despierto.

—¿De qué país? —nos pregunta.

—España

—Ahh… siento lo de anoche.

—No me lo diga a mí, dígaselo al que está ahí. Pero hágalo sonriendo.

—¿El grandote?

—Sí, ese.

El militar mira a Simón y le sonríe. Este lo saluda.

—¿Qué pasa? —quiere saber mi camarógrafo.

—Que pregunta qué le pasó ayer a España. Si los titulares estaban lesionados.

—Dile que no se pase. Que yo recuerde, Paquistán no se ha clasificado nunca para una Copa del Mundo y nosotros somos los actuales campeones.

—Dice que le encanta el cricket —le traduzco al oficial—. Y que admira a Paquistán por lo bien que juega.

Sin dejar de sonreír, el paquistaní le levanta el pulgar en gesto de complicidad.

Simón tuerce la expresión.

—Y pregunta —sigo— dónde has dejado la bufanda con la bandera española que llevabas ayer alrededor del cuello y que te quedaba tan mona.

—Eres un gilipollas —me suelta con razón.

La primera parada del convoy es involuntaria. A unos doscientos kilómetros de Bukavu, uno de los neumáticos del Land Rover que va al frente de la misión decide hacerse jirones.

Nos bajamos a estirar las piernas.

—Este viaje me está matando —se lamenta Simón.

—Ya, tengo la espalda hecha mierda —coincido.

De la nada aparecen niños.

Camisetas sembradas de agujeros. Mocos que les cuelgan de la nariz. Pies sin sandalias ni zapatos ni nada.

—*Biscuits, biscuits* —nos piden.

El teniente Jamal saca una caja de la ONU. La abre y empieza a repartir galletas entre los pequeños. Más y más niños llegan de Dios sabe dónde, pues estamos en medio de un camino de montaña, rodeados de bosques.

—*Biscuits, biscuits, biscuits*.

Un soldado con las manos grasientas discute a gritos con otro que está de cuclillas a su lado. Intentan meter un neumático nuevo donde estaba el destrozado, que ahora yace a un costado de la carretera.

Sin dejar de repartir galletas, el teniente Jamal los reprende en urdu.

Los hombres entran en razón.

—¿Me da una galleta a mí? —le pido al teniente, que está rodeado de niños.

El flautista de Lahore.

—Sí, por supuesto, pero no se exceda, que en un rato paramos a comer.

La segunda parada del convoy es, justamente, para almorzar. Nos detenemos en un recodo de la carretera situado en lo alto de un risco. Las vistas son espectaculares. Kilómetros de bosques a nuestros pies,

colinas cubiertas por nubes. El hogar de esos gorilas que Marc Marceau tanto anhela que los turistas puedan venir a conocer. Una tierra tan deslumbrante y bella como maldita.

Los soldados se sacan los cascos, dejan los fusiles en los todoterreno, despliegan manteles en el suelo y empiezan a abrir contenedores rebosantes de arroces perfumados, curris de verduras, pollos *tandoori*, yogures ácidos y panes fritos.

Un conductor enciende el equipo de música de su Land Rover.

Suena una canción estilo Bollywood en la que una mujer de voz aguda canta sobre un fondo de tablas, armonios y violines.

—No saben nada estos paquistaníes —me dice Simón, juntando las manos y moviendo la cabeza de un lado a otro—, podrían ser españoles.

—Solo les falta ponerse a bailar —agrego, y me río.

Imagino la típica escena de Bollywood. Ella con sari de colores, tímida, absurdamente risueña, huidiza, y él, siguiendo sus pasos, ingenioso, atrevido, asomando la cabeza entre los árboles, saltando de un lado a otro, decidido a conquistarla. Las montañas del este del Congo, como si fueran las de Cachemira, a modo de escenario. Hasta que al final la pareja se encuentra y se lanza a una coreografía delirante, de pasos violentamente ridículos, rodeada por decenas de bailarines que imitan sus movimientos.

Es lo que tiene vivir en un país de matrimonios concertados en el que nadie tiene sexo hasta que todos sus parientes no se han puesto de acuerdo y han intercambiado una nevera, un televisor y hasta un coche si el novio lo merece. La seducción no termina en la cama, como Dios manda, sino en una danza tan frenética que lo único que muestra es que sus protagonistas están desesperados por echar un polvo.

—¿Le gusta la comida, Rodrigo? —me pregunta el teniente Jamal.

Se sienta a mi lado.

—Me encanta, teniente. Todo buenísimo.

—Veo que su amigo no come mucho —me dice señalando a Simón —. ¿Está bien?

—No se preocupe, tiene reservas de sobra.

Mojo el pan *chapati* en el yogur y luego cojo una buena porción de curri de queso con espinacas. No tenemos cubiertos, solo nuestras manos. Observo a Juan Pedro, se las arregla bastante bien con la comida, aunque no ha dicho palabra en todo el trayecto.

—¿Está usted casado, teniente?

—Aún no, cuando vuelva de esta misión.

—¿La conoce?

—Mis padres la están buscando.

—A veces, cuando pienso en el desastre que es mi matrimonio, me

pregunto si vuestro sistema no será mejor.

—¿Tiene hijos?

—Cuatro *peshmergas*. Bueno, alguno va ya para talibán.

—Ah… tenemos muchos talibanes en Paquistán.

—Ya, he estado varios veces en Paquistán. En Lahore y Peshawar. Hasta sé algunas palabras en urdu. *Atcha? Atcha hé*.

La cara de emoción del teniente Jamal resulta casi imposible de describir. Como si le hubiera dicho que soy el mismísimo Messi. El efecto es extraordinario. Se pone en pie de un salto. Empieza a hablar en urdu al resto de la tropa al tiempo en que me señala. Sí, señores, aquí entre nosotros está Lionel Messi. Sonrientes, todos me vienen a ver. Me dan la mano. Me dan palmadas en la espalda. Se dirigen a mí en urdu a velocidad de vértigo. No entiendo un carajo de lo que me dicen.

Solo le comenté que hablo unas palabras.

Terminado el banquete, los soldados empiezan a recoger los envases de metal, los manteles. El conductor apaga la música de Bollywood.

—¿Ve esa zona boscosa, a la derecha? —me pregunta el teniente Jamal, señalando a la distancia. Afortunadamente, ha decidido volver a hablarme en inglés.

—Sí, perfectamente —afirmo, aunque la verdad es que todo el paisaje me resulta idéntico.

—Ahí están los rebeldes del FDLR.

—Vamos a pasar por ahí, entonces.

—No —me suelta con evidente alarma.

—¿Por qué?

—Porque son muy peligrosos. Son peor que los talibanes. Están locos de remate. Las cosas que hacen a las mujeres, usted no se imagina.

—¿Y ustedes nunca intervienen?

—Somos una fuerza de paz. Tratamos de mantener a los grupos armados apartados unos de otros. Esa es nuestra misión.

—Una misión de paz interior —le digo.

No entiende la ironía.

Trescientos mil baches y cinco pinchazos más tarde, el conductor del primer Land Rover hace sonar la bocina. Frente a nosotros se abre un portón negro detrás del cual sale un soldado paquistaní que ahuyenta con un palo al enjambre de niños que, reclamando sus *biscuits*, *biscuits* y dando gritos de algarabía, nos han seguido por el pueblo.

Entramos a la base de la MONUSCO en Shabunda.

Sobre la tierra roja se suceden hileras de austeras casetas de chapa blanca con las letras «UN» pintadas en cada fachada. Ropa colgada de

cuerdas. Soldados de piel cetrina sentados en las puertas de las viviendas.

Nos detenemos frente a una terraza de madera en la que varios oficiales nos aguardan de pie. No sé si creen que somos de la CNN o de la BBC, pero han preparado una comitiva en toda regla. A un lado del edificio, en lo alto de dos mástiles, las banderas de Paquistán y de la ONU.

—Soy el general Muhamad Ali Vishnuk Shrinagarti —me dice en inglés un hombre de bigote negro y panza prominente. Viste un uniforme caqui atiborrado de insignias.

Nos damos la mano.

—Soy Rodrigo Rey, de España. Estos son Juan Pedro Vila, mi productor, y Simón Escudero, mi camarógrafo. Muchas gracias por acogernos, general.

Después, voy saludando uno a uno al resto de los oficiales que se han congregado para recibirnos. Todos llevan bigote y tienen unos abdómenes que hacen sufrir a los botones de sus camisas. A ellos también les estrecho la mano.

—*Good afternoon, how are you? Good afternoon, how are you? Good afternoon, how are you?*

Juan Pedro y Simón saludan detrás de mí.

—Señores periodistas de España, en el nombre del cuarto batallón del Ejército paquistaní, les doy la bienvenida. En nuestro país nos destacamos por la hospitalidad, así que espero que se sientan aquí como en su casa. Ahora, si nos disculpan, tenemos asuntos castrenses de los que ocuparnos —declara solemne el general, y se marcha.

El resto de los oficiales lo sigue.

El teniente Jamal se acerca y señala a un hombrecillo vestido con pijama gris. Tardo algunos segundos en comprender que el objeto voluminoso que el hombrecillo lleva sobre la cabeza es mi maleta.

—Este es Ahmed, su asistente personal. Lo guiará hasta su residencia.

—Muchas gracias, pero…

Antes de que pueda terminar de explicarle que prefiero llevar yo mismo el equipaje, Ahmed se lanza por la tierra roja balanceando la cabeza.

—Sígame, señor —escucho que me dice en inglés.

—Instalaros en las habitaciones, hablamos en un rato —le grito a Juan Pedro, y salgo corriendo detrás de mi asistente, que se pierde entre las casetas de chapa blanca.

Vislumbro a lo lejos mi maleta. Ahmed será pequeño pero avanza raudamente como un Haile Gebrselassie paquistaní. Tengo que redoblar la carrera para alcanzarlo.

—Mi nombre es Ahmed, seré su asistente durante su visita a la base.

—Muchas gracias —le susurro, recuperando el aliento.

Recorremos un pasillo flanqueado por oficiales que me saludan al pasar. Suena música india. Huele a especias. Uno de los militares se dirige a Ahmed.

—Apenas me desocupe vuelvo y se lo busco, señor —le responde, servicial, sin dejar de progresar con mi maleta en la cabeza.

La que han llamado «mi estancia» es una de las últimas casetas del cuartel, pegada a una valla coronada por alambres de espinos. En una esquina, un puesto con centinelas armados.

Sin perder el equilibrio ni bajar mi equipaje, Ahmed se quita las sandalias, abre la puerta y entra.

—¿Me tengo que descalzar? —le pregunto desde fuera.

Balancea la cabeza en gesto afirmativo.

Sentado en el suelo de tierra, me saco las zapatillas.

La habitación no es gran cosa. Una mesilla de noche, un armario y una cama. Para un par de noches es más que suficiente.

—¿Necesita algo señor?

—Estoy bien, muy amable.

—¿Un poco de agua?

Miro la mesa. Hay una botella de agua de un litro con una etiqueta de la ONU que dice «consumir antes de 2008».

—Ya tengo, gracias —me justifico, señalando la botella.

—¿Fruta?

Recorro la habitación con la vista. No hay fruta.

—No se moleste, no necesito nada más.

—¿Quiere que le planchen alguna cosa?

—No, no me hace falta.

Me siento sobre la cama. Tengo ganas de sacarme la ropa sudorosa, impregnada de polvo y darme una ducha.

—¿Una camisa?

Niego con la cabeza.

—¿Unos pantalones?

Toco las almohadas. Son blandas. Miro el ventilador. Gira con obstinación en el techo.

—¿Lustrar las botas?

—Solo uso zapatillas —contesto, señalando las Nike que he dejado aparcadas en la entrada.

—Estoy aquí para lo que necesite. Solo tiene que llamarme —me dice mientras retrocede hacia la puerta—. Mi nombre es Ahmed.

—Sí, ya me lo ha dicho. Gracias.

Antes de cerrar, se vuelve a asomar.

—Para lo que necesite.

El restaurante del cuartel es un lugar agradable. Está adornado con

insignias del cuarto batallón, fotos de Paquistán y banderas de la ONU. Tiene una gran mesa central, una zona de butacas de cuero dispuestas en torno a un gigantesco televisor en el que, aunque resulte difícil de creer, están pasando un partido del Mundial de Fútbol, y un jardín interior decorado con guirnaldas de flores y globos.

—Adelante —nos recibe un oficial en la puerta—. Tomen asiento.

Cogemos tres sitios en las butacas que están situadas frente al televisor. Los oficiales que están allí se levantan solemnes, nos dan la mano.

—*Good afternoon, how are you? Good afternoon, how are you? Good afternoon, how are you?*

Inmediatamente se nos acerca un hombre vestido con pijama gris como el de Ahmed. Lleva una bandeja con vasos de té y platos de empanadillas de carne conocidas como *samosas*.

—No, yo solo té, nada de comida —le dice Simón, levantando la voz y enfatizando cada palabra. Por alguna razón que desconozco cree que expresarse de esta manera, como si lo hiciera frente a un niño de dos años, le permite comunicarse aunque no hable inglés.

—Para mí, té —pide Juan Pedro.

El camarero nos sirve.

—Menudo tinglado —exclama Simón, mirando a su alrededor.

—Sí, muy curioso —le digo, observando que hay más camareros y asistentes vestidos con pijamas que militares en el restaurante.

Supongo que cada Ejército viaja con sus costumbres a cuestas, y los oficiales paquistaníes, hijos de familias pudientes, no han podido evitar traerse a la legión de criados que los han acompañado toda la vida.

Las veces que he estado con las tropas de Estados Unidos en Irak o Afganistán ha sido todo lo contrario. Cada soldado se prepara su cena congelada en un microondas y se sienta a comerla solo mirando un partido de beisbol o una película en el ordenador.

En el televisor del restaurante, seguimos en directo el encuentro de primera fase del Mundial entre las selecciones de Inglaterra y Costa Rica. Es evidente que los oficiales que nos rodean quieren que gane el equipo de la antigua potencia colonial y que no salen de su asombro al ver que los costarricenses —que la semana pasada vencieron nada menos que a Italia y Uruguay—, no solo mantienen la portería a cero sino que dominan el marcador.

Los veo comentar con perplejidad en urdu mientras comen sus *samosas* y beben té cargado de leche, azúcar y jengibre.

Si nada cambia hasta el final del partido, los «ticos» se clasificarán en el primer puesto del llamado «grupo de la muerte». Imagino que los cronistas deportivos estarán hablando ya de una «hazaña», de un

«hecho histórico», de una «victoria épica» por parte de Costa Rica, subrayando cada palabra, expresándose a gritos, como cuando Simón pretende que se le entienda aunque no hable inglés.

El teniente Jamal entra en el restaurante.

Se acerca sonriente.

Me estrecha la mano.

Sin soltarla, se dirige en urdu al resto de los oficiales que están viendo el partido a nuestro alrededor.

Temo lo peor.

Y lo peor sucede.

Los oficiales se incorporan emocionados, con sonrisas que hacen que se les comben los bigotes. Me ofrecen sus manos. Me dan palmadas en la espalda. Se dirigen a mí en su idioma nativo a toda velocidad, como si yo hubiese nacido y me hubiese criado en la mismísima Islamabad.

La cena es aún más opípara que el almuerzo y la merienda. Se suceden bandejas cargadas de pollo *tandoori*, curris variados, panes fritos. Los sirvientes se desviven por atendernos.

—¿Quiere algo más señor?

—No, gracias.

Veinte segundos más tarde.

—¿Agua? ¿Leche?

—No, muy amable.

Cuarenta segundos después.

—¿Café? ¿Infusión?

—No, no se moleste.

A mi lado, en la enorme mesa en la que estamos todos congregados, se encuentra un oficial alto, desgarbado, cuyo bigote termina en dos puntas afiladas a lo Dalí.

—Así que ha estado en Paquistán y habla urdu. Es increíble.

—Bueno, en realidad creo que Jamal no me entendió bien. Yo no hablo urdu. Solo sé decir: «*Atchá? Atcha hé*».

—Increíble. Además de un famoso periodista, usted es un hombre culto y viajado que habla fluidamente urdu.

—Hago lo que puedo —le agradezco con resignación.

Cuando los sirvientes terminan de retirar los platos de los postres, el general Muhamad Ali Vishnuk Shrinagarti se pone de pie, levanta su copa de agua, la golpea con una cucharilla y dice en inglés:

—Despidamos a nuestro compañero, el capitán Mahmud Zougam, que, tras seis meses de abnegado servicio en el Congo, mañana se vuelve a Pakistán.

Todos levantan los vasos en dirección a un oficial de pelo canoso que da las gracias agachando la cabeza y uniendo las manos sobre el pecho.

—Por Mahmud Zougam —exclama un alto mando.
—Por Mahmud Zougam —replican sus subordinados.
Terminados los vítores, el general vuelve a golpear la cucharilla contra el vaso y empieza a hablar en urdu.
En un momento de su alocución, me mira con complicidad, con un gesto fraternal y me señala con la mano. Es evidente que está hablando de mí. Y es evidente que cree que estoy entendiendo lo que dice.
Y yo, que soy un hombre educado, no puedo más que devolverle la cortesía, asentir concienzudamente con la cabeza y señalarlo con la mano también.
Sea lo que sea que esté diciendo.
Se apagan las luces.
De la cocina salen dos sirvientes con una tarta coronada por esas velas que lanzan chispas con tanto brío que parecen bengalas. La colocan frente al capitán Mahmud Zougam, cuyo rostro se ilumina de resplandores de colores.
—Ahora vienen las *strippers* —les comento a Simón y a Juan Pedro a través de la mesa.
—¿En serio? —me pregunta Juan Pedro.
Un oficial de cabello rizado y bigote pelirrojo avanza con exagerado sigilo, de puntillas, por la periferia del comedor hasta situarse detrás del homenajeado. Todos estamos pendientes de él.
Sorpresa.
Le coloca una corona de flores alrededor del cuello y un ridículo sombrero de cartón.
Aplausos.

For he's a jolly good fellow,
for he's a jolly good fellow,
for he's a jolly good fellow
and so say all of us,
and so say all of us,
and so say all of us.

Cantan todos en inglés.
La melodía de Ludwig van Beethoven, la oda al duque de Wellington, en boca del medio centenar de oficiales paquistaníes que nos rodean.
Yo también me incorporo. Agito las manos.
—Venga, arriba, uniros a la fiesta.
Juan Pedro y Simón dudan.

La verdadera fiesta empieza minutos más tarde. Los sirvientes apartan las butacas de cuero y arman una improvisada pista de baile.

En la pantalla del televisor gigante, vídeos de canciones de películas de Bollywood reemplazan al fútbol, con letras sobreimpresas de karaoke que van dando brincos a medida que progresan las melodías.

Con las luces aún apagadas, los oficiales se lanzan a mover el cuerpo. El resplandor azul de la pantalla en sus caras sudadas, en sus bocas que se abren para entonar a viva voz las canciones haciendo que los bigotes les dancen también sobre los labios. Algunos se toman de la mano.

—Venga, vamos a bailar —me dice sonriente el teniente Jamal.

—No, ya estoy mayor, pero seguro que Juan Pedro quiere.

Mi productor me mira desconcertado.

—Venga, baila un poco. Necesitamos ganarnos su confianza para que mañana nos lleven al pueblo en el que secuestraron a las chicas.

—Rodrigo, por favor.

—A bailar, Juan Pedro. Y tú también, Simón.

—¿Yo?

—¿No estás a dieta? Pues hacer ejercicio ayuda. —A regañadientes, ambos se dirigen a la pista de baile—. Venga, ánimo, que es por una buena causa —los aliento.

Si no fuera porque he pasado años de mi vida entre India, Paquistán y Afganistán, no sabría qué pensar ante este despliegue de hombres gordos, bigotudos, que bailan dando muestras tan abiertas de afecto físico, pero así de absurda se construye la realidad en esa parte del mundo en la que la mujer es considerada un ciudadano de segunda, sin voz, casi sin derechos, condenada a las labores domésticas. Los hombres caminan de la mano por la calle, salen a bailar por las noches, van al cine, mientras que sus esposas, madres y hermanas se quedan en casa.

Ellos se lo pierden.

—Moved esas caderas, chicos *sexys* —les grito.

Cuando decido que es hora de irme, Simón ha vuelto a una silla pero Juan Pedro se muestra más que integrado. Con su camiseta de Decathlon cubierta de sudor, da botes al ritmo de las canciones, se toma de la mano del oficial bigotudo de turno, pasa el brazo por encima del hombro al teniente Jamal para hacer juntos un paso al estilo Zorba el Griego.

No deja de sorprenderme.

—Me voy a dormir, Simón. Aguarda a que termine John Travolta y lo llevas a la habitación. Dile que mañana a las siete en el desayuno.

—Vale.

Fuera del comedor, me encuentro con Ahmed.

—¿Quiere algo para antes de dormir?

—No, gracias.

—¿Un chocolate caliente, fruta, una infusión?

—No, muy amable, Ahmed.

Saca una linterna. Me ilumina los pies a medida que caminamos hacia mi residencia.

—Le pido un favor, Ahmed, me gustaría volver solo. Necesito pensar un poco.

—Está oscuro.

—En serio, váyase a dormir. Puedo volver sin problemas. El camino está bien iluminado.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

—¿Qué quiere de desayuno?

—Mañana se lo digo, si no es molestia.

—Está bien —acepta con resignación—. Buenas noches, señor Rodrigo.

—Buenas noches, Ahmed.

Antes de llegar a la habitación, me subo a un pequeño montículo de tierra desde el que puedo ver toda la base. Al fondo, las colinas cubiertas de nubes en las que reverbera el resplandor de una luna perdida en algún sitio. En la entrada, junto a la verja, la silueta de un centinela con su fusil AK74. En las ventanas del comedor, las luces azules de la fiesta con el latido distante de la música que no solo me alcanza a mí sino que imagino que debe llegar a todos los pueblos vecinos.

El coronel Kurtz de Joseph Conrad se sumergió en las profundidades de las tinieblas del Congo y encontró el horror, el horror.

Nosotros nos metemos en el misma cloaca, en el mismo reino de turbias almas, y encontramos Bollywood.

10. SHABUNDA

La llamada a la oración del muecín me despierta sobresaltado. Una voz de ultratumba que resuena en la madrugada, que estira y retuerce la palabra Alá hasta quedarse sin aliento; respira hondo, coge fuelle y arranca de nuevo.

Aláááááááááá.

Escalo hacia la vigilia, aún confuso. Me pregunto dónde estoy. La sombra de una salamandra en la pared. El aroma pegajoso de la vegetación. No sé si me encuentro en Gaza, Peshawar, Calcuta o Kabul.

Abro la puerta de la habitación.

Contemplo un contenedor en cuyo techo han erigido un puesto de vigilancia. En lo alto, un soldado con un fusil. El escudo verde y blanco de Pakistán en el hombro.

Más allá, tras una elevada verja de alambres de espinos, mujeres africanas trabajan la tierra al tiempo en que los primeros resplandores del sol despuntan en el horizonte.

—Estoy en Shabunda —me digo.

Recorro la selección que me hizo mi hijo Alfredo en Spotify. Hoy toca algo más reposado: The Black Keys. Me calzo las Nike, los pantalones cortos, una camiseta y salgo a correr por la base al paso de los *riff* de Dan Auerbach.

Oh, oh-oh, I got a love that keeps me waiting.
Oh, oh-oh, I got a love that keeps me waiting.
I'm a lonely boy.
I'm a lonely boy

Sí, soy un chico solitario, al que le apasiona perderse en algún lugar remoto del mundo y despertarse sin saber dónde está. Al que lo mueve la euforia de saltar de avión en avión, de coche en coche, y sumergirse donde pocos se atreven para contar historias.

Un chico solitario hasta que aparece Ahmed y se pone a correr a mi lado.

—Buenos días, señor. ¿Qué va a tomar para desayunar?

Me saco los auriculares.

—Buenos días. Lo que tomen todos.

Avanzamos entre los barracones. Soldados en camiseta se lavan los dientes con expresión ausente, hacen la colada en cubos de metal para

luego colgar la ropa a secar en cuerdas.

—¿Huevos, café, tostadas?

—Perfecto, nos vemos más tarde.

Aprieto el paso. Miro el reloj: ciento cuarenta y cinco pulsaciones por minuto. Me laten las venas del cuello. Mis piernas casi no tocan el canto rodado de lo rápido que se suceden.

Me vuelven imágenes de la noche anterior. Juan Pedro bailando *cheek-to-cheek* con los oficiales paquistaníes. Los *paquitos*, como los llama Francesca. El momento Village People de la noche de Shabunda.

No puedo evitar reírme solo.

—¿Alguna cosa que planchar?

Sin perder el aliento ni la sonrisa, Ahmed sigue a mi lado. Y eso que corre con el pijama y en sandalias.

—No.

Acelero. Empujo mi físico al máximo. Ciento sesenta y cinco pulsaciones. El sudor me cubre la frente. Vuelo por la base. Una máquina de correr, de liquidar mis propios récords.

Giro la cabeza. Ahí continúa Ahmed: fresco, lozano, indiferente al desaliento.

Me rindo.

Freno.

Me doblo en dos. No puedo respirar. Voy a escupir los pulmones.

—¿Seguro que no tiene alguna camisa que planchar?

El general Muhamad Ali Vishnuk Shrinagarti nos recibe en su despacho. A sus espaldas, cuadros con fotos de militares en Paquistán, diplomas, escudos de armas. Hoy no lleva el uniforme con las medallas sino una camisa caqui con su rango y su apellido escrito en mayúsculas SHRINAGARTI.

Nos sentamos en las butacas situadas frente a su escritorio.

—¿Quieren té? ¿Café? —nos pregunta.

—No, muchas gracias, general, acabamos de desayunar.

El teniente Jamal ha venido con nosotros. Antes de entrar le he explicado nuestra necesidad de ir a la aldea en la que fueron secuestradas las cooperantes españolas y le he pedido que interceda ante el general.

Empieza a hablar en urdu.

—Hable mejor en inglés —le interrumpo—. Así mis compañeros entienden también.

—Cierto, tiene razón —me responde Jamal, mirando a Juan Pedro y Simón con cierta conmiseración, como si fueran niños tontos.

Retoma la palabra.

—Señor general, nuestros huéspedes periodistas de España quieren saber si una de nuestras patrullas los puede escoltar hasta la aldea de

Malaki, donde dos de sus compatriotas fueron secuestradas.

Aunque hemos rechazado la invitación a tomar algo, un sirviente entra con una bandeja. Nos empieza a entregar a cada uno una taza con té especiado y un plato con un paquete de Peanut Pista. Coronada por una frase en urdu, la foto de unas galletas con motas verdes no me seduce demasiado.

¿Cacahuetes y pistacho?

—Le explico, general, si me permite —intervengo—. Se trata de dos jóvenes españolas de dieciocho años, idealistas, comprometidas, que vinieron aquí a ayudar y ahora están secuestradas. Imagine la conmoción en nuestro país.

El general sorbe el té.

Me observa con una mirada de vaca que me resulta indescifrable.

—No queremos ni siquiera pensar lo que esos animales les deben estar haciendo —continúo, tratando de adivinar qué resortes emocionales puedo tocar para que reaccione el general—. Dos jovencitas en los albores de la vida en manos del FDLR.

—¿En manos del FDLR? —me pregunta, sorprendido—. Esa gente es muy peligrosa.

Ha funcionado.

Me reclino hacia el general para crear un clima de complicidad.

—En este caso, hay un añadido más señor. Una de las chicas es la hija del presidente de nuestro país. Su única hija. Trate de vislumbrar la desolación de nuestro pobre presidente. Esta información no la sabe nadie. Se lo comento a usted y al teniente Jamal por el respeto y la confianza que me merecen. Espero que no salga de estas cuatro paredes, por favor.

El general asiente.

Por el rabillo del ojo veo a Simón que sonríe complaciente.

—Pon cara seria, gilipollas —le susurro en español.

Simón deja de sonreír.

Ya he pulsado la tecla de la emoción, de la empatía. Al entrar vi que en la mesa tiene un retrato con una mujer regordeta y dos adolescentes veladas. Su familia. Imposible que no haya atisbado por un instante que las secuestradas podrían ser sus propias hijas.

Ahora toca rasgar la cuerda de la vanidad.

—A la vuelta de la misión, si usted lo permite y lo considera prudente, me gustaría entrevistarlo. Sinceramente, tras haber visto lo que he visto en esta base, creo que el mundo debe conocer el enorme sacrificio que el cuarto batallón del Ejército de Paquistán, bajo su mando, hace por mantener la paz en el Congo.

—¿Escuchó usted hablar de ese pueblo? —le pregunta al teniente Jamal.

—Sí, señor, está a treinta y ocho kilómetros al nordeste. Es territorio

del FDLR, pero creo que si enviamos un destacamento armado, a plena luz del día, no habrá problemas.

El general reflexiona en su laberinto.

Pasan unos segundos.

—A las cuatro de la tarde tienen que estar de regreso en la base. Ni un minuto más. Es la condición principal, señor Rodrigo.

Le doy la mano agradecido.

—No se preocupe, señor general. Volveremos en apenas unas horas.

Después me habla en urdu, en un tono personal, íntimo.

Asiento con la cabeza.

Nos reunimos en la habitación de Juan Pedro para preparar los equipos. Esta vez su estancia es igual de austera que la mía. Quizás sea un signo de que mi suerte empieza a cambiar.

Comprobamos los micrófonos, las baterías, las cintas. Llevo dos camisas conmigo: una para las entradillas y otra para las entrevistas, así damos la impresión de haber pasado más tiempo en la zona.

—¿Preparado, Juan Pedro?

—Creo que sí —me responde mientras coloca en una mochila camuflada la brújula, los mapas, los repelentes y el resto del equipo de acampada que se compró en Decathlon antes de venir.

—Hasta ahora hemos tenido un nivel de exclusivas periodísticas dignas del *NODO*, así que esta es nuestra oportunidad —afirmo con entusiasmo, tratando de motivarlos, de generar un momento «vamos a por ello»—. Somos los únicos reporteros españoles que hemos llegado hasta aquí. Si esta nos sale bien, el telediario abre el lunes con nosotros.

—¿Te imaginas que las encontramos? —interviene Simón.

—No, no lo imagino, la verdad.

—¿Y si nos secuestran a nosotros? —pregunta Juan Pedro.

—¿Por qué nos iban a secuestrar?

—Porque ya las secuestraron a ellas —insiste.

Me armo de paciencia.

El momento «vamos a por ello» está resultando un auténtico fracaso.

—Eso no va a pasar. Entramos en la aldea, entrevistamos a algunos vecinos que hayan sido testigos del secuestro, que nos echen pestes del FDLR, y nos volvemos.

Ancianos vestidos con raídas americanas negras, delgados como fantasmas, que parecen arrancados de la misma tierra rojiza sobre la que permanecen sentados, nos observan impertérritos al pasar. Mujeres con bebés atados a sus espaldas, que doblan el espinazo sobre yermos cultivos de tubérculos, nos observan sin decir palabra. Ni siquiera los niños muestran emoción. Salen de miserables chozas de adobe y paja, en las que duermen en el suelo y comen con suerte un

plato de alubias al día. Nos miran en silencio.

Avanzamos en un convoy de tres todoterrenos Land Rover. En lo alto de cada vehículo, una ametralladora .50 con la que el soldado que tiene el dedo en el gatillo va escudriñando el trayecto.

—Calculo que llegaremos en unos cuarenta y cinco minutos —me dice a viva voz el teniente Jamal. El polvo rojo del camino revoloteando a ráfagas entre nosotros.

Los militares que nos rodean en la parte trasera del Land Rover no dan muestras de tener hoy muchas ganas de curris, panes fritos y Bollywood. Mandíbulas apretadas, cascos ceñidos a la barbilla, fusiles AK74 en alto. Miradas en alerta, clavadas en la vegetación que corre junto al camino.

Escuchamos una explosión.

Nos agachamos sobresaltados, cubriéndonos la cabeza.

—Joder, nos están atacando —grita Simón.

Los Land Rover pierden velocidad.

No hay más disparos.

El teniente Jamal asoma la cabeza fuera del todoterreno.

Se nos ha reventado un neumático.

Llegar a bordo de un convoy de cascos azules de la ONU no nos ayuda demasiado a ganarnos la confianza de los moradores de Malaki. Entre la multitud que puebla la arteria principal no descubro más que rostros hostiles. Ni una sonrisa, ni un gesto de bienvenida entre los jóvenes que, sentados en sus moto-taxis, aguardan pasajeros; entre los hombres que frente a mesas de madera coronadas por viejas básculas y montañas de dinero se dedican a comprar minerales; entre las mujeres que venden yuca y arroz sobre mugrientas telas desplegadas en el suelo.

—Venga, planta la cámara en medio de la calle y grabemos una entradilla —le digo a Simón.

—¿Seguro?

—Vamos a actuar con normalidad, que se acostumbren a nosotros.

Cogemos los equipos y nos bajamos del Land Rover.

—No se alejen mucho, por favor —nos pide Jamal.

—No se preocupe, teniente —trato de tranquilizarlo.

A unos doscientos metros de los todoterrenos de la ONU, junto a una montaña de basura de la que comen un par de perros famélicos, Simón abre el trípode y yo me coloco el micrófono en la camisa. El tiro de cámara es potente: la calle principal, flanqueada por casetas de madera destartaladas, torcidas; y, al fondo, las colinas que marcan el comienzo de la zona minera de Shabunda.

—¿Listo?

—Cuenta hasta diez, que voy a comprobar el audio.

—Uno, dos, tres, cuatro…

—Lo tengo. Cuando quieras.

Me repito mentalmente una vez más lo que voy a decir, carraspeo y me arranco con mi mejor voz de locutor:

—A espaldas de Malaki se levantan las colinas en cuyas entrañas yacen los minerales que alimentan esta guerra que ha dejado cinco millones de muertos. Es ahí donde ahora se encuentran las cooperantes españolas que llevan cuatro días secuestradas.

—Disculpa, Rodrigo —me interrumpe Juan Pedro—. Si esto va a salir el lunes, serán entonces cinco días.

Hago la cuenta mental. Me tomo mi tiempo. Soy de letras.

—Tienes razón. Vamos a repetirlo.

Simón aleja de una patada a uno de los perros que le estaba olisqueando la pierna.

—Venga, ¿estás grabando?

—Cuando quieras.

Repito palabra por palabra la primera parte de la entradilla, solo que digo «cinco días» en vez de «cuatro días», y después continúo:

—Esas colinas de las que bajan los guerrilleros del FDLR para vender el coltán, el oro y los diamantes a cambio de los francos congoleños que luego se gastan en el alcohol, en las prostitutas y en las armas que este pueblo les ofrece a cada paso.

Una botella de cerveza Primus vuela por el aire y estalla a mis pies.

Me giro para ver qué sucede.

—No dejes de grabar —le ordeno a Simón.

Entre la gente no descubro más que las mismas caras de hostilidad.

Nadie avanza hacia nosotros.

Nadie nos intimida abiertamente.

—¿Hemos terminado, no? —me pregunta Simón.

—Una frase más.

—Venga, tío, que nos van a linchar —me dice mientras ajusta el foco de la cámara.

—Es muy probable que las dos jóvenes cooperantes fueran secuestradas no como un acto premeditado sino por el encuentro casual con algún grupo de rebeldes en este pueblo que parece sacado de una película del Lejano Oeste.

Levantamos la cámara, sin sacarla del trípode, y regresamos hasta los Land Rover.

—Deberíamos irnos ya, esto está calentito —sugiere Simón.

—¿Qué opinas, Juan Pedro?

Mi productor mira hacia la calle. Piensa. Para mi sorpresa, responde con un «Lo que tú digas, Rodrigo».

—Si hemos llegado hasta aquí, tenemos que tratar de conseguir al menos un testimonio. No creo que nos hagan nada estando con los

paquistaníes.

—Vale —se resigna Simón.

—No, tú quédate aquí, que la cámara siempre levanta pasiones. Juan Pedro y yo vamos a dar una vuelta. Os prometo que un testimonio y nos vamos. Mañana estamos desayunando en Bukavu.

Me giro hacia Jamal, que nos mira expectante desde el todoterreno.

—Teniente, cinco minutos y terminamos.

—Es mucho tiempo. No más, por favor.

—Tiene mi palabra.

Simón escala el Land Rover como si estuviera coronando la cima del Annapurna. Juan Pedro y yo nos volvemos hacia el gentío de la calle principal.

En las fachadas de las casas de madera hay publicidades de telefonía móvil, amarillentas y gastadas por el paso del tiempo. Un cartel de la ONU que sentencia fútil en francés: «Los hombres no violan». Nos detenemos frente a una vivienda sobre la que se lee un letrero pintado a mano: «Hotel».

Entro primero.

Frente al fogón, una pared renegrida cubierta de manchas que demoro unos instantes en comprender que son cucarachas. En las mesas, entre una nube de humo de tabaco, hombres armados con fusiles AK47, prostitutas de un aspecto aún más triste que las de Bukavu, y centenares de botellas de cerveza Primus.

—*Bon jour* —saludo, al ver que todo el mundo se gira hacia mí.

Vuelvo a salir.

—Aquí mejor no —le digo a Juan Pedro, y le hago un gesto para que siga caminando.

—¿Por?

—No me gustó el menú.

Continuamos calle abajo. Miro por el rabillo del ojo por si alguien ha salido del restaurante, pero nadie se ha tomado la molestia de seguirnos. Un hombre que está tirado en la calle, ebrio, inmerso en un charco de vómito, nos empieza a gritar en suajili.

Apretamos el paso.

En la distancia veo que la fachada de una de estas decadentes casas de madera termina en una cruz. Enseguida comprendo que allí encontraremos las respuestas que estamos buscando.

—Vamos al templo que está en la siguiente manzana.

En el África negra hay más templos evangelistas que bares, escuelas, bancos, hospitales, restaurantes o prostíbulos. En cada calle de cada pueblo, de cada ciudad, de cada barriada de chabolas, se levanta un sitio de culto en el que un pastor recita pasajes del Nuevo Testamento, irguiendo los brazos y gritando «aleluya», a lo que sus fieles responden

entonando salmos con un ritmo y una riqueza melódica que la mayoría merecería estar en Spotify.

—*Bon jour* —susurro al sumergirme en la penumbra de la Iglesia Adventista de los Doce Apóstoles de Malaki.

Tres filas de bancos, algunas imágenes donadas por misioneros extranjeros con textos de la Biblia, y un maltrecho altar con una cruz de madera.

Junto a una ventana, un anciano duerme la siesta.

El rostro arrugado como un papiro, la cabeza calva. Viste una deshilachada camiseta y sandalias.

—Disculpe, pastor —le digo en francés, tocándole el hombro y asumiendo que es el responsable de la descarriada congregación local.

—¿Qué quieres, hijo? —me pregunta sin abrir los ojos.

—Mi nombre es Rodrigo Rey. Y este es Juan Pedro Vila. Venimos de España.

—¿España?

Abre los ojos.

Una película grisácea, densa como una nube, le cubre las pupilas.

—Sí, hemos venido porque dos jóvenes españolas fueron secuestradas aquí hace cinco días.

—Cuatro días —me corrige Juan Pedro.

No sabía que hablara francés.

El anciano se incorpora.

Enjuto, compacto. No me llega a los hombros.

Me estrecha la mano.

El aliento le apesta a muerte y putrefacción.

—Las recuerdo.

Caminamos de regreso al convoy a paso acelerado. El borracho tirado en la calle nos vuelve a insultar en suajili. No tendrá fuerzas para ponerse de pie pero grita como un poseso. Pasamos frente al «hotel», frente a la montaña de basura con sus perros famélicos, frente a los conductores de los moto-taxis. No puedo reprimir la emoción de haber encontrado un testimonio sobre las jóvenes secuestradas. Poco me importa la animadversión que desprende hacia nosotros Malaki.

—Lo tenemos —le grito a Simón—. Saca la cámara. Hay un pastor evangelista que nos va a contar qué le pasó a la chicas. Trae la antorcha, que en la iglesia no se ve nada. —El teniente Jamal me muestra el reloj—. Cinco minutos, se lo ruego. Hemos encontrado a alguien que quiere hablar.

—Nos tenemos que ir. No puedo exponer a mis hombres a estar aquí más tiempo. En el trópico atardece de repente. Me dio su palabra.

—Le juro que esta vez sí serán cinco minutos. Confíe en mí.

Desandamos el camino.

El pastor se ha puesto una camisa negra con un collarín y unos mocasines de cuero marrón que están tan ajados y resecos que podrían haber pertenecido al mismísimo Patrice Lumumba. En el regazo tiene un palo de madera y una caja de metal. Un niño de unos cinco o seis años, vestido con unos pantalones cortos y una apolillada camiseta del Barça, yace a su lado. Supongo que es su lazarillo. Le brillan los ojos al vernos. Sonríe. El primer rostro amigable que encontramos desde que salimos de la base de la ONU.

Simón no necesita encender la antorcha, coloca al anciano junto a la ventana en la que estaba durmiendo la siesta y el plano funciona de maravilla. La luz oblicua del sol le oculta parte del rostro y le agrega dramatismo.

—Mi compañero, Simón Escudero, le va a poner el micrófono para que hagamos la entrevista.

—¿Qué entrevista? —me pregunta confundido.

—Le voy a hacer unas preguntas sobre las chicas secuestradas.

El anciano no dice palabra.

Juan Pedro mueve con delicadeza uno de los bancos del templo y lo sitúa junto a la cámara de Simón, así me puedo sentar para formular las preguntas.

—¿Estamos listos?

—Adelante —me indica Simón.

—Pastor, primero que nada, quiero darle las gracias por acceder a esta entrevista. No sabe lo importante que es para nosotros obtener información de primera mano sobre las jóvenes secuestradas. Toda España está pendiente de ellas. ¿Me puede decir su nombre y qué es lo que hace aquí en Malaki?

Con la mano en el hombro del niño, el anciano mira hacia la nada. No sé si me ha escuchado bien.

Empiezo a repetir la pregunta.

Me interrumpe.

—Soy Patrick Kimawachi, pastor de la Iglesia Adventista de los Doce Apóstoles de Malaki. —Habla lentamente, con voz desgarrada—. Yo vivía con mi familia en Kinshasa cuando Dios vino un día y me dijo: «Vete a donde los hombres tienen el corazón oscuro y muéstrales la luz del Señor». Entonces cogí a mi mujer y a mis cinco hijos y me vine para aquí.

Aunque quiero preguntarle por las chicas, pues el tiempo corre, trato de ser educado y mostrar interés por lo que hace.

—¿Cuándo se mudó a esta región? ¿En qué año?

—Una noche los soldados tutsis del CNDP vinieron a Malaki. Quemaron las casas, mataron a los hombres, violaron a las mujeres. A mi querida esposa, Raquel, la violaron entre diez, aquí mismo, delante de mí, y después la mataron a palazos.

El lazarillo le conduce la mano al palo que tiene en el regazo.

El anciano lo levanta y me lo muestra.

—En este palo están las marcas de los dientes de mi esposa Raquel. Le pegaron primero en la cabeza y luego en la cara hasta dejarla desfigurada.

Veo las hendiduras en la madera.

—Dios mío —exclama Juan Pedro horrorizado.

La historia es tan lóbrega, tan terrible, que tengo la impresión de haber encontrado a mi particular coronel Kurtz en esta ciénaga de la condición humana que es Shabunda.

—Y aquí, en esta caja —el lazarillo le abre la tapa—, están los dientes de la que fue mi esposa durante treinta años. Los recogí del suelo. Los conservo porque era una mujer con una sonrisa muy hermosa. —Escucho el sonido de los dientes al golpear con el metal—. Su cuerpo lo enterré con mis propias manos en el jardín de la iglesia junto al de todas las personas que mataron aquella noche. Aún no entiendo por qué me dejaron con vida. Quizás porque era el plan de Dios que yo siguiera aquí para predicar su palabra.

—Lo siento —le digo pero no me escucha.

—A mis cinco hijos se los llevaron con ellos. Raoul, Patrick, Nyamara, Justine y Rose. Nunca más los he vuelto a ver. Malditos tutsis, malditos hutus. Los maldigo a todos. Pero sé que les caerá el castigo divino de Dios nuestro señor. Es mi único consuelo. Aunque tengo cuarenta y ocho años y estoy muy cansado, sé que veré cuando Dios regrese para ajustar cuentas y castigar a los pecadores.

Se queda en silencio. Vuelve a orientar la vista hacia la ventana. El lazarillo cierra la caja y le coloca el palo sobre el regazo. Para tener cuarenta y ocho años, posee el aspecto de mi padre o de mi abuelo. La dura vida en el Congo.

Miro el reloj.

Aunque su historia merecería ser contada en detalle, me lanzo a lo que necesito para abrir el telediario el lunes. Del resto, no podré incluir nada.

—Disculpe, pastor, recuerda qué le sucedió a las españolas que pasaron por aquí hace cinco días.

—¿Qué españolas? —me pregunta confundido.

—De las que estuvimos hablando hace un rato. Las que ha secuestrado el FDLR.

Juan Pedro me mira con preocupación.

El pastor busca y rebusca en su cabeza.

—Llegaron una tarde…

Duda.

Hace un gesto con la mano en el aire.

Parece que lo tiene.

Aguardamos expectantes.
—Llegaron al pueblo preguntando por una mujer, que creo que se llamaba Angélica o Ángela. Los soldados del FDLR las cogieron y se las llevaron.
—¿Sabe dónde las pueden tener?
—En un cuartel que está detrás de las colinas, donde las minas de oro.
—¿A cuántas horas de aquí?
—Detrás de esta colina —me dice, señalando por la ventana.
Me asomo.
La colina no es gran cosa. Podemos subirla en diez minutos.
—¿Está seguro?
Asiente con la cabeza.
—¿Usted nos podría mostrar el sitio?
—Estoy un poco mayor.
—Bueno, solo salir y señalarlo.
Le pido a Simón que corte la grabación y que le saque el micrófono.
—Muchas gracias, pastor, ha estado muy bien.
—¿Qué hacemos? —le pregunto a Juan Pedro.
Si voy a empujar aún más los límites de este viaje necesito que mi equipo esté convencido de acompañarme. Empujar, empujar, empujar, esa es la esencia de este trabajo. Caminar por la cornisa sin caerse. Difícil saber cuánto arriesgar. Cuándo parar. Adivinar cuál es la frontera hasta la que puedes llegar pero que no puedes cruzar.
—No sé, el hombre está muy mayor.
—Con que nos indique el camino nos basta. No hace falta que venga hasta arriba con nosotros —razono.
Juan Pedro se asoma por la ventana.
—Parece cerca.
—Simón, ¿qué opinas? Ha dicho que las chicas secuestradas están detrás de esta colina. Ven y mira.
Ahora es Simón el que observa el recorrido que nos espera.
—Tener una imagen del campamento en el que están secuestradas sería la hostia, pero el teniente Jamal va a decir que no.
Pienso.
Tiene que haber una solución.
Si los paquistaníes fueran más valientes y nos dieran cobertura.
—Juan Pedro, ve tú y explícale al teniente lo que pasa. Gana tiempo. Simón y yo nos vamos con el pastor hacia la colina. Creo que en diez minutos la subimos, hacemos una entradilla desde allí y volvemos.

Ayudado por su lazarillo, y con el palo con las muescas de los dientes de su mujer en la mano, el pastor avanza muy despacio. Cada

paso que da es un mundo. Se queda sin aire. Se apoya en las ramas de los arbustos que rodean el camino. A los pies de la colina, varios curiosos se han congregado para vernos. Un anciano, un niño, un tipo enorme con una cámara y yo de excursión por las sierras de Shabunda.

—¿Qué está haciendo? Me dio su palabra —escucho la voz del teniente Jamal, que ha venido con el Land Rover hasta donde comienza el sendero.

—Un plano más, se lo suplico —le grito, levantando las manos en señal de que nos espere.

Juan Pedro sube a toda velocidad por la cuesta.

—Dice Jamal que se van, que no nos aguardan.

—Es un farol. No se van a ir sin nosotros, no te preocupes. Ayuda al anciano, cuanto más rápido lleguemos, más rápido bajamos.

Juan Pedro coge del hombro al pastor, pero la subida sigue siendo angustiosamente lenta. En el montaje de la pieza que me he hecho en mi mente, vemos primero la entrevista en el templo para luego terminar en lo alto de la colina, con este hombre tan peculiar señalando al cuartel del FDLR donde supuestamente están las españolas.

Una exclusiva de premio Pulitzer.

—¿Cómo lo llevas, Juan Pedro?

—Dadme un segundo, que tengo que recuperarme —dice Simón.

Lo descubro apoyado contra una roca.

—Venga, deja que lleve yo la cámara. Faltan tan solo trescientos o cuatrocientos metros. Último esfuerzo chicos, ya lo tenemos. Va a valer la pena.

A nuestras espaldas, Malaki comienza a verse pequeño. La multitud en la calle principal, los techos de zinc de las casas de madera.

El sendero dibuja una curva y desemboca en lo alto de la colina.

Con la cámara de Simón al hombro, soy el primero en llegar a la cima.

Mi decepción no puede ser mayor.

Solo hay un valle y otra colina. No se ve cuartel alguno del FDLR.

Deshago el camino corriendo hasta llegar al pastor.

—Señor, no hay ningún campamento, solo otra colina más alta.

No me responde.

Está pálido.

Respira como si tuviera los pulmones llenos de piedras.

—Detrás de la otra colina —dice el niño, con voz atiplada y en un francés que tiene el mismo acento que el del pastor.

—Mierda —exclamo para mí mismo, pero no puedo evitar sentirme culpable por haber empujado a este hombre a subir con nosotros.

Lo cojo del brazo.

—Pastor, por favor, vuelva a su iglesia, que nosotros seguimos.
—La base del FDLR —murmura.
—¿Qué pasa con la base?
—Ahí están mis hijos.
—Baje despacio, por favor, que ya mucho ha hecho por nosotros —le digo, y le hago un gesto al niño para que se lo lleve por donde hemos venido.

Cruzamos el valle corriendo. La cámara de Simón sobre mi hombro. Las espinas de los arbustos que nos pinchan y nos desgarran la ropa. El polvo que se levanta del suelo. Me sorprende cómo engañan las distancias. La colina no aparentaba estar tan lejos.
—No doy más —exclama Simón.
Me giro.
Lo veo doblado en dos.
Vuelvo.
—No te preocupes, tú sigue a tu ritmo, siempre en línea recta. Juan Pedro y yo grabamos arriba la entradilla. Dale los micrófonos y la antorcha. Al bajar te encontramos y nos vamos pitando a la base.
—No sé qué me pasa, mira que he estado haciendo dieta y yendo al gimnasio.
—Venga, que no has ido al gimnasio más que para inscribirte.
Juan Pedro sonríe mientras guarda los equipos en la mochila camuflada que lleva a la espalda.
Empezamos a correr con todas nuestras fuerzas.
Juan Pedro aguanta el ritmo, inclusive cuando el terreno se eleva y la colina nos pone a prueba.
Esquivamos arbustos, piedras, troncos caídos.
Al llegar a lo alto, finalmente vemos el cuartel del FDLR donde se supone que están las jóvenes secuestradas.
—Lo hemos conseguido, joder, lo hemos conseguido —murmuro, exhausto.
Enciendo la cámara. Con el *zoom* al máximo y buscando estabilidad en una piedra, grabo las tiendas de campaña grises pegadas al lecho de un río. A pesar de que se encuentran a un par de kilómetros, veo a los soldados con sus rifles y a los mineros metidos en el agua buscando oro.
—¿Lo tienes? La luz se empieza a ir —me pregunta Juan Pedro.
—Dame un minuto más. Mira si aparecen las chicas y las grabo.
—¿No nos ven, no?
—Estamos muy lejos y tenemos el sol a nuestra espalda. No te preocupes.
Aguardamos. No hay rastro de las jóvenes. Me resulta difícil, pero me digo que tenemos que dejarlo.

Le paso la cámara a Juan Pedro que, al ser tan pequeño y delgado, al principio le cuesta mantenerla firme sobre el hombro. Unos segundos más tarde, ya se ha hecho con ella. Acciono el foco automático. Le doy al botón de grabar. Me coloco el micrófono. No sé dónde ha quedado la camisa que me iba poner.

—¿Me ves bien?

—Perfecto.

—¿Estoy en el centro del plano?

—Sí.

—¿Se ve detrás el campamento?

—Sí.

Me arranco. Improviso un texto.

—A mis espaldas está el campamento de los rebeldes hutus del FDLR. Esos que llegaron a este país hace quince años tras haber perpetrado el genocidio en la vecina Ruanda. Según nuestras fuentes, las dos cooperantes se encuentran allí detenidas contra su voluntad. Cuesta imaginarse lo que estos animales podrían estar haciéndoles.

Nos sentamos en el suelo. Le doy al *play*. Vemos lo que se ha grabado. Podría estar mejor, pero nos sirve.

—Toma el micrófono, guárdalo, nos vamos a toda hostia que los paquistaníes nos van a matar.

Con la cámara en el hombro, bajamos dando tumbos. Juan Pedro avanza delante de mí. La luz del sol pierde fuerza y se va tornando más cálida.

Al llegar al valle nos detenemos, recuperamos el aire y caminamos.

—Simón —grito.

—Simón —grita Juan Pedro.

—¿Dónde se habrá metido este gilipollas?

Sorteamos un grupo de arbustos, una colina y al salir a un descampado allí lo encontramos, en el suelo, de rodillas, rodeado por una docena de muchachos armados con AK47 y cuchillos.

—Para, para, vuelve —le susurro a Juan Pedro, pero ya es tarde, nos han visto, vienen en tropel hacia nosotros.

No nos da tiempo a escapar.

A punta de cañón nos llevan hasta donde está Simón.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto.

—Sí, no me han hecho nada.

El mayor de los rebeldes, de unos veinte años de edad, avanza hacia mí con el fusil en alto. Los brazos llenos de amuletos, una camiseta del Real Madrid hecha jirones y unos vaqueros rotos. Lo reconozco del bar de Malaki. Estaba con una prostituta.

Me hace un gesto para que le entregue la cámara.

—Cámara, no —le digo—. *Kitu kidogo*, sí. Mucho *kitu kidogo*.

Como si no me hubiera escuchado, el muchacho insiste.

—Por favor, no —le suplico.
Me arranca la cámara y la mira con curiosidad.
Después se la pega al ojo. Hace como que graba. Los demás muchachos le festejan la gracia. El oxidado fusil AK47 le cuelga del hombro.
—Cámara importante. Cámara trabajo —le ruego en tono conciliador.
El joven se ríe de forma bobalicona. Habla imitando mi voz, burlándose de mis palabras. Salta de un lado a otro a mi alrededor haciéndose la estrella de las noticias de Shabunda.
No me muevo.
Lo miro fijamente.
Sigue parloteando como un imbécil alentado por las risotadas de sus compañeros. Me acerca la lente al rostro.
Algo bulle dentro de mí.
Una materia viscosa, espesa.
La jodida lente me roza la nariz.
Sigo inmóvil.
Los niños muertos en el hospital Al Shifa, las transmisiones perdidas, las presiones del Gobierno israelí, el accidente en el hoyo de Rafah, el Mundial de Fútbol, la indiferencia de los directivos de la cadena, la indiferencia del noventa y nueve por ciento de la gente, la detención de la policía secreta congoleña, la mirada lasciva de la mujer barbuda, los policías corruptos, la cobardía de los paquistaníes.
Estallo.
Me abalanzo sobre el joven. Con una mano lo agarro de la camiseta y con la otra cojo la cámara.
—Dame al menos la cinta, hijo de puta —le grito en español, como si fuera a entender el idioma de Cervantes un hutu que lleva toda la vida escondido en la selva traficando con minerales y violando mujeres. Grito tan fuerte que se me quiebra la voz—. No voy a dejar que os la llevéis. Tenemos que mandar el material a España.
Caemos al suelo. Forcejeamos. Enseguida noto que poco puede hacer contra mí con esos brazos huesudos de piojo enclenque y malnutrido. Lo voy doblegando. Intenta pegarme pero no puede. Intenta coger el Kalashnikov pero no puede.
Los demás rebeldes nos miran fascinados. No deben dar crédito a lo que están viendo. Lucha libre en las colinas de Shabunda.
Al final, triunfo. Le saco la cámara y de un salto me pongo de pie. La tengo pegada al pecho como un jugador de rugby que se levanta de una melé. Una victoria tan absurda como efímera.
Ahora no sé qué hacer.
Los muchachos se tiran sobre mí. Me pegan patadas, puñetazos. Siento el olor acre de sus cuerpos; el aliento pestilente de sus

respiraciones. Simón está en medio. Recibe también lo suyo. Caigo al suelo otra vez. La cámara se me escapa de las manos. Intento recuperarla. La tengo. Es mía. Se me escapa otra vez.

Suena un disparo.

El estruendo reverbera en mis oídos seguido por un pitido sordo que se sostiene en el tiempo.

Los soldados se apartan de mí.

Una mancha va tomando forma en mi pantalón. Me brota sangre de la pierna.

La arteria, que no me haya dado en la arteria.

Uno de los rebeldes me revisa los bolsillos. Se lleva mi pasaporte, mi teléfono y el dinero.

Levanto la cabeza pero me siento mareado. Tengo ganas de vomitar.

Escucho voces en suajili. Forcejeos. Simón que se lamenta.

Escucho pisadas que se alejan, que se pierden entre la vegetación.

Juan Pedro empieza a bajarme los pantalones.

—Tranquilo, ya se han ido.

—¿Y la cámara?

—Se la han llevado.

Evito mirarme la pierna. No quiero saber cuánta sangre estoy perdiendo ni cuán grave es la herida. Veo a Simón tirado en el suelo, lamentándose. No entiendo nada. Solo han disparado una vez.

Cierro los ojos.

—Parece que no es grave, Rodrigo —me susurra Juan Pedro—. La bala entró y salió. No te ha dado en la arteria. Te voy a poner un torniquete.

Al enroscarse alrededor de mi pierna, el cinturón de Juan Pedro me sumerge en un agujero negro conformado por una única materia: dolor.

Pierdo el conocimiento durante unos segundos.

—¿Estás bien? —pregunta Juan Pedro.

Su voz suena distante. No me habla a mí. Le habla a Simón.

—Sí, me dieron un golpe en el estómago. Me cuesta respirar.

¿En el estómago? Pues no debe haberlo sentido. Tienes carne ahí para parar un blindando Abrams M1. Ponte de pie, Simón, y ven a ayudarme que me desangro.

Abro los ojos.

Juan Pedro me echa unos polvos en la pierna.

—Esto va a ayudar a cortar la hemorragia —me dice con una voz que de repente suena madura, sosegada, que me reconforta.

Coge un trozo de tela y me lo ata alrededor de la herida

La pierna me quema como si la estuvieran asando a las brasas.

Simón me pasa la mano por la espalda.

—Te vas a poner bien, no te preocupes.

Al fin te has dejado de quejar y has venido a ayudarme. Intento decírselo pero no me salen las palabras. Tengo la boca pastosa.

Me siento exhausto.

Me abandono.

Cierro los ojos.

Juan Pedro dialoga con alguien en suajili. Le pregunta «dónde». Después «cómo». Tiene una pronunciación penosa, pero parece que la mujer con la que está hablando le entiende pues responde en largas oraciones.

Abro los ojos.

Juan Pedro estudia un mapa.

Hace cálculos con su reloj GPS.

—Se han llevado los teléfonos, el dinero, pero el reloj me lo han dejado. Hemos tenido suerte.

Una suerte del carajo, vamos. Solo me han pegado un tiro y nos han robado la cámara. Un poco más y nos toca la lotería.

Sigo sin poder hablar.

No me salen las palabras.

—Si voy campo través en menos de dos horas llego a la base de la ONU. Calculo que en unas tres horas estoy de regreso con una patrulla de *paquitos*.

¿A la base directamente? ¿Por el bosque? Vete al pueblo, quizás el teniente Jamal esté aún allí.

—El convoy ya se debe haber ido —continúa Juan Pedro—. Y la gente de Malaki no me inspira confianza. No me la quiero jugar.

¿Y si te pierdes?

Juan Pedro se pone de pie. Le susurra algo a Simón. Los últimos resplandores del atardecer se apagan en el cielo.

—Lo que vamos a hacer ahora te va a doler, pero es importante que lo hagamos. Tienes que aguantar. Te vamos a acercar a un árbol que está a diez metros. Allí vas a estar más protegido.

Juan Pedro me levanta del tronco. Simón lo hace de las piernas.

—Tú despacio, Simón, que te han dado una buena leche.

—No te preocupes.

—A la de tres.

Avanzamos a trompicones. Dicen que el sufrimiento físico es como un gas: tiende a ocupar todo el espacio que encuentra. No queda un hueco en mi cuerpo que no esté gritando de dolor.

El árbol no parece estar a diez metros sino a cien kilómetros.

Me recuestan junto a su tronco.

—Tú aguanta despierto, por favor, Rodrigo. Es lo más importante. Como en las películas. Simón se queda aquí contigo. Responde a lo que te pregunte. No dejes de hablar.

Juan Pedro se incorpora. Enciende una linterna de minero que se ha puesto en la cabeza.

Sus pasos se alejan.

—Ya viste lo que dijo Juan Pedro —me advierte Simón—. No te puedes quedar dormido.

Cierro los ojos.

—No, no te duermas. Quédate aquí conmigo, Rodrigo. Sé fuerte.

Lucho por abrir los ojos.

Lo consigo.

—Te voy a contar unos chistes nuevos que tengo de internet. ¿Conoces el del hombre que no veía porno porque se angustiaba pensando que el repartidor iba a llegar tarde?

Cierro los ojos.

Escucho a lo lejos: «Despierta, despierta, Rodrigo, por favor, despierta».

Abandono la penumbra de mis ensoñaciones.

—No me hagas esto, despierta.

Vuelvo a la realidad.

Ya es de noche.

—Sí, así, muy bien. ¿Quieres un poco de agua? Bebe un poco de agua.

Simón me levanta la cabeza y me mete suavemente la botella entre los labios. El agua se abre paso entre la sangre seca que me empasta la boca. Va desapareciendo el sabor metálico.

Pienso en mi mujer. Pienso en mis queridos *peshmergas*. La estupidez infinita que he cometido. El sufrimiento que les voy a causar si no salgo de esta.

—¿Quieres más?

Niego con la cabeza.

La pierna me late como si no me perteneciera, como si tuviera vida propia. Simón me vuelve a dar palmadas de ánimo en la espalda.

—Te dije que Juan Pedro es un fenómeno. Tiene la ruta en un mapa, una brújula y se defiende muy bien con el suajili. Nos va a salvar, le tengo fe. Te lo aseguro.

Otra vez siento que el mundo cae sobre mí.

Un frío gélido repta entre mis huesos. Un peso monumental, que casi no me permite respirar, presiona mi cuerpo. Me estoy ahogando.

Intento hablar pero no lo consigo.

—Dime, hermano, qué necesitas. —Me pregunta Simón. De mi boca apenas sale un murmullo—. ¿Qué te pasa?

Lo vuelvo a intentar.

—Me estás aplastando.

—Ah, perdona. Te estaba abrazando para que no tuvieras frío.

Simón se aparta un poco.
—¿Qué hora es?
—Son las dos de la mañana.
—¿Juan Pedro?
—No sé, quizás se perdió o lo agarraron los rebeldes o no sabe cómo volver. —Cierro los ojos—. ¿Estás seguro de que no quieres que te abrace? Hace mucho frío.
Niego con la cabeza.
Simón llora.
—¿Qué?
—Me siento culpable. De no estar así de gordo, de no haberme quedado rezagado, ahora estaríamos en la base con los paquistaníes.
Respiro hondo.
—El único culpable soy yo.

El viento sacude las ramas del árbol. Un rumor de hojas y ramas en el que creo distinguir pisadas, voces.
—¿Qué es eso? —le pregunto a Simón.
—No sé.
Estoy tan cansado que no me quedan fuerzas siquiera para sentir miedo. Tengo tanto frío y dolor que no sé si prefiero que vengan los hutus, me peguen un tiro y terminen de una vez por todas con esta agonía.
Alguien inspecciona mi pierna. Los que están a su lado la iluminan con sus linternas. Solo vislumbro siluetas que se recortan contra la oscuridad de la noche.
—Ya estamos acá, Rodrigo. No tenés nada de qué preocuparte —me dice una voz con acento rioplatense—. Todo va a salir bien.
Descubro a Juan Pedro, de pie tras los hombres, con su linterna en la cabeza. Tiene cara de agotado.
Siento un pinchazo en el brazo.
—Te acabo de poner una inyección de morfina. Ahora te vamos a llevar a Bukavu y de ahí te van a trasladar en avión a Nairobi. Dentro de nada vas a estar tirado en el sofá de tu casa viendo la tele con tu familia.
Al terminar de hablar, el hombre me acaricia la cara. El reflejo de una linterna revela su rostro: es Rubén, el novio de Francesca. Bello, tranquilo, inmaculado.
Yo también me lo follaría.
—Sargento Abelardo, prepare la camilla que vamos a bajar al herido.
—A las órdenes, mi teniente.
Cierro los ojos.

La bolsa con suero se mece violentamente cada vez que el

todoterreno Land Rover coge alguno de los baches que minan la carretera. Ese suero que baja por un tubo transparente y se me clava en el brazo.

Recostado sobre una camilla, en la parte trasera del vehículo, yo también me sacudo a cada irregularidad del camino pero no siento dolor. La morfina me mantiene escindido de la realidad. A mi lado viajan Simón, Juan Pedro y Rubén.

El conductor del todoterreno bebe de un mate que el copiloto se encarga de rellenarle con el agua de un termo que lleva bajo el brazo. De vez en cuando, el copiloto también sorbe de la pajita metálica de la infusión.

—Dicen que el de Godín fue un golazo —afirma el que va al volante.

—De cabeza. En el minuto setenta y nueve —concreta su acompañante.

—Los tanos se van de vuelta a casa. A llorar al Papa.

Ayer por la noche, al tiempo en que estos abnegados militares uruguayos me bajaban de una colina perdida en la República Democrática del Congo, sus compatriotas se batían con éxito contra la selección de Italia en el Mundial de Brasil.

—El que es un pelotudo es Suárez. No se puede creer. Otra vez mordió a un jugador. Seguro que no lo dejan jugar el próximo partido.

—Con esos dientes que tiene, habrá sido sin querer.

Ambos ríen. También Rubén. Los españoles nos perdemos la gracia. Aún desconocemos al tal «caníbal» Suárez.

El polvo rojizo de la carretera se cuela por las ventanillas y las puertas. Permanece suspendido en el aire, girando sobre sí mismo en la luz del amanecer. Desde la camilla veo las copas de los árboles que circulan junto a la carretera y el cielo siempre encapotado del este del Congo.

—¿Y los gallegos, piensan que va a suceder un milagro y se van a clasificar para la segunda fase del Mundial? —nos pregunta el conductor—. Ya bastante milagro es que los encontráramos anoche. No pueden pedir más.

—No fue un milagro. Fue nuestro productor —les responde Simón—. Este tío es un máquina. Nos salvó la vida.

Con no poca dificultad, me giro hacia Juan Pedro.

—Gracias.

—Cuando llegué a la base los paquistaníes me dijeron que no se animaban a salir hasta que no fuera de día, así que se me ocurrió llamar a Rubén, que se vino a toda prisa.

—El que te tiene que dar las gracias soy yo, Rodrigo —se arranca Simón.

Hago un esfuerzo por girarme hacia donde se encuentra sentado. La

morfina me hace lento y torpe, como si estuviera en un colchón de agua, al tiempo en que pienso con una asombrosa lucidez. No llevo pantalones. Una manta me cubre las piernas.

—Sé que no he estado a la altura ni en Gaza ni aquí —continúa mi camarógrafo—. Es que estoy pasando un momento personal difícil. Ya lo sabes.

—Déjate de gilipolleces —le suelto.

Simón me coge la mano.

Sonríe.

Recorremos docenas de kilómetros de carreteras polvorientas.

Cruzamos puentes.

Atravesamos pueblos de mala muerte.

Miles de árboles circulan por la ventanilla.

Simón sigue sin soltarme la mano.

¿Es necesario tanto amor?

Tras cinco horas de periplo, el Land Rover se detiene en la puerta del aeropuerto de Bukavu. Simón y Juan Pedro, que han dormido durante la última parte del viaje, se bajan a estirar las piernas. Cubiertos de polvo, sudados, tienen un aspecto lamentable. Todo lo contrario que los soldados uruguayos que parecen frescos como rosas aunque han realizado el mismo trayecto dos veces en menos de veinticuatro horas.

Será el mate.

—Ayúdeme, cabo López —ordena Rubén al copiloto.

—A la orden, mi teniente.

Después, me retira la manta, me saca las vendas de la pierna y me inspecciona la herida. Trato de no mirar, pero no lo consigo. De reojo vislumbro las vendas manchadas de sangre, la piel cubierta de moratones y un agujero limpio, casi perfecto, que se abre en el centro del muslo.

—Está bastante bien —me dice Rubén y me vuelve a cubrir la herida—. ¿Querés un poco más de morfina?

—¿Un poco?

Se ríe.

—No podemos abusar.

—Abusa.

—Tenés dos horas de vuelo hasta Nairobi. Después, entre que llegás al hospital y te preparan para la operación, tres horas más. Con esto vas a ir bien.

Saca la jeringuilla del botiquín, la carga con el denso líquido de la morfina, le da unos golpecillos con los dedos y me la clava en el brazo.

Siento el breve dolor que antecede al placer.

A lo lejos, una mujer discute a gritos en francés.

—¿Cómo que no puedo pasar? Vengo a ver a mi amigo, que está herido. Venga, papá, déjame pasar, no seas absurdo.

Es Francesca.

—Qué permiso ni qué permiso. No me jodas. ¿Desde cuándo hace falta permiso para entrar en el aeropuerto?

Se abre la puerta trasera del Land Rover.

Francesca se abalanza sobre mí. Me abraza.

—Rodrigo, Rodrigo, *amore*. —Me besa la frente. Las mejillas. Me da un beso en la boca—. Joder, que susto me has dado, pensé que te morías.

Mira a Rubén, se incorpora y le da un beso en la boca también a él.

—¿No te dejaban entrar, linda? —le pregunta el uruguayo.

—Cinco dólares me sacaron los *stronzi* estos.

Otra vez besos y abrazos de Francesca. Siento el peso de su cuerpo sobre el mío. Mentiría si dijera que después del susto que nos llevamos anoche, experimentar un poco de calor humano no me reconforta. Calor humano que no sea de Simón.

—Ay, pobre, lo que te han hecho estos bestias.

Me acaricia la pierna. Tengo puestos los mismos calzoncillos desde hace tres días pero poco me importa. Si estás en una camilla, al albur del destino, mejor dejarse de vanidades.

—¿Necesitas que haga algo?¿Que avise a tu familia? ¿Que llame a alguien? —me pregunta.

—Acompaña, por favor, a Simón y a Juan Pedro a hacer la denuncia del robo de la cámara. Y asegúrate de que mañana crucen la frontera de Ruanda. Quiero que vuelvan a casa lo antes posible.

—Por supuesto, lo que necesites.

—¿Qué sabes de las chicas? Creo que dimos con el campamento en el que las tienen, Juan Pedro le pasó las coordenadas a Rubén.

Francesca me mira sorprendida.

—¿No te han dicho nada?

Luego observa inquisitiva a Rubén.

—Prefería que vos le dieras la noticia. Toda esa aventura y las chicas ya no estaban ahí.

—Las liberaron ayer por la mañana —me cuenta Francesca—. Ya están volando a Madrid. Parece que el Gobierno negoció el rescate con los líderes del FDLR en Francia.

—¿Les han hecho algo?

—Dicen que las trataron bien. Fátima quiere volver el mes que viene. Cómo es mi chica.

Me siento profundamente aliviado.

Tengo ganas de llorar.

Una cabeza se asoma tímidamente por la puerta trasera del Land

Rover.

Es Selemani.

—Rodrigo, ¿qué te ha pasado?

—Nada.

Se agacha y me abraza.

—¿Se va a poner bien? —le pregunta a Rubén.

—¿Este? Este es un campeón. No tiene nada. En dos días está de nuevo jugando al fútbol.

No juego al fútbol.

Odio el fútbol.

Odio el Mundial.

11. FINAL

Permanezco suspendido entre el sueño y la vigilia. Floto en un magma de recuerdos confusos. El avión de la ONG Flying Doctors que me trajo del Congo a Kenia. La ambulancia varada en el tráfico de Nairobi. La anestesia antes de entrar al quirófano. Bajo una luz acuosa, los dos cirujanos indios que estuvieron cortando, clavando y cosiendo cosas en mi pierna derecha.

Me pesan los párpados. Veo borrosa, intermitente, a la monjita de piel caoba que me está cambiando los vendajes de la pierna. Vislumbro en la pared que hay junto a la puerta un cuadro con un Jesucristo tan rubio, tan espléndido y lánguido en su cruz, que podría encabezar el próximo desfile del día del orgullo gay.

Intuyo a mi mujer —el aroma de su piel, su calor corporal— que se ha quedado dormida al borde del camastro. La cabeza sobre las sábanas. Nuestras manos unidas. Tan pronto recupere la voz, lo primero que haré será pedirle perdón.

Lucho por decirle algo a la monja pero no puedo. Floto a la deriva en una espesa niebla.

El hospital Holly Charity de Nairobi es un lugar austero pero limpio. Al menos mi habitación, que es lo único que he podido ver hasta ahora, y parte de un patio interior pletórico de buganvillas por el que no dejan de circular médicos, personal de limpieza y monjas.

A medida que los sedantes remiten, el dolor avanza sordo, impreciso. Mi pierna es una república recién independizada de mi cuerpo. Timor Oriental. Allí abajo pasan cosas muy serias. Se mueven hordas de sensaciones, que entran, que salen, laboriosas, infatigables, como uno de esos hormigueros gigantes del valle del Rift.

Julia, mi mujer, está sentada junto a mí.

Despeinada, ojerosa.

Le he dado un susto del carajo.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta al descubrir que abro los ojos.

—Gracias —murmuro, y le aprieto la mano.

Entra un médico de origen indio, coge una planilla que cuelga de un extremo de la cama y la lee con detenimiento. Lo acompañan dos monjas.

—Señor Rodrigo, qué agradable sorpresa —me dice en inglés—. Veo que ya está despierto.

Acto seguido coge una silla, se sienta junto a la cama y me examina

la pierna. Tiene un aire campechano, paternal, hasta que me empieza a tocar, siento un dolor de mil demonios y me cago disimuladamente en todos sus muertos.

—Esto tiene buen aspecto. Si nada cambia, en unos días podremos darle el alta para que vuelva a su país. Con un poco de cuidados y rehabilitación, volverá a caminar sin problemas. Y en unos meses, hasta a jugar al fútbol.

Duermo como no lo había hecho en mi vida adulta. Doce horas del tirón. En confusos sueños vuelven a mí los niños del hospital Al Shifa de Gaza, Arantxa haciéndome el amor en la habitación del hotel Blue Beach, la jefa de la policía secreta congoleña con su barbilla peluda, la pelea con los rebeldes en las afueras de Malaki, Francesca que me da un beso en la boca en el aparcamiento del aeropuerto de Bukavu.

Mi mujer intenta darme de comer.

No tengo hambre pero hago un esfuerzo.

Siento el sabor insípido de la papilla.

—Vamos, tienes que ponerte fuerte, que mañana nos vamos para Madrid —me dice, y me acerca otra cucharada de puré.

Cuando termina de alimentarme como a un niño, aparta la bandeja y saca el móvil.

—Los chicos te han grabado un mensaje.

Me pone el teléfono frente a la cara.

Le da al botón de reproducir.

«Ponte bien y vuelve pronto», arranca Alberto, que está sentado junto a sus hermanos en el salón de casa. Me enternece que se hayan peinado y puesto sus mejores camisas para grabar el vídeo. «Te prometemos que nos vamos a portar bien y que te vamos a cuidar», me dice Lucas, con esos ojos verdes que ha heredado de su madre. «Te mandan saludos los tíos, los primos y los abuelos», continúa Nicolás. «Eres nuestro héroe papi. Te queremos. Estamos muy orgullosos de ti».

Empiezo a llorar desconsoladamente.

Volamos de regreso a Madrid en un avión del Ejército español. Mi mujer y una enfermera en los asientos delanteros; yo, en una camilla en la parte posterior. Cuando estamos a la altura de crucero, el comandante abandona la cabina y se acerca a saludarme.

—Soy el coronel Pérez. Un honor, Rodrigo, poder llevarlo en este vuelo. Lo que intentaron hacer por esas jóvenes no tiene nombre. Ustedes son un ejemplo de periodismo y no esos que están todo el día hablando en las tertulias.

—Gracias, coronel.

—Como verá, no tenemos entretenimiento a bordo —me dice y ríe en una ocurrencia que habrá repetido mil veces—. Pero cualquier cosa que necesite, no dude en hacerme llamar.

—Muy amable.

El coronel entra al lavabo.

Comprendo que este encuentro será el primero que tendré de tantos que van a transcurrir en el mismo tono y con palabras parecidas.

Aunque no estuvimos ni un minuto en manos de los rebeldes del FDLR, a Madrid llegó la noticia de que a nosotros también nos habían retenido en contra de nuestra voluntad. Según me contó mi mujer, al día siguiente, todos los periódicos nacionales publicaron en sus portadas: «Periodistas españoles secuestrados en el Congo».

La historia no quedaba ahí. Algunos artículos decían que nos habían conducido al mismo campamento que a las cooperantes. Una crónica en internet especulaba inclusive con que las jóvenes habían sido liberadas como consecuencia de nuestro secuestro. Un intercambio.

«Tú no sabes la que has liado», repetía risueña mi mujer mientras me contaba en el hospital de Nairobi los detalles de nuestro repentino salto a la fama.

En el último partido de la fase clasificatoria, España le ganó a Australia por tres a uno. Resultado que no fue suficiente para evitar que se quedase fuera del Mundial de Fútbol.

Esta tragedia nacional no solo hundió en la miseria a los forofos de la selección sino a los medios de comunicación que, con la publicidad ya vendida, se encontraron con enormes espacios que rellenar. Así que nuestra peripecia —distorsionada y exagerada— resultaba perfecta para cubrir parte de ese hueco.

Después de todo, los periódicos, televisiones y radios no son más que soportes publicitarios acompañados por noticias. El número de páginas de un periódico no se determina por la cantidad de historias importantes que haya que dar a conocer ese día, sino por el número de anuncios que pagan las empresas. Las noticias cumplen un papel accesorio.

En mi cadena de televisión tampoco dejaron pasar la oportunidad. Aprovechando que el conflicto en Gaza continúa, superando ya los mil cuatrocientos civiles palestinos muertos, emitieron en *prime time* mi reportaje sobre los túneles que comunican a la Franja con Egipto, además de rescatar las pocas crónicas que pude hacer allí.

Conmovedor el repentino interés de mis jefes por el destino del pueblo palestino.

Me asomo por la ventanilla. Entre las nubes atisbo una vasta y encrespada masa de agua. El mar Mediterráneo. Atrás quedan Kenia, Sudán y Egipto.

Mi teléfono móvil debe de estar en algún lugar de Shabunda. Mi ordenador, según parece, se lo llevaron Simón y Juan Pedro de regreso a España. Las escasas noticias que he recibido en estos diez días de

hospitalización han sido a través de mi mujer, que se ha encargado de filtrarme el ruido del mundo para que me pudiera recuperar. Creo que nunca había estado tanto tiempo parado, centrado en mí mismo, ajeno al pulso de la realidad.

Llevo veintidós años de avión en avión, de guerra en guerra, de catástrofe en catástrofe. Siempre en la cresta de la ola. Siempre poseído por esta suerte de euforia que tira de mí, que me lleva de un lugar a otro.

En un solo viaje puedo vivir más emociones y conocer más en profundidad las miserias y grandezas de la condición humana que una persona normal en toda su existencia.

Soy adicto a esta euforia a la que me he encaramado hace ya tanto tiempo y de la que no me he sabido bajar. Un animal hambriento al que tengo que alimentar porque no sé vivir de otra manera. O porque no tengo el valor de intentar vivir de otra manera.

Conozco el horror de la violencia, del odio étnico, de la tortura, de las violaciones masivas, del asesinato de niños, como nadie a mi alrededor lo conoce. Lo he visto, lo he palpado y lo he sentido miles de veces.

En cierta medida, yo también soy el coronel Kurtz.

Eso me hace una persona madura, profunda, comprometida, sin bandos ni ideologías, con un sentido crítico aguzado, pero al mismo tiempo, y por más contradictorio que parezca, la euforia me mantiene en un estado de abrumadora superficialidad. Soy un adolescente desquiciado, frenético, que va dando tumbos por la vasta geografía de nuestro planeta.

Claro que es una vida única, apasionante, que ha valido y vale la pena, pero no he sido justo con las personas que me rodean. La euforia me ha mantenido alejado de ellas. Han intentado acercarse, entenderme, quererme como soy, pero no las he dejado.

Julia, mi esposa, que no dudó en tomarse el primer vuelo desde Madrid y que ha pasado estos días a mi lado en el hospital de Nairobi, es una mujer bella, sensible.

Su incapacidad para hablar abiertamente de la guerra no responde a que sea egoísta, sino más bien a un mecanismo de defensa. No debe de ser fácil convivir con la noción de que a tu marido lo pueden matar en cualquier instante. Y ella lo ha sobrellevado con enorme valor durante demasiados años.

Es una gran mujer, que carga sola con el peso de un hogar con cuatro hijos y que ha aguantado con discreción y estoicismo mis infidelidades. Imagino que en el fondo sabe cómo soy y me ama, me acepta y me tolera mucho más de lo que yo a ella.

La euforia no me ha permitido verla ni valorarla ni darle su lugar.

Bajo la excusa de que tengo una misión en la vida, de que me

dedico con mi trabajo a dar voz a quienes no la tienen —esa gente oprimida, olvidada, que recibe golpes como del odio de Dios, según diría el poeta César Vallejo—, creo que he sido cobarde, que sin darme cuenta me he mantenido escondido, alejado, de quienes me quieren, para no sentir, para no ser vulnerable.

Lo mismo con respecto a mis hijos. Son desquiciantes por momentos, absurdos como buenos adolescentes, no existe para ellos más que su mundo de novias, botellón y música electrónica —solo Lucas es amante del rock como yo—, pero son jóvenes sanos, estudiosos, deportistas, en buena medida cándidos e inocentes que también han aguantado su parte en toda esta historia.

A su edad yo era terrible. Me escapaba de casa, me metía todo lo que encontraba, me acostaba con todo lo que se movía. No hay punto de comparación. Yo era Bin Laden y, la verdad, por más que me queje, ellos son unas hermanitas de la caridad.

De Simón no puedo decir más que ha sido un compañero leal durante años y que, ahora que ha flaqueado, no he sabido cuidarlo mejor. Me lo he llevado por delante en vez de escucharlo y comprenderlo. He tenido la gran fortuna de contar con un amigo noble, entregado, afectuoso, y no he hecho más que burlarme de sus debilidades.

De Juan Pedro no puedo decir mucho. Fui incapaz de ver sus talentos ocultos, su fuerza interna, tras esa apariencia frágil y torpe. El muy hijo de puta me ha salvado la vida.

Prometo que, cuando vuelva a Madrid, todo cambiará. Empezaré a vivir de otra manera. Trabajaré para desengancharme de esta fuerza que tira de mí como un caballo desbocado.

Seré fiel.

Cuidaré a mi mujer.

Compartiré más momentos con mis hijos.

Quizás hasta intente aprovechar la recién adquirida popularidad para decirles a los jefes de la cadena que acepto la oferta que llevan años haciéndome de darme un puesto ejecutivo, alejado del día a día del periodismo. Tal vez hasta pueda reemplazar a Juan Pedro como director de los informativos. Lo haría mejor que él, sin duda, que nunca ha salido de la redacción.

Me sentaré a escribir esa novela con la que hace tanto tiempo que sueño.

Se llamará *Euforia*.

Como buen avión pequeño, se sacude bastante en nuestro descenso al aeropuerto de Torrejón de Ardoz. Mi mujer se gira para ver cómo lo llevo.

Le guiño un ojo.

Todo bajo control.

No creo que el destino sea tan perverso y creativo para matarnos justo cuando estamos llegando a casa.

Tocamos tierra.

Por la ventanilla veo que frente a la terminal hay una nube de fotógrafos.

—No voy a bajar en camilla. Me niego. Tráigame una silla de ruedas —le digo a la enfermera.

Se lo piensa.

—Por favor, se lo ruego. No puedo desfilar frente a los fotógrafos encaramado a esto.

Me dice que está bien, que intentará conseguirme una silla de ruedas.

Acto seguido le pido a mi mujer que me acerque un espejo. Saca uno de su cartera. Me observo. Dios, llevo días sin verme. Qué cara, qué ojeras, qué pelos. Parece como si me hubieran sodomizado uno a uno los integrantes de un equipo de rugby sudafricano.

Aparece la silla de ruedas. Descendemos como podemos la escalerillas y me siento en ella. Me saluda Juan Pedro, mi jefe, con un fuerte abrazo. Después, varios directivos de la cadena. Todos se muestran afectuosos, cercanos. Decenas de cámaras nos están retratando desde la terminal.

Me da la mano Soraya Sáenz de Santamaría, la vicepresidenta del Gobierno.

La que he liado, tiene razón mi mujer.

—En mi nombre y en el del presidente Mariano Rajoy, quiero decirle que nos alegra que haya vuelto sano y salvo.

—Gracias, vicepresidenta.

Acto seguido me abraza un hombre al que no conozco de nada.

—Soy el ministro Antonio García Saura. No sé cómo agradecer lo que ha hecho por mi hija.

Nos acercamos a la terminal. Mi mujer deja que Juan Pedro empuje la silla de ruedas. No quiere salir en las fotos que los reporteros, situados detrás de una valla, nos están sacando. «Rodrigo, Rodrigo», me gritan los compañeros.

Intento sonreír.

Al entrar en la terminal, todos los allí congregados aplauden emocionados. Parece el final de una película americana. El héroe que vuelve a casa tras haber salvado al planeta Tierra de la invasión alienígena.

Los primeros en acercarse son mis cuatro hijos. Nunca pensé que estaría tan feliz de verlos. No saben cómo saludarme. Supongo que es la silla de ruedas.

—Venid aquí. Dadme un abrazo, cojones.

Se me tiran encima. Les digo que los quiero. Nicolás llora a mares.

Después vienen mis padres, los padres de Julia, seguidos por muchos buenos amigos y compañeros de trabajo.

—Grande, hermano, eres muy grande —me dice Simón, que cuando se agacha para darme un abrazo me pisa sin querer la pierna y me hace odiarlo.

Lo acompaña Pilar, su mujer, la infiel que, afortunadamente, me saluda con menos ímpetu.

—¿Estás más delgado, no? —observo a Simón.

—Un poco. Sigo con la dieta y el gimnasio.

—Te sienta bien. Te veo más *sexy* que nunca.

Da un paso hacia delante Juan Pedro junior.

—Rodrigo, me alegra mucho verte bien —me dice lacónico—. Te he traído un regalo para que te entretengas durante tu convalecencia.

Me entrega un paquete. Lo abro. Es un libro de setecientas ochenta y nueve páginas. En inglés. Escrito por una docena de investigadores y profesores universitarios. *El conflicto del Congo*.

—¿Te gusta?

—Me encanta —le miento.

—Lo sabía, ya te voy conociendo.

Estoy conversando con mis padres cuando Juan Pedro, mi jefe, se acerca y me dice al oído: «Hay preparada una rueda de prensa. No tienes obligación. Solo si te apetece».

—Con todos los problemas que os he causado, es lo mínimo que puedo hacer. Consígueme por favor una Coca-Cola *light* y vamos para allá.

La sala se encuentra abarrotada de periodistas. Como no me puedo encaramar a la tarima donde está la mesa con los micrófonos, respondo a sus preguntas desde la silla de ruedas. Me rodean cámaras, luces y reporteros. Distingo, entre la multitud, a Sarai, la becaria con la que estuve editando antes de partir al Congo. Le guiño un ojo.

—¿Has temido por tu vida?

—¿Cuándo estarás recuperado?

—¿Cómo se ha portado el Gobierno español?

—¿Qué consejo darías a los jóvenes reporteros que quieren ir a su primera guerra?

—¿Cómo lograsteis escaparos de los guerrilleros?

—¿Qué solución tiene la guerra del Congo?

—¿Qué solución ves al conflicto entre Israel y Pa-lestina?

Al terminar, Sarai se me acerca. «Tuve que montar dos piezas sobre tu carrera. No sabes cuánto te admiro y cuánto me alegra que estés bien».

Me coge la mano.
«Otro día nos tomamos un café», le susurro.

De regreso en la sala principal de la terminal, donde conversan mis familiares, compañeros de trabajo y amigos, la vicepresidenta Soraya Sáenz de Santamaría viene a despedirse.
—Me dice el presidente Rajoy que le gustaría que comiera un día con nosotros en la Moncloa para contarnos sobre la situación en el Congo y en Gaza. Cuando usted esté recuperado, por supuesto.
—Cuenten conmigo. Y muchas gracias por todo. Lamento las molestias.
La vicepresidenta se marcha seguida por su séquito de asistentes y guardaespaldas.
Juan Pedro, mi jefe, se acuclilla a mi lado.
—Nos darán un premio por el reportaje de los túneles, lo sabes, ¿no? Es cojonudo.
—O un puesto de prensa en un ministerio.
Nos reímos.
—¿Qué vas a hacer ahora?
Lo pienso durante unos instantes. Observo el avión en la pista. Los reporteros con sus cámaras que abandonan la terminal. Entre ellos, la joven rubia, que levanta la mano y me saluda.
—Siria.
—¿Cómo?
Me aseguro de que mi mujer esté a una distancia prudencial como para no escucharnos.
—Siria —repito.
—Tómate unos meses con tu familia, descansa un poco. El seguro te cubre el tiempo que necesites.
—En diez días estoy en forma. El médico me lo ha confirmado.
Juan Pedro sacude la cabeza.
—Eso sí, no quiero a tu sobrino ni a Simón. Quiero un equipo de primera. Nada de cámaras con sobrepeso ni de principiantes.
—Un principiante que te salvó la vida.
—Pero un principiante al fin.

Me despido con un gran abrazo de Simón, que esta vez se mueve con delicadeza para evitar volver a reventarme la pierna.
—A ver cuándo sacamos tiempo y nos tomamos una cerveza —le digo—. Tenemos mucho que hablar tú y yo.
Me despido de Juan Pedro y del resto de compañeros y amigos.
Abandono la base de Torrejón de Ardoz empujado por mi mujer y acompañado por mis cuatro hijos, mis padres y mis suegros. La luz del sol se cuela entre las copas de los árboles. Hace un día fantástico de verano.

Al acercarnos al coche, salen de la nada tres reporteros que se han quedado a esperarnos. Nos sacan varias fotos. No quieren la imagen en la pista de aterrizaje con la vicepresidenta, el ministro y los jefazos de la televisión. Quieren la que estoy con mi familia. Esa es la buena. Esa es la que saldrá mañana en la portada de los periódicos.

Saben empujar.

Saben hacer su trabajo.

Table of Contents